
HARLEQUIN
Bianca
Andie Brock
SECUESTRO POR AMOR

Bianca™

SECUESTRO POR AMOR

Andie Brock



Prólogo

BUONASERA!

El hombre la alcanzó en un par de zancadas. Alto, moreno y elegante, llevaba unos pantalones negros y una camisa blanca. Los zapatos, de cuero negro, estaban salpicados por el polvo de Sicilia. Sin mediar palabra, le tomó el rostro entre las manos y atrapó sus labios con un beso posesivo y colmado de promesas.

Leah se inclinó hacia él, cerrando los ojos y aspirando la familiar colonia mezclada con su calor y su olor tras varias horas de viaje. Llevaba anhelando aquel instante desde hacía semanas. Pero llegado el momento…

–Umm, ya me siento mejor –separándose, Jaco bajó las manos y entrelazó sus dedos con los de ella–. Estás… *bellissima.*

–Gracias.

–Te he echado de menos.

–Y yo a ti –Leah intentó sonar tranquila–. Ha pasado mucho tiempo, Jaco.

–Demasiado –Jaco le acarició la mejilla y le dio otro delicado beso–. Pero ya estoy aquí y pienso compensarte.

La estrechó contra sí, dejándole sentir la prueba de cómo tenía pensado compensarla.

Ella se separó de él con un suave empujón.

–¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

–Espero que un par de días –Jaco la miró fijamente, como si quisiera volver a familiarizarse con su rostro.

–¿Dos días? –Leah se esforzó por no mostrar su desilusión.

–Sí –él le dedicó una de las sonrisas con las que podía romper el corazón de cualquier mujer–. Así que tendremos que aprovechar el tiempo al máximo.

–Sí, supongo que sí –dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

–Voy a darme una ducha y a tomar algo, y luego confío en que podamos retomarlo donde lo dejamos –el pícaro brillo de los ojos de Jaco no dejaba lugar a dudas sobre a qué se refería.

«Donde lo dejamos». A Leah se le encogió el corazón al recordar la última noche que habían pasado juntos. La maravillosa intimidad que habían compartido antes de que Jaco desapareciera de su vida una vez más.

Jaco Valentino: alto, moreno, ridículamente guapo, coqueto, divertido y sexy… Terriblemente sexy… era imposible ignorarlo o resistirse a él. Se lo había presentado su hermana gemela, Harper, el día de su boda con Vieri y la atracción entre ellos había sido inmediata y brutal.

Así que, cuando Jaco la invitó al día siguiente a visitar su viñedo, ella había aceptado sin parpadear. Él había descrito su propiedad de Capezzana como sus «raíces sicilianas», y había hablado de ella con tal sentimiento de orgullo que Leah se había enamorado del lugar aun antes de verlo. Y había sido consciente de que, si no tenía cuidado, también se enamoraría de su dueño.

Y Capezzana había resultado ser tan maravillosa como Jaco había dicho. El viñedo, recortado contra un fondo espectacular de montañas, además de un imponente *palazzo* del siglo XVIII, formaban un conjunto perfecto. Allí habían pasado unos días maravillosos, compartiendo historias, charlando, riendo y probando el delicioso vino de Capezzana. Quizá en exceso, en el caso de Leah.

Aunque era más probable que su sensación de estar embriagada hubiera tenido que ver con la compañía más que con el alcohol. Jaco Valentino no se parecía a ningún otro hombre. Le hacía sentir como si flotara sobre el suelo, como si el cielo fuera de un azul más intenso, como si le faltara el aire. Era una sensación peligrosamente estimulante, pero Leah se había obligado a no dejarse llevar por ella.

Porque había aprendido a no confiar en los hombres. Empezando por su padre, que se había dado a la bebida cuando ella más lo necesitaba, Leah sentía que el sexo opuesto la había decepcionado toda su vida.

Cabía la posibilidad de que ella tuviera parte de culpa. Era impulsiva por naturaleza y una serie de decisiones erróneas le habían causado numerosos problemas. «Actúa primero y piensa después» parecía ser su lema. Y, en su experiencia, había muchos hombres dispuestos a aprovecharse de ello.

Desde la entrevista para un trabajo en Marruecos, donde había terminado dando una bofetada al tipo repugnante que supuestamente iba a entrevistarla; hasta la pérdida de todo su capital en manos de un ludópata en Atlantic City, Leah había conseguido complicarse la vida en todo el mundo.

Pero solo había entregado su corazón en una ocasión, en su pueblo natal, Glenruie, en Escocia. A los dieciocho años, finalmente superados los problemas de riñón que había padecido durante años, se había enamorado perdidamente de un joven pelirrojo llamado Sam, el hijo del terrateniente local y dueño de Craigmore, la propiedad que empleaba a toda su familia. Leah y Harper trabajaban en la casa, y su padre, Angus, era el jefe de guardabosques.

La relación había terminado espantosamente. Cuando llevaban varios meses saliendo, Leah se había enterado de que Sam estaba prometido… a una aristócrata. Y lo que fue aún peor, Harper y ella habían tenido que atender a la feliz pareja durante la boda.

Cuando un cuenco con consomé acabó volcado misteriosamente en el regazo del novio, el señor les había hecho saber a Harper y a ella que si tanto ellas como su padre, cuya afición a la bebida estaba ya causando suficientes problemas, querían conservar el trabajo, Leah debía cambiar de actitud.

Y eso había hecho, Enfurecida por la injusticia de la situación, al tiempo que intentaba reponerse de un corazón destrozado, había jurado no volver a enamorarse.

Por eso, y a pesar de la explosiva química que había entre Jaco y ella, se había concentrado en mantener los pies en la tierra y en averiguar quién era aquel fascinante desconocido que la cegaba de deseo.

Él había parecido sentir lo mismo. Coqueto y táctil, no había ocultado que la deseara, pero había reprimido el impulso de dar un paso adelante. Tratando la relación como si fuera una bomba con temporizador, había sido tan cuidadoso que Leah no había sabido si desmayarse o gritar de frustración.

De manera que, cuando llegó el momento de marcharse, Jaco a Nueva York y ella junto a su familia, había asumido que no volverían a verse. Como él no mencionó la posibilidad de otro encuentro, ella se había tragado la desilusión y había forzado una espléndida sonrisa que solo se había suavizado cuando Jaco le dio un fuerte abrazo.

¡Había sido una sensación tan maravillosa…! Pero él se había separado al instante, la había mirado prolongadamente y, dando media vuelta, se había marchado llevándose un trozo del corazón de Leah.

Sin embargo, habían vuelto a verse doce meses más tarde. Al enterarse de que iban a ser los padrinos del hijo de Harper y Vieri, Leah había estado exultante. Y, cuando una semana antes del

bautizo, Jaco le había mandado un mensaje diciendo cuánto anhelaba verla, su cuerpo se había activado con la anticipación del encuentro.

Al mismo tiempo, se había exigido ser sensata. El mensaje no significaba nada, cabía la posibilidad de que Jaco tuviera novia, o toda una serie de ellas…

Intentar sonsacar información a Harper había sido inútil. Y Leah se había dado cuenta de que no sabía nada del hombre que tenía un efecto tan poderoso sobre ella, mientras que él había tenido la habilidad de averiguar mucho más sobre ella

Con el paso de los días su curiosidad se había incrementado y ansiaba saber cómo era el hombre que había tras aquel hermoso exterior.

Así que, cuando tras el bautizo, Jaco la había apartado a un lado diciéndole que quería hacerle una propuesta, Leah apenas había podido contener su ansiedad.

Tomándola de la mano, la había llevado a una de las habitaciones del *castello* Trevente, el nuevo hogar de su hermana. Pero su propuesta la había tomado por sorpresa. En lugar de estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor allí mismo, tal y como había fantaseado, Jaco le había ofrecido trabajo en su viñedo. Necesitaba un responsable de marketing y pensaba que ella sería perfecta.

Disimulando su desconcierto, Leah había olvidado toda cautela y había aceptado sin titubear. Un trabajo en Sicilia era un sueño hecho realidad comparado con el tedio de Glenruie, el pueblo del que llevaba toda su vida intentando escapar.

Capezzana era un lugar cálido, exótico y precioso. Y la idea de trabajar junto a Jaco hacía que la oferta fuera aún más tentadora.

Así que Leah se había mudado a Capezzana y Jaco había pasado con ella los primeros días para ayudarla a instalarse. Mientras le enseñaba el *palazzo*, le dijo que lo considerara su hogar y que eligiera las habitaciones que quisiera como despacho y dormitorio.

Que el viñedo era la pasión de Jaco, era evidente por la forma en que se le iluminaban los ojos cuando hablaba de los tipos de uva que cultivaba y la calidad y cantidad de la cosecha del año anterior. Así que Leah se dio cuenta de que, eligiéndola para aquel puesto, manifestaba tener una gran fe en ella. Y en ese instante decidió que haría lo que fuera para no desilusionarlo.

Durante la última noche, mientras compartían una sencilla cena contemplando el atardecer, finalmente pasó. Finalmente la tormenta de deseo que había ido formándose entre ellos estalló.

Empezó con un leve roce de labios, pero en segundos, se arrancaban la ropa mutuamente y avanzaban a ciegas buscando una cama para entregarse, jadeantes, al ávido y tórrido deseo que los consumía.

Así era como habían iniciado una relación intermitente. Noches apasionadas intercaladas con largos periodos durante los que Jaco viajaba por el mundo.

Como magnate multimillonario que convertía aquello que tocaba en oro, tenía una agenda repleta de compromisos. Leah había aprendido a aceptar la situación, y, a pesar de lo apasionado de su relación, los dos la habían mantenido a un nivel superficial, concentrándose en el presente y en pasarlo bien.

Para Leah, era una cuestión de supervivencia; tenía que evitar enamorarse de aquel enigmático hombre. Para Jaco… era imposible saber qué había detrás de aquella encantadora fachada. A veces Leah se preguntaba si estaba preocupado, si era demasiado volátil y estaba demasiado concentrado en su carrera como para entregarse alguna vez a alguien.

Sin embargo, en aquel momento, al verlo en persona y no solo recordarlo, y viendo cómo la miraba, conseguía hacerle sentir como la mujer más atractiva y más deseada del mundo. Como si fuera todo lo que él necesitaba.

La frágil esperanza que se había esforzado en reprimir se reavivó. Tal vez, de acuerdo a lo que tenía que decirle aquella noche, su relación adquiriría una naturaleza más permanente. Quizá se convertirían en una pareja de verdad… en una familia.

Solo había una manera de averiguarlo.

–Jaco, tengo que decirte una cosa.

–¿Sí?

Pero Jaco se distrajo al vibrar el teléfono que llevaba en el bolsillo y contestar un mensaje tecleando con rapidez. El maldito teléfono. Era como un instrumento de tortura. Esperaba semanas para ver a Jaco y luego tenía que competir con él o con cualquier otro artilugio tecnológico.

Jaco alzó la cabeza.

–Perdona, ¿qué decías?

El teléfono volvió a vibrar y, haciendo un gesto de disculpa, Jaco volvió a escribir.

–*Scusa* –dijo sin levantar la cabeza–. Tengo que contestar.

Leah suspiró exasperada y dijo:

–¿Qué te parece si preparo algo para cenar mientras acabas?

–*Buona idea*. Me doy una ducha rápida y bajo –le dedicó una de

sus sonrisas–. A no ser que quieras hacerme compañía…

El teléfono volvió a vibrar y Leah frunció el ceño. Jaco añadió:

–Dame diez minutos –le dio un beso en los labios antes de llevarse el teléfono al oído–. Luego seré todo tuyo.

Leah se quedó mirándolo: su arrogante altura, sus anchos hombros, los músculos que se percibían debajo de la camisa. Y se le contrajeron las entrañas porque en lo más profundo de sí dudaba que sus palabras llegaran a hacerse realidad.

Los diez minutos se convirtieron en veinte. Sentada en la terraza, contemplando el sol ponerse tras las hileras de viñas, Leah dejó a un lado el plato de pasta sin tocarla. Tomó un trozo de pan y distraída, echó migas a los gorriones, que se arremolinaron a sus pies.

Aquello era típico de Jaco, siempre tan ocupado, siempre pendiente de un negocio u otro. Siempre haciéndole esperar. Aunque su trabajo le encantaba y la tenía ocupada, Leah no podía evitar sentir que el tiempo pasado en Capezzana era como estar en un limbo… esperando a que Jaco reapareciera.

Pero aquella noche estaba allí, y aunque todavía no lo supiera, Leah iba a conseguir que le prestara toda su atención. Iba a anunciarle que iba a ser padre y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar. Ella estaba todavía asimilándolo.

Suspirando profundamente, fue al interior y caminó descalza hacia su dormitorio, una de las habitaciones que había elegido al llegar, acogedoras como un pequeño apartamento, y a las que Jaco se dirigía automáticamente cuando llegaba.

A su pesar, su mente evocó imágenes de él todavía desnudo después de la ducha, de la sonrisa con la que la recibiría antes de tomarla en sus brazos y hacerle el amor. Y ella no se resistiría porque con Jaco perdía toda fuerza de voluntad.

Vaciló con la mano en el picaporte. Podía oírlo hablar, con toda seguridad sobre negocios. Giró el picaporte cuidadosamente, y apenas entreabrió la puerta, un sexto sentido le dijo que no se trataba de una conversación de trabajo. Por la ranura, vio a Jaco sentado en la cama, de espaldas a ella y con el ordenador en el regazo. Se trataba de una videollamada, y la mujer de la pantalla era morena… y preciosa.

Leah sintió un escalofrío recorrerle la espalda a la vez que le oía hablar en italiano, susurrando algo que no comprendía, pero en un tono que no dejaba lugar a dudas: tierno, cariñoso; el tono entre dos amantes.

Aunque con dificultad, Leah consiguió entender algo. Jaco

intentaba tranquilizarla, diciéndole que todo iría bien.

–*Lo prometto*, Francesca.

«Lo prometo».

Paralizada, Leah vio cómo la mujer se llevaba los dedos a los labios y le soplaba un beso, sonriendo amorosamente. Y la respuesta de Jaco hizo estallar el mundo de Leah en mil pedazos.

–*Ti amo anch'io*…

«Yo también te amo».

Cegada por las lágrimas, con la garganta atenazada por la emoción, Leah dio media vuelta.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida pensando que Jaco y ella podían tener un futuro juntos? ¿Cómo se había dejado engañar por un hombre una vez más?

Salió a la terraza y descendió los escalones que conducían al jardín, cruzó el arco del seto y atravesó el viñedo, corriendo entre las vides, sacudiendo los racimos de uvas a su paso mientras el aire le quemaba el pecho. No sabía dónde iba. Solo sabía que tenía que huir.

Capítulo 1

Un año después

–¡No! –Jaco miró incrédulo a su amigo.

–Es verdad, Jaco –dijo Vieri con calma–. Si no fuera verdad, no te lo diría. De hecho, no debería habértelo dicho, pero creo que tienes que saberlo: tienes un hijo.

–¡No! –repitió Jaco, dando un puñetazo en la barra.

Vieri tomó su copa y bebió mientras miraba a Jaco y le daba tiempo para asimilar la noticia.

–¿Y por qué crees que es mío? –preguntó Jaco.

–Porque Leah se lo ha dicho a Harper y no tiene sentido que mienta. Entre otras cosas, porque no quiere saber nada de ti.

–¿Qué tiempo tiene? –preguntó Jaco pasándose la mano por el rostro.

–Tres meses.

–¿Tres meses? –repitió Jaco con un gruñido.

–¿Es posible… dadas las fechas? –preguntó Vieri con cautela.

–Yo diría que sí –contestó Jaco con una rabia contenida.

–Cálmate, Jaco –Vieri posó una mano sobre su hombro–. Sé que es un golpe, pero no tiene por qué ser tan malo.

–¿Tú crees? –preguntó Jaco con ojos centelleantes–. ¿Y tú qué sabes?

–Tengo un hijo y sé que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Junto con Harper, claro.

–Me alegro de que seáis una familia feliz.

–¡Jaco!

–Vieri, no tienes ni idea de lo que esto significa.

Nadie lo sabía. Ni siquiera su mejor amigo. Era demasiado peligroso. Y aquella noticia podía complicar las cosas aún más. Vieri se encogió de hombros.

–Como quieras. Pero no dispares al mensajero.

–Lo siento –dijo Jaco a regañadientes–. ¿Dónde están Leah y mi hijo?

–Eso no lo sé.

–Vieri, no mientas.

Su amigo se puso en pie.

–No me llames mentiroso, y menos cuando intento ayudarte.

–¿Así me ayudas?

–Sí. No tenía por qué habértelo dicho. He tenido que hacerlo a espaldas de Harper y no me gusta. Pero, como te he dicho, pensaba que debías saberlo.

–¿Y Harper sabe dónde está Leah?

–No –Vieri miró enfadado a Jaco–. Así que no se te ocurra intentar sonsacárselo. Acaba de enterarse de lo del bebé. Leah nos lo ha ocultado a todos.

Los dos hombres se observaron con hostilidad hasta que Vieri volvió a posar la mano sobre el hombro de Jaco.

–¿Por qué no te tomas otra copa y te tranquilizas? –llamó al camarero y pidió que rellenara los vasos–. Deduzco por tu reacción que tú tampoco tenías ni idea.

Jaco lo miró inexpresivo, pero aceptó la copa.

–¿Cuándo la viste por última vez? –preguntó Vieri.

–Hace mucho –Jaco se rascó la cabeza–. En agosto. Justo antes de la cosecha. Fue entonces cuando me dijo que dejaba el trabajo.

–¿No te explicó por qué?

–No, desapareció durante horas la primera noche que pasé en Capezzana, y, cuando finalmente la localicé, actuó de una manera extraña. Decidí esperar a la mañana siguiente para hablar con ella, pero para entonces se había marchado… sin dejar rastro.

–¿Y no intentaste localizarla?

–No, Vieri –Jaco volvió a mirar a su amigo con enfado–. Me dejó muy claro que habíamos acabado. El trabajo…, nosotros…

Vieri miró la copa.

–Así que había un «nosotros».

–Supongo que sí. Nada serio.

–Pues las consecuencias sí han sido serias.

Jaco se apretó el puente de la nariz y suspiró.

–Tengo que encontrarla, Vieri. Si Harper tiene la menor idea de dónde…

–No la presiones, Jaco –le advirtió Vieri–.Te he dicho que no lo sabe.

–Pues la encontraré por mi cuenta –Jaco fue hacia la puerta, pero retrocedió y dio a Vieri un abrazo–. Gracias. Sé que te he puesto en una situación incómoda.

Vieri le dio una palmada en la espalda.

–No pasa nada. Solo siento haber sido portador de una noticia tan inesperada. Espero que lo resuelvas bien.

–Yo también –Jaco se metió las manos en los bolsillos–. Yo también…

Leah se despertó sobresaltada. Le pareció oír que arañaban la puerta. Con el corazón acelerado, miró hacia la cuna, donde Gabriel dormía apaciblemente, y fue hacia el salón del pequeño apartamento que era su hogar desde hacía unos meses.

El sonido procedía del otro lado de la puerta principal. Aguzando el oído, oyó un murmullo de voces masculinas. ¡Estaban intentando entrar a robarle!

Volvió precipitadamente al dormitorio para tomar el teléfono de la mesilla, pero fue demasiado tarde. Con la fuerza de un tornado, de pronto estaba a su lado una presencia aterradora.

Su grito fue ahogado por una gran mano que le tapó la boca y la atrapó contra un cuerpo de acero. Leah peleó, pateando y sacudiendo los brazos hasta que el hombre se los sujetó contra el cuerpo.

En estado de pánico y con el instinto de proteger a su bebé, Leah se dijo que se libraría de los ladrones, que les convencería de que la dejaran en paz.

Parecían ser dos. El que la retenía y otro, que cerró la puerta y corrió las cortinas. Solo entonces encendió la luz y se plantó ante ella.

–¡Jaco! –Leah lo observó atónita.

Un pasajero alivio la invadió. Pero le bastó con ver la expresión de su rostro para que sus temores se multiplicaran. Debía de haberse enterado de la existencia de Gabriel. Estaba allí para reclamar a su hijo.

–Sí, es ella –dijo Jaco al matón que la sujetaba–. El niño debe de estar ahí dentro –añadió, indicando el dormitorio.

Leah se retorció, pero solo consiguió que el brazo se apretara en torno a su cintura.

–No te resistas, Leah.

Jaco la miró fijamente y la frialdad que descubrió en sus ojos hizo que a Leah se le detuviera el corazón.

–Tú y el bebé os venís conmigo. Ahora.

Leah le lanzó una mirada envenenada. No pensaba ir a ninguna parte.

–Le diré a Cesare que retire la mano, pero solo si prometes ser

sensata –Jaco esperó sin dejar de mirarla–. ¿Puedo confiar en ti?

Leah asintió frenéticamente y tras unos segundos, Jaco hizo un gesto a su hombre.

Leah gritó a pleno pulmón y una mano volvió al instante a su boca. La de Jaco.

–Has cometido un error, Leah.

Su rostro estaba a apenas unos centímetros del de ella, y su cuerpo tan cerca que Leah pudo sentir el calor que emanaba y la furia que irradiaban sus ojos.

–Si lo prefieres, haremos esto por las malas. Pero, por el bien de todos, te sugiero que me hagas caso.

Leah lo miró, parpadeando al sentir su aliento en el rostro y proyectando con su mirada toda la rabia y determinación de la que fue capaz teniendo en cuenta que estaba atrapada entre dos hombres musculosos.

Miró los profundos ojos marrones de Jaco, bajo cuyo poder hipnótico había caído desde su primer encuentro. Su recuerdo la había perseguido durante semanas tras dejar Sicilia. Pero en aquel momento, removieron algo distinto en ella, algo primario y que le retorció las entrañas. Porque era como mirar a los ojos de su hijo: la misma forma, el mismo color. Gabriel era una versión en miniatura de su padre.

–Te voy a dar otra oportunidad –dijo Jaco–. Cuando retire la mano, vas a guardar silencio mientras te digo qué va a pasar, ¿entendido?

Leah asintió. Jaco quitó la mano lentamente.

–Así… Mucho mejor.

Permaneció muy cerca de ella, mirándole los labios con tal intensidad que Leah los sintió arder.

–Puedes soltarla, Cesare. Quédate junto a la puerta.

Cesare obedeció y Leah preguntó con un susurro indignado:

–¿Qué demonios estás haciendo?

Las palabras brotaron en un torrente de furia. Con la mente acelerada, Leah intentó pensar en formas de distraer a Jaco para huir con Gabriel y escapar de aquella pesadilla.

Solo que no era un mal sueño, sino la realidad.

–Te lo he dicho. El niño y tú venís conmigo. Haz las maletas.

Leah negó con la cabeza.

–¿Te has vuelto loco?

Jaco resopló.

–Te aseguro que estoy muy cuerdo. Haz lo que te he dicho.

–Pero…

–Tienes cinco minutos, Leah.

–¿Y si me niego?

–Dejarás aquí tus cosas. En cualquier caso, tú y el niño venís conmigo.

–¿Me estás raptando? –preguntó Leah en un tono agudo de histeria.

–Prefiero pensar que te llevo a un sitio seguro.

–Aquí estábamos perfectamente seguros hasta que has llegado tú.

–Te equivocas, Leah.

–¿Qué quieres decir? ¡Por supuesto que sí!

–No tengo tiempo para discutirlo ahora. Estás bajo mi protección y vas a hacer lo que yo te diga. Haz las maletas.

Jaco la tomó por los hombros y la giró hacia el dormitorio. Sus dedos le quemaron la piel a Leah.

–Y date prisa –añadió.

Leah se quedó parada en el dormitorio, a oscuras, escuchando la suave respiración de su bebé y los latidos de su propio corazón. Miró en torno, pero no tenía escapatoria. El apartamento estaba en un cuarto piso.

Moviéndose mecánicamente, sacó una maleta del armario y empezó a llenarla con su ropa y la de Gabriel. En realidad, apenas tenía pertenencias desde que había llegado a Londres, hacía nueve meses, se había mudado un sinfín de veces, de un cuchitril a otro; haciendo trabajos que no le daban para vivir hasta que se había tragado el orgullo y había solicitado una ayuda social del estado.

Cuando el ayuntamiento le había proporcionado aquel apartamento, apenas unos días antes de que Gabriel naciera, había llorado de alegría. Era poca cosa, pero se había convertido en su hogar.

–¿Has acabado?

Leah se volvió y vio la silueta de Jaco en el umbral de la puerta.

–¿Por qué haces esto? –Leah caminó hacia él, manteniendo un tono tranquilo pero firme. Si quedaba la más mínima oportunidad de acabar con aquella locura, debía aprovecharla–. Si me dices qué está pasando, estoy segura de que podremos encontrar juntos una solución.

–¿Tú crees? –preguntó él, sarcástico.

–Sí. ¿Por qué no?

–Porque no me interesa llegar a acuerdos con una mujer que me ha engañado hasta el punto de ocultarme que soy padre.

–Jaco… Yo…

–Déjalo, Leah –él alzó una mano–. Ya tendrás tiempo de darme explicaciones. Ahora tenemos que marcharnos.

–¿A dónde? –preguntó Leah en tono implorante.

–Pronto lo sabrás. Dame vuestros pasaportes.

–¿Nuestros pasaportes? –preguntó Leah, aterrada.

–Eso he dicho –Jaco la miró con severidad.

–No pienso dártelos.

–Dámelos, Leah.

–No –Leah se cuadró de hombros–. No puedes obligarme.

–Si me haces esperar, comprobarás que sí puedo hacerlo.

Leah lo miró angustiada. ¿Qué había pasado con el hombre encantador que ella recordaba?

–Jaco… –lo intentó de nuevo–. ¿Por qué actúas así?

Él alargó la mano extendida.

–Los pasaportes. Ya.

Sintiendo que no tenía alternativa, Leah fue hacia la diminuta cocina y sacó los pasaportes de un cajón. Solo entonces se dio cuenta de que podía haber mentido. Si le había sacado el pasaporte a Gabriel era para estar preparada para cualquier circunstancia, incluida la de tener que huir de Jaco.

A lo largo de los últimos doce meses había pensado día y noche en Jaco Valentino. Descubrir que era un mentiroso y que la engañaba le había roto el corazón, pero además, había despertado en ella dudas sobre otros aspectos de su personalidad: su pasado, sus negocios, el tipo de gente con la que se asociaba.

Entonces había empezado a recordar detalles que en el momento le habían pasado inadvertidos. Cómo se tensaba si le preguntaba por su familia, lo obsesivo que era respecto al trabajo, cómo no se despegaba del teléfono…

En más de una ocasión lo había encontrado de madrugada escribiendo en su portátil con expresión contrariada, y había cerrado el ordenador precipitadamente al verla acercarse, al tiempo que le indicaba con una firme amabilidad que volviera a la cama y evitaba sus preguntas con un beso antes de dirigirla hacia el dormitorio.

En retrospectiva, su obsesión por la privacidad le había hecho llegar a la conclusión de que Jaco ocultaba secretos, y no precisamente buenos.

Por eso había decidido huir a Londres y no decirle a nadie que estaba embarazada. Porque cuanto más pensaba en Jaco, más convencida estaba de que debía proteger a Gabriel de él.

Lo más difícil había sido ocultárselo a su hermana gemela. A

Harper no le había tomado por sorpresa que decidiera marcharse porque estaba acostumbrada a que su hermana se moviera por impulsos, en busca de sueños que nunca se materializaban. Leah la había llamado regularmente, diciéndole que todo iba bien y que se lo estaba pasando en grande.

De una manera u otra, había conseguido mantener la farsa durante aquellos interminables meses, pero tenía la convicción de que en algún momento se derrumbaría. Y así fue. Apenas hacía unos días, tras una noche más en vela, sola con su bebé, había llamado a su hermana y le había confesado la verdad.

Evitando contestar a las preguntas de su hermana, Leah le había dado los menos detalles posibles, diciéndole que Jaco era el padre, pero que no quería nada de él. Que no dijera ni una palabra. Harper había jurado guardarle el secreto.

Pero, evidentemente, no lo había hecho.

Leah deslizó la mirada desde los pasaportes al rostro implacable del hombre que tenía ante sí. Se los dio con mano temblorosa, diciendo:

–Ahí tienes. Espero que estés contento –dijo en tono retador mientras veía a Jaco fruncir el ceño al ojear el pasaporte de su hijo.

–¿Gabriel McDonald? –dijo con una mueca despectiva–. No solo me has ocultado la existencia de mi hijo, sino que le has dado tu apellido.

–Así es –Leah le sostuvo la mirada–. No quiero que tengas nada que ver con él.

Jaco dejó escapar una carcajada sarcástica.

–Eso es evidente –clavó los ojos en los de Leah–. Pero te aseguro que tus derechos exclusivos sobre él se han acabado. Le cambiaré el apellido. Mi hijo es un Valentino y ese será su apellido.

Leah sintió pánico. Aquella había sido su peor pesadilla: que Jaco irrumpiera en su vida para controlarla. Como buen siciliano, la familia lo significaba todo para él.

Por lo poco que había conseguido sonsacarle, sabía que sus padres habían muerto cuando tenía cinco años, que había vivido en un orfanato durante varios años junto con Vieri, hasta que lo habían adoptado cuando tenía once años. Sabía también que se había distanciado de su familia adoptiva, aunque no había conseguido averiguar por qué.

Pero era evidente que su corazón seguía perteneciendo a la isla mediterránea. Lo había percibido en su voz y en su actitud cuando estaban en Capezzana. Y Leah había tenido la seguridad de que con su primitivo sentido de la posesión, Jaco solo concebiría que su hijo

viviera en su país y bajo sus normas. Para él, la sangre era el vínculo más poderoso.

–Jaco… –Leah intentó ganar tiempo–. ¿No podríamos al menos hablar de esto?

–No –él se aproximó–. No estoy dispuesto a escuchar tus patéticas excusas. A partir de ahora vamos a hacer las cosas a mi manera.

La acorraló contra una cómoda al tiempo que la recorría de arriba abajo con la mirada.

Leah tragó saliva. La tensión que percibió en los músculos de Jaco, el brillo acerado de su mirada, la forma en que apretaba la mandíbula, le indicaron que no habría forma de razonar con él. Y aun así, su proximidad provocó en ella una reacción completamente inapropiada, endureciéndole los pezones y contrayéndole el vientre.

Pero lo peor fue que Jaco lo notó y Leah vio, aterrada, que sonreía con la satisfacción masculina de comprobar que seguía teniendo aquel poder sobre ella.

Entonces pensó que tal vez podía usarlo a su favor. Se imaginó abrazándose a su cuello, atrayéndolo para besarlo… porque a pesar de todo seguía queriendo besarlo. A pesar de todo lo que le había pasado en el último año y de que había intentado convencerse de lo contrario, seguía deseando a Jaco.

Por un instante, él la miró como si pudiera leerle el pensamiento. Luego, con un gesto de desdén que hizo que a Leah se le formara un nudo en el estómago, dijo:

–Vístete –Leah le vio guardar los pasaportes en el bolsillo de su chaqueta–. Nos vamos.

Ella fue al dormitorio, se puso un jersey, unos vaqueros, tomó su teléfono y lo guardó en el bolso. Entonces se inclinó sobre la cuna y, con el corazón palpitando de ansiedad y orgullo, tomó a su hijo, que seguía durmiendo apaciblemente, ajeno al drama que se desarrollaba a su alrededor.

Con los brazos alzados a ambos lados de su cabeza y sus pequeños puños cerrados, parecía preparado para enfrentarse al mundo. Pero Leah sabía que eso le correspondía a ella; que haría lo que fuera para protegerlo y mantenerlo a salvo. Incluso aunque eso significara en aquel momento llevarlo a quién sabía dónde, obedeciendo las órdenes de un hombre que, tal y como acababa de comprobar, tenía una faceta mucho más oscura y peligrosa de lo que hubiera imaginado hasta entonces.

Pasándose la mochila por la cabeza, lo colocó en ella tan delicadamente que Gabriel ni se movió.

—¿Estás lista?

Jaco había llegado en silencio hasta su lado; por primera vez estaba cerca de su hijo. Leah contuvo el aliento, esperando ver cómo reaccionaba, asumiendo que al menos querría ver la pequeña cabeza que se apoyaba contra su pecho. Pero Jaco dio media vuelta, miró el reloj y, tomando la maleta, salió de dormitorio.

Cuando Leah cerró la puerta del apartamento, se dio cuenta de que no sabía qué estaba pasando ni a dónde iba. Ni siquiera si alguna vez volvería.

Capítulo 2

LEAH miró la cabeza de su bebé. La succión frenética de hacía unos minutos había dado lugar a una intermitente, que indicaba que estaba saciado. Leah lo acunó, más por reconfortarse a sí misma que a él. Gabriel estaba feliz. Tenía a su madre y una fuente de alimentación continua, y eso era todo lo que necesitaba.

No tenía ni idea de que habían sido secuestrados y acomodados en un helicóptero que el mismo Jaco había pilotado, para aterrizar finalmente en un lugar cuya localización Leah ignoraba.

Agotada por las emociones, Leah se había quedado dormida en el vuelo, y se había despertado al sentir el descenso brusco del helicóptero previo al aterrizaje. Al mirar por la ventanilla, no había podido atisbar nada en medio de la oscuridad, y había sido evidente que Jaco no tenía intención de proporcionarle ninguna información. Así que Leah había dejado que la subieran junto a Gabriel en un todoterreno y que Jaco los condujera por una sinuosa carretera hasta la casa en la que habían pasado la noche.

Pero al menos ya era de día, y en cuanto dejara a Gabriel en la cuna, exploraría la zona y se enteraría de dónde estaba, si es que encontraba su móvil y podía conectar el GPS.

Por lo que podía ver, estaban en una casa lujosa. Su dormitorio era de una moderna elegancia, con paredes de piedra y suelos de madera reluciente, además de una cama en la que cabría una familia entera. El cuarto de baño era de mármol gris y paredes de cristal que ofrecían una vista a un cuidado jardín con olivos centenarios y rocas de granito.

Llamaron a la puerta.

–¿Sí? –Leah estrechó a Gabriel en sus brazos.

Jaco entró con paso firme y actitud imperiosa. Pero al ver a Gabriel al pecho de Leah se detuvo.

–Disculpa.

Leah le sostuvo la mirada. Dar de mamar era el acto más natural del mundo. Además, no tenía los senos desnudos.

–¿Qué querías, Jaco?

Jaco se aproximó, y Leah notó que ni fijaba la mirada en ella ni en su hijo, sino en un lugar indefinido por encima de su hombro.

–Venía a preguntarte si has descansado.

–¡Cómo si te importara!

Su tono agudo hizo que Gabriel aleteara los párpados. Cuando soltó el pezón, Leah se ajustó la ropa y lo dejó en la cuna, junto a la cama.

La noche anterior le había sorprendido encontrarla allí, junto con un paquete de pañales y otros objetos para el cuidado del bebé.

–Me importa lo bastante como para preguntártelo –dijo él en tensión–. ¿Tienes todo lo que necesitas?

–Desde luego –dijo ella con mirada airada–. Todo menos la libertad.

–La tendrás cuando corresponda.

–¿Y cuándo será eso?

–En un par de semanas.

Leah fue hacia Jaco fuera de sí.

–¿De verdad crees que puedes mantenernos aquí durante dos semanas?

–No lo creo, lo sé. Puedo manteneros aquí todo el tiempo que quiera.

–¿Te enorgulleces de poder mantenernos prisioneros?

Jaco se encogió de hombros.

–Tanto como tú de haberme ocultado que fuera padre.

Leah frunció el ceño.

–¡Tú no estás preparado para ser padre, no en el verdadero sentido de la palabra!

Estaba tan cerca de él que tuvo que alzar la barbilla para mirarlo antes de continuar:

–Finges que ser padre es importante para ti y sin embargo no has mirado a Gabriel ni una sola vez.

Jaco apretó los dientes.

–Me relacionaré con mi hijo cuando llegue el momento.

–Uno no se relaciona con un bebé, Jaco –dijo ella con desdén–. Uno lo toma en brazos, lo estrecha, lo ama –le tembló la voz–. Pero tú no conoces ese sentimiento.

–¿No? –Jaco le tomó la barbilla con firmeza para que no pudiera desviar la mirada–. ¿Cómo lo sabes?

–Lo-lo sé –atrapada en la mirada de Jaco, Leah no pudo pensar. Solo sabía que, por más que Jaco se hubiera comportado deplorablemente, en cuanto la tocaba su corazón saltaba de

alegría–. Lo intuyo.

–Al demonio con las intuiciones –Jaco la soltó bruscamente y retrocedió–. Los dos sabemos que si no me encuentro cómodo con mi hijo es porque hasta hace una semana no sabía ni que existiera.

–Y, si por mí fuera, seguirías sin saberlo.

–*Esatto* –la voz de Jaco resonó amenazadora–. Por eso a partir de ahora yo pongo las reglas y tú vas a obedecerme, *mia cara*.

–¿Por qué habría de hacer eso? –preguntó Leah incrédula.

–No tienes otra opción –dijo él con una gélida calma–. Puedes intentar resistirte y pelear tanto como quieras. Pero no podrás abandonar esta isla hasta que yo te deje.

«¡Estaban en una isla!».

Leah intentó apaciguar la rabia que le recorría las venas como lava líquida. Para alguien tan impulsiva como ella esa era una tarea heroica, porque instintivamente, habría gritado y pataleado. Pero también era inteligente. Y una luchadora. Puesto que enfurecerse con Jaco no la conduciría a nada, tendría que probar otra táctica.

Cruzándose de brazos. Leah lo miró fijamente, maldiciendo el deseo que seguía despertando en ella por más que intentara sofocarlo.

–Al menos podrías decirme por qué nos has secuestrado. Es lo mínimo que me merezco.

–Tú no te mereces nada, Leah McDonald.

Leah se mordió la lengua. Desde su punto de vista, aquel hombre arrogante que irradiaba odio le debía todo: la vida tal y como la conocía, su dolorido corazón, su cordura. Todo aquello que había destruido cuando sus caminos se habían cruzado. Cuando Jaco había hecho añicos su vida.

–¿Y después de esas dos semanas? –consiguió mantener la calma, no reaccionar a sus provocaciones–. ¿Cómo puedo estar segura de que no vas a intentar mantenernos aquí para siempre?

–Porque no serviría de nada –la penetrante mirada de Jaco la quemó–. Y a pesar de lo que puedas creer, no estoy haciendo esto por divertirme.

–¿Y qué se supone que debo creer? –Leah sintió la rabia bullir en su interior. Miró hacia un lado y respiró profundamente para intentar dominarse antes de volver a mirarlo a los ojos.

–Sinceramente, me da lo mismo lo que creas o pienses de mí. Pero te doy mi palabra de que solo permanecerás aquí un par de semanas.

–¿Tu palabra? –preguntó Leah con tanto desdén como pudo.

–Sí, Leah, mi palabra.

–¿Y luego, qué?

–Luego hablaremos de planes de futuro.

–¿Qué significa eso?

–Pronto lo sabrás.

–Así que estaba en lo cierto –Leah estaba ciega de ira–. No piensas dejarnos ir. Vas a mantenernos cautivos, desplazándonos de un sitio a otro, encerrándonos en un sótano…

–¡Por Dios, Leah, cálmate!

Jaco cruzó la distancia que los separaba y la tomó por los hombros para detener el torrente de palabras. Leah sintió sus manos abrasarle la piel, marcándola, haciendo que se le endurecieran los pezones.

–No pienso calmarme –intentó soltarse, pero Jaco la asió con firmeza y la apretó contra su pecho.

–Intenta dominar tu vívida imaginación. Ponerte así no va a servir de nada. No voy a hacer nada de eso. Desafortunadamente, las circunstancias me obligan a manteneros aquí unos…

–¿Qué circunstancias? –Leah echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos–. ¿Qué circunstancias? –repitió.

–Mientras estés aquí –continuó Jaco como si no la hubiera oído–, tendrás todo lo que necesites para que tu estancia sea lo más agradable posible.

–Jaco Valentino, te aseguro que no va a haber nada agradable en mi estancia aquí –la respuesta de Leah resonó en la habitación como un disparo.

–¿No? –Jaco escrutó su rostro mientras ella intentaba disimular hasta qué punto la afectaba.

Sus músculos se contrajeron, sus labios se fruncieron como si buscaran un beso. Leah odiaba el poder que Jaco tenía sobre ella, y más aún la satisfacción que él obtenía de ello.

–¿Estás segura, Leah? –la azuzó él.

–Totalmente –balbuceó ella, retrocediendo.

–Está bien, tendré que creerte –dijo él con sorna–. En cualquier caso, solo venía a ver si necesitabas algo. Si quieres venir a desayunar conmigo, reúnete conmigo en la cocina.

–Antes preferiría morirme de hambre.

–Como quieras.

Jaco fue hacia la puerta. Cuando llegó, se volvió hacia Leah.

–Por cierto… –dijo en un tono ligero que contradecía su mirada penetrante–. Si estás buscando tu teléfono, te lo he requisado. Solo durante estos días.

–¿Que has hecho qué? –preguntó Leah perpleja. Jaco tenía que

haber entrado en la habitación mientras dormía.

–No puedo arriesgarme a que notifiques dónde te encuentras.

Y tenía razón. Leah había pensado enviar sus coordenadas a Harper, a la policía, a quienquiera que pudiera ir a buscarla. Pero ya no podría hacerlo.

En ese momento fue plenamente consciente de hasta qué punto estaba en manos de Jaco.

Jaco avanzó por el pasillo con paso firme, ansioso por poner la mayor distancia posible entre Leah McDonald y él. Necesitaba tomar aire y aclararse la mente.

Había cometido un gran error al entrar en su dormitorio. Verla dando de mamar al bebé lo había dejado sin aliento. Algo en la forma en la que lo miraba con la cabeza inclinada, acunándolo delicadamente, lo había sacudido de los pies a la cabeza.

Habían presentado una imagen tan natural, tan perfecta, tan inocente… La ternura de la escena lo había conmovido unos segundos antes de solidificarse como un bloque de cemento en el pecho. Porque Leah no tenía nada de inocente. Era manipuladora y lista. Por eso había sido capaz de ocultarle la existencia de su hijo.

Jaco no comprendía cómo podía haber hecho algo tan cruel, tan despiadado. Era evidente que se había engañado respecto a su personalidad.

Tras conocerla, la habría descrito como divertida, inteligente, fuerte, sexy e impredecible. Pero jamás manipuladora; y mucho menos, cruel. Y aunque Vieri le había advertido que era complicada, él no le había prestado atención. Sin embargo, su amigo había estado en lo cierto: Leah McDonald no era tal y como aparentaba ser.

Pero era la madre de su hijo. Y por eso estaba decidido a conocerla a fondo.

Se saltó el desayuno, tomó su portátil y salió a la terraza. Apenas miró a su alrededor antes de ponerse a trabajar. No estaba allí para admirar el paisaje.

Aunque se suponía que la isla era su pequeño paraíso privado, hasta el momento solo había pasado unos días en ella. La villa había sido concluida hacía más de un año, pero nunca encontraba tiempo para disfrutarla, y no le importaba. Para él, no era más que una inversión.

Era su favorita de entre las varias islas que poseía al norte de Sicilia. De una belleza dramática, con arenas negras resultado de la

actividad volcánica, algún día disfrutaría de ella. En aquel momento le preocupaban otros asuntos.

Fue leyendo los mensajes de correo electrónico rápidamente. Todo parecía ir de acuerdo a lo planeado. El momento álgido llegaría en cualquier instante. Aquello por lo que tanto había luchado durante tanto tiempo daría sus frutos. Por fin, su despreciable familia de adopción recibiría su merecido.

Finalmente se vería compensado por la detallada planificación y los meses de meticuloso trabajo que había dedicado al proyecto. Su padre legal, sus supuestos hermanos, sus malditos tíos, iban a ser atrapados. No podía cometer el menor error; ninguno de ellos podía escapar. Era o todo o nada.

Jaco había ideado el plan y su obsesión por conseguir que el peso de la justicia cayera sobre su corrupta familia había guiado cada minuto de su vida. Afortunadamente, sabía cuál era su mayor debilidad: la codicia. Así que, con la ayuda de agencias internacionales antidrogas y de la policía italiana, que llevaba años intentando detener a la familia Garalino, Jaco había puesto en marcha una audaz operación encubierta.

Utilizando la Web profunda y *bitcoins*, la moneda preferida del hampa, había propuesto a su familia un negocio que no podía rechazar: una gigantesca operación de contrabando de cocaína. Utilizando como tapadera la exportación de aceite de oliva a Sudamérica y de importación de café a Europa, la cocaína llegaría a Sicilia, desde donde sería distribuida a Europa. Era una estrategia extremadamente arriesgada, puesto que solo habría algunos sacos estratégicamente situados que contuvieran cocaína real. Algo que su familia solo descubriría cuando se hubieran implicado plenamente.

Había tanto en juego que, si se descubría el engaño, si se enteraban de que Jaco estaba tras la emboscada, habría firmado su sentencia de muerte. Pero Jaco había decidido que valía la pena correr el riesgo. Francesca estaba a salvo. Él estaba soltero, sin hijos, así que no podrían atacarlo más que a él. Y ese era un peligro asumible.

Pero todo eso había cambiado. Tenía un hijo. Y por eso había adoptado inmediatamente medidas drásticas para protegerlo.

En su mundo, uno no traicionaba a su familia, y, si lo hacía, debía esperar represalias. Sin excepciones. Y el hijo de Jaco Valentino sería considerado la diana perfecta.

Oyó a su espalda a Leah caminando hacia la cocina. Y aunque era evidente que prefería ignorarlo, Jaco cerró el ordenador mecánicamente y se pasó la mano por los ojos.

Si los Garalino descubrían que tenía un hijo, Gabriel estaría en peligro aunque la operación no hubiera estado en marcha. Solo por ser hijo de Jaco Valentino, como un medio para hacerle pagar por haber dejado a «La Familia».

Jaco se había separado de su familia adoptiva a los dieciocho años, cuando finalmente había conseguido librarse de sus garras. Solo lamentaba no haber podido llevarse consigo entonces a su hermano pequeño.

Al abandonar Sicilia se había mudado a Nueva York para empezar una nueva vida, y en pocos años había erigido un imperio multimillonario. Una mezcla de astucia para los negocios y una buena dosis de atractivo físico y encanto personal le habían ayudado a llegar lejos.

Pero bajo su apariencia de hombre tranquilo y desenfadado, se ocultaba un hombre muy diferente. Su corazón seguía perteneciendo a Sicilia y poco a poco había vuelto, de forma anónima inicialmente, para comprar propiedades en la isla, hasta que finalmente había adquirido el viñedo de Capezzana.

Capezzana había pertenecido a su familia durante generaciones. Había sido su hogar hasta los cinco años, cuando su mundo se había hecho añicos al morir sus padres cuando su coche cayó por un acantilado. Jaco y su hermano pequeño habían sido llevados a un hogar de acogida hasta que, con once años, fueron adoptados por la siniestra familia Garalino.

Aunque sus padres le habían dejado Capezzana en herencia, no pudo reclamarla hasta cumplir dieciocho años. Hasta entonces había sido dirigida por una cooperativa en la que los Garalino se habían conseguido infiltrar para poner en marcha los planes criminales a los que sus padres se habían resistido hasta su muerte.

Su valentía había conducido a un «desafortunado accidente» que había acabado con sus vidas.

La cooperativa no había podido defenderse de la poderosa familia Garalino y pronto los vinos habían sido adulterados con productos químicos nocivos, y vinos baratos habían sido reetiquetados y vendidos a los inversores a precios exorbitantes. La familia Garalino se había enriquecido rápidamente, pero su avaricia no tenía límites

Luigi Garalino había decidido que para tener el control absoluto sobre el viñedo tenía que hacer algo con los Valentino antes de que Jaco alcanzara la mayoría de edad. La solución fue adoptarlos. Como su padre legítimo, le correspondería supervisar Capezzana legalmente durante los siguientes años, lo que le daría tiempo

suficiente para instruir a los hermanos en los métodos de la familia Garalino. Y una pareja de hermanos saludables siempre resultaban útiles en negocios como los suyos; particularmente cuando el mayor, un chico fuerte de once años, podía convertirse en una gran adquisición.

La producción vinícola de Capezzana se había disparado con la adulteración de vinos que de otra manera la tierra no hubiera tenido la capacidad de producir. Pero la codicia había sido de nuevo su talón de Aquiles. El gobierno había sospechado y había requisado la propiedad, pero gracias a sus poderosos amigos, la familia Garalino no había sido nunca procesada, y Capezzana había quedado abandonada.

Hasta que Jaco había tomado medidas. Tras unas largas negociaciones, había conseguido comprarla al gobierno y así recuperar su herencia. Trabajando arduamente, había logrado que volviera a ser próspera y que recuperara su prestigio. Y de todos sus negocios, Capezzana era del que más orgulloso se sentía.

Jaco sabía que los Garalino seguían todos sus movimientos, pero como él jamás se había enfrentado a ellos ni los había denunciado, le habían dejado en paz y habían mantenido las distancias, probablemente esperando a que llegara el momento adecuado.

Lo que no sabían era que estaban a punto de caer en su trampa.

Aquellos eran días extremadamente peligrosos, y Jaco no había tenido más remedio que secuestrar a su hijo para protegerlo. Debía impedir que supieran de su existencia. Por eso había tenido que llevarse también a Leah, de la que el bebé no podía separarse.

Lo quisiera o no, como era el caso, tendría que mantener consigo a Leah McDonald hasta que los Garalino estuvieran encarcelados.

En aquel momento la oía a su espalda, haciendo ruido en la cocina. Y a pesar de que quería ignorarla y concentrarse en el trabajo que se le había acumulado, no pudo hacerlo. Se levantó y fue a la cocina.

Leah no lo oyó porque estaba abstraída intentando averiguar cómo funcionaba la máquina de café. Llevaba un vestido amarillo y el cabello recogido en una coleta que se balanceaba con el movimiento de su cabeza a medida que apretaba botones y tiraba de palancas. Parecía mucho más joven de los veintisiete años que tenía, y Jaco sintió una súbita punzada de culpabilidad por haberla implicado involuntariamente en las complicadas circunstancias de su vida.

–Deja que te ayude –dijo, sobresaltándola.

Leah alzó la barbilla.

–Puedo hacerlo sola, gracias.

–Perdona, creía que tenías problemas –Jaco permaneció deliberadamente cerca de ella, regodeándose en la evidente tensión que le provocaba–. El mío solo y con doble de azúcar.

Leah frunció el ceño y le pasó bruscamente el paquete de café.

–Háztelo tú mismo.

Jaco puso en marcha la máquina y pronto el aire se perfumó del aroma a café. Le pasó una taza a Leah, que se sentó a la mesa.

–Desayuna lo que quieras. Hay yogur, cereales y toda la fruta fresca que quieras –dijo.

–Me basta con el café, gracias –Leah lo miró por encima del borde de la taza–. No tengo apetito.

–Como quieras.

Jaco sacó yogur del frigorífico y un melocotón. Luego se sirvió yogur en un cuenco y cortó el melocotón pausadamente, consciente de que Leah lo observaba.

–Pero es importante que te alimentes bien… por el bebé –comentó–. Por cierto, ¿dónde está?

–Durmiendo –Leah pasó al ataque–. Y no te atrevas a decirme qué tengo que hacer en lo que respecta a mi hijo.

–Vale, vale –Jaco alzó las manos a la defensiva y luego tomó una cucharada del yogur, aunque tenía tan poco apetito como Leah.

–Y para que lo sepas, tiene un nombre –arremetió ella.

–Ah, sí, Gabriel –dijo Jaco, pronunciando lentamente–. Un nombre sobre el que no he podido opinar.

Creyó intuir un destello de sentimiento de culpabilidad en la mirada de Leah. Añadió:

–Pero me gusta –al ver que la culpabilidad se transformaba en sorpresa, Jaco sintió la satisfacción de haberla desconcertado–. Gabriel era el segundo nombre de mi padre. ¿Lo sabías?

–¿Cómo iba a saberlo? –preguntó ella, recuperando el tono sarcástico.

–Entonces ha sido una gran coincidencia –Jaco le ofreció melocotón. Leah sacudió la cabeza como si fuera veneno–. Giacomo Gabriel Valentino. Me encanta que haya otro Gabriel Valentino en la familia.

Leah fue a protestar, pero cambió de idea porque pensó que era una batalla perdida. Y tenía razón. Para Jaco los nombres eran importantes. Obligado a llevar el apellido Garalino al ser adoptado, se lo había vuelto a cambiar a Valentino en cuanto alcanzó la mayoría de edad. Valentino era su verdadero apellido. Como sería el de su hijo.

En el momento, los Garalino habían intentado impedírselo, pero utilizando la astucia en lugar del enfrentamiento, la lógica en lugar de la ira, Jaco los había convencido. Intentar mantener una buena relación con ellos había estado a punto de acabar con él, pero sabía que debía atraer la menor atención posible sobre sí mismo.

Sin embargo, pronto se cumpliría su venganza y él podría comenzar su vida de nuevo. Una vida que incluía un hijo.

Jaco se pasó una mano por la nuca. Seguía sin asimilar que fuera padre; no sabía cómo procesarlo.

La rabia volvió a asaltarlo al pensar que Leah le había ocultado algo tan fundamental en su vida. Y aún peor. Que pudiera estar sentada ante él, mirándolo con abierto desdén, como si fuera él quien hubiera hecho algo malo. No tenía ni idea de qué se le estaba pasando por la cabeza.

Quizá había llegado el momento de averiguarlo.

Capítulo 3

AL OBSERVAR a Jaco, que cruzaba las piernas en una actitud relajada que contradecía un rictus de tensión, Leah sintió nostalgia del hombre que había creído conocer: el ingenioso, encantador y divertido Jaco que le había robado el corazón. Pero a pesar de la animadversión que sentía por él en aquel momento, su cuerpo seguía palpitando de deseo.

–Ya que tenemos un hijo en común –dijo él, entrelazando las manos en el regazo–, debería saber más de tu familia.

–No hay nada que saber –dijo Leah a la defensiva.

–Solo sois Harper, tú y tu padre, ¿no? –Jaco la ignoró–. Recuerdo que dijiste que tu madre había muerto cuando tenías doce años.

–Sí.

Leah no pensaba sentirse halagada por que Jaco recordara la conversación que habían tenido en su primera visita a Capezzana. Una tarde en la que habían compartido confidencias, Jaco la había mirado compasivamente y le había tomado la mano con ternura cuando ella le había contado la muerte de su madre en un trágico accidente de caza.

En retrospectiva, pensó que habría hecho mejor cerrando la boca en lugar de contarle su vida: la muerte de su madre, la caída de su padre en el alcoholismo, el golpe al averiguar que sufría un fallo renal, los cuatro años de diálisis antes de que le realizaran un trasplante gracias a la generosa donación de su hermana gemela.

Se lo había contado todo. Solo más tarde se había dado cuenta de que Jaco no le había contado absolutamente nada sobre su pasado.

–¿Qué tal está tu padre? –insistió Jaco.

–Muy bien, gracias –dijo Leah crispada. Pero al menos no mentía. Angus McDonald llevaba sobrio más de un año.

–¿Y sabe lo de Gabriel?

–No –Leah enredó la coleta en el dedo con nerviosismo.

–Así que solo se lo has dicho a tu hermana.

–Sí –dijo Leah con ojos centelleantes.

–¿Y puedes confiar en que te guarde el secreto?

–¡Evidentemente, no! –Leah se puso en pie y fue hasta la ventana. Se giró para mirarlo–. Si no, tú no lo habrías sabido y Gabriel y yo no estaríamos aquí.

Leah pensaba echar una buena reprimenda a su hermana… si es que volvía a verla.

–En realidad, me lo dijo Vieri.

Claro, los dos amigos cubriéndose las espaldas.

–Al menos él sí pensó que tenía derecho a saberlo.

Leah lo miró con el ceño fruncido.

–Así que, y esto es muy importante, Leah, ¿podemos estar seguros de que solo Harper y Vieri saben que Gabriel es mi hijo?

–Sí –dijo Leah irritada–. Podemos estar seguros de ello.

–Algo es algo –dijo Jaco.

Leah vio que sus músculos se relajaban al tiempo que alargaba la mano hacia el café. Por el contrario, ella se tensó. ¿Por qué le aliviaba tanto que nadie supiera de la existencia de Gabriel? Súbitamente le pareció una ofensa contra ella y el bebé.

–Puedes estar tranquilo: tu sucio secreto está a salvo –dijo con sorna.

–Mi hijo no es un sucio secreto –Jaco se puso en pie y en un par de pasos se plantó delante de ella.

–¿Ah, no? ¿Por qué no quieres que nadie sepa nada de él?

–Tengo mis motivos –dijo Jaco–. Pero, cuando llegue el momento adecuado, estaré orgulloso de presentárselo al mundo.

–¿Qué motivos, Jaco? –preguntó Leah con gesto de frustración–. ¿Por qué no puedes contármelos?

–Porque es mejor para ti no saberlos.

Leah lo observó mientras asimilaba sus palabras, emitidas con una heladora frialdad. Jaco se separó de ella, pero era demasiado tarde. Había dejado traslucir más de lo que habría querido. Y no por primera vez, Leah pensó que Jaco Valentino estaba implicado en algo turbio. Muy turbio.

Seguía mirándolo en silencio cuando él se volvió.

–En cualquier caso –dijo él–. Tú no estás en condiciones de criticarme por querer mantenerlo en secreto. Tú no has proclamado su llegada a los cuatro vientos.

–No. Yo también tengo mis motivos.

–Muy bien: cuéntamelos.

–Eso es fácil –Leah le lanzó las palabras como metralla–: Porque

sé el tipo de hombre que eres.

Una ráfaga de desconcierto cruzó el rostro de Jaco antes de que sus facciones se endurecieran como granito.

–¿Qué quieres decir exactamente?

Leah se obligó a sostenerle la mirada. Algo en su actitud tensa, en el brillo de sus ojos, lo había delatado. Aunque intentara disimularlo con una expresión intimidatoria, era demasiado tarde. Leah no sabía qué perversos planes ocultaba, pero sí sabía que era capaz de engañar a una mujer con otra, y eso le bastaba para despreciarlo.

Se mordió el labio inferior con fuerza para detener la avalancha de dolor que amenazó con derruir los frágiles muros de su autocontrol. Enfrentarse a él de aquella manera le resultaba insoportablemente doloroso. Todo el sufrimiento que le había causado: la soledad, el terror de dar a luz a solas, criar a su bebé sin ayuda, se estaba acumulando en su interior, esperando a ser liberado en un torrente de amargas recriminaciones.

Pero había superado todo eso, había sobrevivido. Y Gabriel era lo más maravilloso del mundo; era lo único que le importaba en la vida.

Leah respiró profundamente. ¿Tenía sentido enfrentarse a Jaco por su infidelidad o solo estaría exponiéndose a un mayor sufrimiento? Por otro lado, quizá podía guardarse la información de que sabía que había otra mujer, reservársela como un as en la manga.

–Estoy esperando.

Leah alzó la mirada. Había tomado la decisión de callar, pero al ver la mirada altiva de Jaco olvidó todo pensamiento lógico. La estaba observando como si ella fuera la culpable, casi asqueado. ¿Cómo se atrevía?

–Muy bien. Te voy a decir por qué no te dije lo de Gabriel. Porque… porque….

El sonido del teléfono de Jaco vibrando en su bolsillo la paró en seco.

–Un momento –dijo él, alzando la mano para que se callara. Miró la pantalla antes de aceptar la llamada–. Luego retomaremos esta conversación.

Y sin más, salió de la habitación hablando precipitadamente en italiano.

Leah se quedó sola, perpleja.

Estaba claro que tanto ella como su explicación le importaban menos que una llamada cualquiera. O quizá no era una llamada

cualquiera, sino de su adorada Francesca. Por ella, en cambio, Jaco lo dejaba todo. Literalmente.

Temblando de rabia, Leah se recordó que debía ser fuerte. «Ha perdido su última oportunidad», se dijo. Si sentía tan poco respeto por ella, si era tan arrogante como para creer que seguirían la conversación cuando a él le diera la gana, le daría una lección.

Leah se alegraba de no haberle contado la verdad. Y en ese momento decidió que no lo haría.

Al mirar por la ventana lo vio alejarse, hablando por el móvil. Cruzó la zona del embarcadero y desapareció de la vista.

Haría cualquier cosa por recuperar su móvil… Leah miró a su alrededor. Tenía que estar en alguna parte. Aquella podía ser su única oportunidad de encontrarlo.

Lanzando una ojeada para asegurarse de que Jaco no volvía, fue en dirección contraria a su dormitorio, buscando el de él.

Lo encontró fácilmente. Estaba en el extremo opuesto de la villa, y sus ventanales se abrían al mar. Leah se quedó en la puerta y miró alrededor. Entrar en su espacio personal la afectaba. Era como sentirse rodeada de él, de su olor, de su ropa. Pero lo que reclamó su atención fue la cama, las sábanas revueltas, la marca de su cabeza en la almohada…

Leah cruzó el umbral. No tenía tiempo que perder. Y mucho menos para dejar volar su imaginación pensando en Jaco en esa cama. Empezó a revisarlo todo: los cajones, los armarios, debajo de la cama…

Tardó poco porque estaba todo vacío. Aparte de la bolsa de viaje que había llevado consigo, no parecía tener ninguna pertenencia. Quizá ni siquiera era su casa. Leah ya no estaba segura de nada.

Fue sigilosamente hacia el cuarto de baño. Junto al lavabo estaba su cepillo de dientes, una cuchilla de afeitar y un neceser cerrado. Leah lo abrió. Nada.

Volvió al dormitorio. Rebuscó bajo la almohada, por el borde del colchón. Si pudiera levantarlo, vería mejor. Apoyó una esquina en la rodilla, tomó aire e intentó alzarlo. Pesaba más de lo que había esperado. Inclinó la cabeza y entornó los ojos, escudriñando.

–¿Estás buscando ácaros?

Leah levantó la cabeza bruscamente y el colchón cayó de golpe.

Jaco estaba apoyado en el marco de la puerta, con una pierna cruzada sobre la otra.

–Ya sabes que, si quieres que te invite a mi dormitorio, no tienes más que pedírmelo.

–¿Dónde está? –preguntó Leah furiosa, sin molestarse en

disimular.

–¿El qué?

–Lo sabes perfectamente: el teléfono.

–Ah, claro, el teléfono.

Jaco caminó hacia ella lentamente. Con cada paso que daba, Leah se iba enfureciendo un poco más.

–Me temo que no lo recuperarás hasta que nos marchemos de la isla. Pero no te preocupes, lo estoy cuidando muy bien.

Lanzándole una mirada de odio, Leah le dio un empujón al pasar a su lado y salió corriendo.

Jaco la siguió con la mirada. Por mucho que fingiera, por más que pretendiera mostrarse desafiante, él podía ver hasta qué punto era vulnerable. Y aunque debería haberle dado lo mismo, aunque se dijo que no debía preocuparse por Leah McDonald, a pesar de que se repitió que no se merecía que la compadeciera, lo cierto era que lo hacía. La ansiedad que se reflejaba en sus ojos, la forma en que se mordía el labio inferior, cómo se tocaba nerviosamente la coleta. Todo ello lo afectaba a un nivel profundo que no tenía intención de explorar.

Se pasó la mano por la barbilla. Desde el instante que la vio, supo que había algo especial en Leah. Divertida y sin complicaciones aparentes, tenía un fondo mucho más inquietante de lo que su vivaracha apariencia daba a suponer. Al persuadirla de que le hablara de su pasado durante su primer encuentro, había descubierto que no había tenido una vida fácil.

Esa era una de las razones de que él se hubiera contenido a pesar de la chispa sexual que había saltado entre ellos en cuanto se vieron. ¡Y había sido toda una prueba para su fuerza de voluntad! Pero algo le había advertido de que aquella mujer era distinta, especial. Que se merecía que la respetara. Había tenido la sospecha de que, cuando finalmente estuvieran juntos, no habría marcha atrás. Y no se había equivocado. Aunque no en el sentido que había previsto.

Pero a pesar de todo y de lo que había pasado, Jaco sentía su cuerpo vibrar por ella; y su libido se resistía a aceptar lo que su cerebro le decía: que Leah McDonald solo podía causarle problemas. Una mirada de aquellos brillantes ojos castaños bastaba para que su cuerpo quisiera entrar en acción.

Hacía poco se había quedado atónito al darse cuenta de que llevaba más de un año sin acostarse con nadie, de hecho, desde la

última noche que había pasado con Leah. Ni siquiera se había fijado en otra mujer. Y eso iba en contra de su naturaleza. Se había dicho que era porque estaba demasiado ocupado, que una vez acabara con los Garalino retomaría su vida sexual.

Luigi Garalino. Le bastaba con pensar en él para que se le revolviera el estómago.

Pero estaba a punto de concluir su tarea. Pronto toda aquella cuidadosa planificación daría sus frutos y finalmente cumpliría la primera fase de su venganza. Quizá no la que él hubiera elegido, que habría sido más lenta y dolorosa, pero sí la de ver a la familia completa entre rejas.

La segunda fase, demostrar que Garalino era el responsable de la muerte de sus padres, llegaría a continuación. Jaco ya casi había reunido todas las pruebas necesarias y estaba seguro de que sus fuentes cantarían en cuanto supieran que la familia estaba encarcelada.

Entretanto tendría que conformarse con saber que su reinado de maldad estaba a punto de concluir. Y con ello, Francesca podría salir de su escondite y finalmente, vivir.

Como una mujer.

El largo y doloroso tratamiento médico había concluido y su hermano pequeño, Franc, ya no existía. El delgaducho niño al que habían sacado de la casa de acogida a la vez que a él, al que su familia adoptiva había insultado y martirizado sistemáticamente, había desaparecido. En su lugar, había nacido una hermosa y elegante mujer.

Y Jaco se sentía enormemente orgulloso de su nueva hermana. Estaba deseando presentarla en público, llevarla a Sicilia, mimarla. La presencia de los Garalino lo había impedido, y llevaba cinco años escondida en Nueva York, pero muy pronto, Francesca volvería a su hogar.

Jaco siguió a Leah y vio un retazo de su vestido amarillo cuando giró hacia el salón. Era como una abeja enfadada que huyera de él. O mejor, una avispa atrapada en un frasco.

Era evidente que no iba a aceptar la situación, así que, si iban a vivir en la villa un par de semanas, si quería que hubiera una mínima armonía, tendría que encontrar la manera de aplacarla.

La primera idea que se le pasó por la mente tuvo que ser aplastada al instante. Inclinar la cabeza, besarle el cuello, luego el lóbulo de la oreja antes de llegar a sus labios… Era extremadamente tentador. Y más porque le bastaba con pensarlo para recordar sus besos. Besarla había sido increíble. El sexo con ella había sido

increíble. ¿Cómo era posible que hubieran acabado metidos en aquel lío?

Entró en el salón y la vio parada, mirando inmóvil la franja de cristal del suelo que dividía la habitación en dos.

–Puedes pisarlo. Es seguro –dijo. Acercándose y saltando sobre el cristal para demostrárselo.

Leah se estremeció y dio un paso atrás.

–Vamos –Jaco sonrió y le tendió una mano que ella ignoró–. Te prometo que no te caerás.

Diseñada por un excelente arquitecto joven, la villa tenía algunas características peculiares. Una de ellas era la piscina que había excavado bajo la casa, dejando piedras naturales y convirtiéndolas en asientos, además de prolongar el borde de madera hasta el mismo acantilado.

Leah claramente no estaba convencida y seguía con la mirada fija en el agua que había a los pies de Jaco.

–No estarás asustada, ¿verdad? –Jaco decidió retarla para vencer su temor.

–Claro que no.

Leah alzó la barbilla y sorteó el cristal de un paso.

–¿Ves? –dijo.

Jaco enarcó las cejas.

–Estar aquí no tiene por qué ser una tortura –se acercó a Leah–. Todo sería más fácil si te relajaras y aceptaras la situación.

–Más fácil para ti, supongo.

–¿Por qué no te lo tomas como unas vacaciones?

Leah lo miró como un toro ante un trapo rojo.

–Unas vacaciones de las que no puedo escapar, en las que me han robado el teléfono. ¡Ni siquiera sé dónde estoy!

Jaco vaciló. Leah era demasiado testaruda y guerrera. Si quería conseguir una mínima tregua, necesitaba paciencia.

–Comprendo que esta es una situación difícil para ti.

–¿Ah, sí? –replicó ella sarcástica.

–En cuanto al sitio, esta es una de mis islas privadas. Y os he traído para manteneros a salvo. Eso es todo lo que necesitas saber.

–No, Jaco. Tengo que saber mucho más. Y no voy a callarme hasta que me lo cuentes.

Jaco dejó escapar un suspiro de exasperación. Habría querido callarla con un beso que la hiciera olvidar su enfado, pero no podía dejarse llevar. Se separó de ella bruscamente.

–Si sales conmigo un momento, haré lo posible por darte una explicación.

Leah no necesitó que se lo repitiera y salió a la terraza en cuanto él abrió la puerta de cristal. Se protegió del sol con la mano y miró en la distancia. Jaco supuso que intentaba avistar tierra o quizá un barco que pudiera rescatarla. Notó que se fijaba en su ordenador, que estaba en el otro extremo de la terraza. Pero, si se le pasaba por la cabeza poder usarlo, descubriría enseguida que estaba bloqueado y requería una contraseña. Él, más que nunca, era extremadamente meticuloso con respecto a la seguridad de sus datos.

–Toma asiento –señaló las tumbonas y esperó a que Leah se sentara de lado en una de ellas antes de hacer lo mismo en la que había a su lado–. Solo puedo decirte que estoy en medio de unas negociaciones muy delicadas que están llegando a un punto crítico –dijo, eligiendo sus palabras cuidadosamente

–¿Qué tiene que ver eso con Gabriel y conmigo? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–La gente con la que estoy tratando no es especialmente honrada –Jaco se esforzó por disimular su odio–. Harían cualquier cosa por encontrar algo con lo que presionarme. Si descubren que tengo un hijo, podría convertirse en un objetivo.

–¿Qué tipo de objetivo? –preguntó Leah angustiada.

Jaco se encogió de hombros como respuesta.

–¿Quieres decir que podrían raptarlo? –Leah se puso en pie de un salto y se llevó la mano al pecho.

«O algo peor», pensó Jaco.

–Te puedo asegurar que aquí, en la isla, está a salvo –dijo, poniéndose de pie.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Leah furiosa–. ¿Estás dispuesto a arriesgar la vida de tu hijo por un sórdido negocio?

–Es algo más que eso –Jaco apretó los dientes–. Y no hace falta que te recuerde que hasta hace unos días no tenía ni idea de que tuviera un hijo.

–¿Ese es el tipo de gente con la que haces negocios, ladrones y estafadores? –preguntó ella fuera de sí–. ¿Tu codicia y tu ego son tan exorbitantes que eres capaz de cualquier cosa para satisfacerlos?

La furia de Jaco igualó a la de ella.

–Vas a tener que aprender a morderte la lengua, señorita McDonald –dijo, agarrándole el brazo.

–¿O qué? –replicó ella, mirando la mano fijamente.

Jaco la soltó y se alejó de ella, avergonzado por cómo aquella mujer le hacía perder el dominio de sí mismo.

Leah sacudió la cabeza como si su reacción le diera la razón.

–¿Qué clase de hombre eres, Jaco Valentino? –preguntó con

desdén–. No te molestes en contestar. Puedes guardarte tus horribles secretos. Pero no esperes que nada de esto me seduzca.

Indicó con la mano la espectacular vista y la casa, y continuó:

–Porque estoy convencida de que lo has adquirido a costa del sufrimiento de otros, gracias a negocios sucios y a la corrupción… O cosas peores.

–Te aseguro que te equivocas.

–Ahora mismo no tengo ni idea ni de quién eres y de lo que eres capaz…

–No –Jaco fue hasta ella y la acorraló con su cuerpo–. Puede que no.

Percibió un brillo de miedo mezclado con sorpresa en los ojos de Leah. Quizá lo mejor era que creyera que era un ser detestable. Quizá solo así él podría reprimir el impulso de arrastrarla a su cama.

Se produjo un tenso silencio interrumpido solo por las cigarras en el olivar.

–Déjame pasar –dijo ella con voz temblorosa–. Tengo que ir a ver a Gabriel. Gracias a ti, quién sabe qué peligro corre.

Jaco sintió la frustración recorrerlo como un hierro candente, pero dio un paso atrás.

–Leah, te aseguro que aquí estáis a salvo.

Si solo lograba convencerla de una cosa, quería que fuera de eso.

–Sí, ya –Leah pasó a su lado con la cabeza erguida–. Digas lo que digas, me cuesta creerlo.

Capítulo 4

LEAH fue a su dormitorio y se acercó apresuradamente a mirar a Gabriel con el corazón acelerado, como si temiera que hubiera sufrido algún mal. Pero el niño dormía apaciblemente, con la boquita abierta y sus largas pestañas proyectando una sombra sobre la delicada piel de sus mejillas.

A Leah no dejaba de asombrarle lo maravilloso y perfecto que era su hijo. Pero observándolo en aquel momento, tuvo que reconocer que ella no era la única responsable de aquel milagro, de aquella preciosa vida.

El ADN de Jaco era evidente en sus oscuros rizos, en la forma almendrada de sus ojos, incluso en cómo sus labios se fruncían con determinación. No había duda de que, al crecer, sería un doble de su padre.

Al menos, físicamente. Porque ella haría lo que estuviera en sus manos para que no fuera como él, un hombre tramposo y manipulador, obsesionado con el dinero y el poder, capaz de poner a su hijo en peligro por conseguir un turbio negocio.

En cuanto a su moralidad sexual… Era otro ejemplo de hasta qué punto Jaco era depravado. ¿Qué clase de hombre tenía un apasionado romance con una mujer cuando al mismo tiempo mantenía una relación con otra? ¿Cómo podía haberle hecho el amor y menos de media hora más tarde decirle a otra, a aquella pobre Francesca, que la amaba?

Un hombre capaz de eso era un farsante y un miserable. Y por más que Leah se dijera que debía alegrarse de haberlo averiguado a tiempo, le dolía el corazón como si le hubieran clavado un puñal. Y dudaba de que alguna vez pudiera recuperarse del golpe.

Resuelta a ocupar su mente, decidió deshacer la maleta. Al colgar el par de vestidos que había llevado y ver lo que ocupaban en el enorme armario, tuvo que contener la risa. Luego guardó su ropa interior y la ropa de Gabriel en los cajones de una cómoda.

Apenas le llevó unos minutos.

Poniendo los brazos en jarras miró a su alrededor. Mientras Gabriel siguiera durmiendo, ajeno al drama en el que estaban metidos, no tenía nada que hacer. Ni siquiera podía entretenerse con el móvil o un ordenador.

Miró por la ventana el jardín sobre el que caía un sol de justicia. Un calor como aquel era desconocido en su tierra. La costa oeste de Escocia era preciosa, pero allí lo normal era que el tiempo fuera tormentoso, incluso en verano. Desperdiciar tanto sol era una lástima.

Entonces Leah se acordó de la piscina que había visto fuera y que se alargaba por debajo de la villa. ¿Qué clase de persona diseñaba una piscina así? Solo alguien como Jaco Valentino. Pero Leah tenía que admitir que era una gran idea.

Al recordar el temor que había sentido al pisar el suelo de cristal sintió vergüenza. Pero le había tomado por sorpresa y el agua era su *handicap*. Desde que a los cinco años había estado a punto de ahogarse en las aguas heladas de un lago, el agua la aterrorizaba y nunca había aprendido a nadar. De niña, gritaba y protestaba cuando sus padres intentaban que aprendiera; y de adolescente, sus problemas de salud se lo habían impedido.

Pero ya no tenía ninguna excusa. No tenía por qué entrar en la parte más profunda, y había observado que justo en el extremo opuesto a dónde Jaco estaba trabajando, el agua apenas cubría y se podía entrar en sus aguas turquesas bajando unos accesibles peldaños. La imagen había sido tan seductora, y la posibilidad de refrescarse y liberarse de parte de la tensión que le había causado Jaco era tan tentadora, que se decidió a probar.

Se puso el biquini que había visto entre su ropa interior, tomó el monitor del bebé y una toalla, y fue hasta la piscina con paso decidido.

Lentamente, se metió en la refrescante agua hasta la cintura. Aunque era más profunda de lo que le había parecido, mientras permaneciera en la zona que no cubría, estaría segura. El sol le calentaba los hombros y decidió meterlos en el agua. Tenía la piel tan blanca que aunque se hubiera puesto crema, podía quemarse en cuestión de minutos.

Avanzó hasta que el agua le acarició los hombros. Luego fue hacia el borde y enganchándose por los codos, dejó flotar las piernas al tiempo que alzaba el rostro hacia el cielo azul. Aquello era el paraíso. O podría serlo si su vida no fuera un desastre.

Como en otras ocasiones, Leah se preguntó por qué tenía tan mala suerte, por qué su vida no podía ser normal.

Su hermana gemela, Harper, era el ejemplo de todo lo contrario. Excelente estudiante, nunca se había metido en ningún lío; era la hermana lista, responsable, había cuidado de todos cuando murió su madre y, lo más increíble de todo, le había salvado a ella la vida al donarle un riñón.

Por contra… A ella la muerte de su madre y la enfermedad le habían afectado de una manera muy distinta, había despertado en ella la rabia contra su padre por entregarse a la bebida en lugar de cuidar de ellas. Debido a su enfermedad, había faltado mucho al colegio y lo había acabado con muy malas notas. Pero por aquel entonces, decidió que no le importaba, ¿Quién necesitaba cualificaciones cuando el mundo estaba lleno de lugares exóticos y de apasionantes aventuras?

Pero la mayoría de sus aventuras habían acabado mal, casi siempre por culpa de un hombre. Había perdido la cuenta de las veces que Harper había tenido que acudir en su auxilio. Aunque en la última ocasión había tenido un final extremadamente feliz, y Leah prefería pensar en ello como un éxito propio.

Mientras trabajaba en una discoteca en Manhattan, había llegado a un acuerdo con el atractivo jefe del local, Vieri Romano, para que se hiciera pasar por su prometida por una generosa cantidad de dinero. Todo habría ido bien si ella no hubiera sido tan tonta como para darle el dinero a un tipo que le prometió triplicarlo en el casino. Lo perdió todo.

Así que, una vez más, Harper había intervenido. Pero al menos el desastre había tenido un final inesperado: Harper y Vieri se habían enamorado y se habían casado. Por una vez y aunque involuntariamente, había hecho algo bueno.

Pero ya no cometería más errores. Relacionarse con Jaco había sido el último, y la consecuencia, Gabriel, era lo mejor que le había pasado en la vida. Era una lástima que Jaco no fuera tal y como ella había creído.

Se soltó del borde de la piscina y, tumbándose boca abajo, alargó los brazos hacia delante. Nadar no podía ser tan complicado. Había llegado la hora de intentarlo. Era su responsabilidad como madre. ¿Y si alguna vez tenía que salvar a Gabriel? Esa espantosa posibilidad le dio el valor que necesitaba.

Se impulsó con las piernas y los brazos. Pero no fue suficiente. Al sentir que se hundía, buscó el borde con los pies. No lo encontró. No hacía pie. Se hundió, consiguió sacar la cabeza y tomar aire, pero volvió a hundirse.

Iba a ahogarse.

Jaco sabía perfectamente dónde estaba Leah. Desde su despacho la había visto entrar lentamente en la piscina, como si no estuviera segura de lo que hacía.

Su cuerpo reaccionó al instante al verla con un mínimo biquini. Su cuerpo había cambiado levemente. Sus curvas se habían pronunciado: las caderas, los senos, apenas quedaban contenidos por los pequeños triángulos azules. Jaco tragó saliva. Siempre había encontrado a Leah atractiva, pero en aquel momento…

Apartó la mirada. Dejarse llevar por la sensualidad de Leah no iba a hacerle ningún bien. Ya tenía bastantes problemas. Pero en lugar de obedecerle, su cuerpo siguió vibrando con la fuerza de su deseo.

Volvió a mirar y le alivió ver que se había sumergido completamente. Así podría concentrarse en su trabajo y olvidarse de ella por un rato.

Pero apenas había abierto el ordenador cuando oyó un grito ahogado. Poniéndose en pie de un salto, corrió a la ventana y vio la cabeza de Leah desaparecer bajo el agua.

Se quitó los pantalones, se lanzó a la piscina debajo de la villa y emergió en el otro extremo, chocando con el cuerpo de Leah, que pataleaba para intentar mantenerse a flote. La sujetó por debajo de la nuca y nado con ella de espaldas hacia la zona menos profunda. Todo transcurrió en menos de un minuto.

Leah salió escupiendo agua y tosiendo violentamente antes de poder tomar aire. Solo entonces se volvió hacia su salvador, que la observaba con una mezcla de preocupación y desconcierto.

–¿Me quieres explicar qué estás haciendo? –preguntó él.

–No estaba haciendo nada. Solo intentaba aprender a nadar.

–¿No sabes nadar? –preguntó Jaco perplejo.

–No –dijo Leah, dando media vuelta.

Jaco la tomó por los hombros para que lo mirara.

–¿Y por qué te has puesto en peligro?

–No he corrido ningún peligro. Me habría arreglado perfectamente –dijo ella encogiéndose de hombros.

–¡Ya lo he visto! –replicó él sarcástico.

–Si te hace sentir bien creer que has salvado a una damisela en apuros, allá tú –dijo Leah, esforzándose por mantener la compostura–. Pero lo cierto es que habría podido resolverlo yo sola.

–¡Ya! –Jaco sacudió la cabeza–. Eres increíble, Leah McDonald.

Pero aunque sonara enfadado, su mirada indicaba otro

sentimiento. Sus ojos recorrían el cuerpo semidesnudo de Leah por voluntad propia. Su descarado escrutinio hizo que a Leah se le endurecieran los pezones. Él entonces alzó la vista a sus ojos y ella le sostuvo la mirada a pesar de que habría querido salir corriendo.

Era consciente de que el biquini se le había quedado pequeño desde que sus senos habían crecido al tener a Gabriel. Y Jaco claramente lo había notado. Leah vio que tragaba saliva y que desviaba la mirada antes de volverla de nuevo hacia ella.

–No es que esperara que te deshicieras en agradecimientos, pero un simple «gracias» no estaría de más –dijo, recorriéndola de nuevo con la mirada.

–Está bien –Leah se cuadró de hombros. Haría cualquier cosa con tal de poder escapar de la intensa observación de Jaco y de su glorioso cuerpo–. Gracias –frunció los labios–. ¿Contento?

–La verdad es que no –los ojos de Jaco centellearon con una amenaza–. Está claro que voy a tener que arrebatarte el premio que me merezco.

Súbitamente se acercó a ella, la tomó por la nuca y enredó sus dedos en su cabello mojado mientras Leah se quedaba paralizada, enraizada al suelo por un deseo primario que le quitó el aliento.

Jaco inclinó la cabeza y besó sus labios delicadamente. Leah dejó escapar un gemido ahogado. Llevaba deseando aquello tanto tiempo, aunque hubiera querido negarlo, que se encontró devolviéndolo automáticamente, dejando que su cuerpo sucumbiera a las sensaciones eróticas que Jaco tan expertamente conseguía despertar en ella.

Deslizando las manos por su espalda, Jaco la atrajo hacia sí, aplastando sus senos contra su sólido pecho. Cuando sus lenguas se encontraron, el beso se hizo más ardiente y apasionado. La maestría de Jaco era tal que Leah se perdió en un torbellino de efervescentes sensaciones y en el ensordecedor palpitar de su corazón.

Jaco deslizó las manos por la húmeda piel de Leah hasta llegar a su cintura y asirla posesivamente. *Dio!*, aquel beso era tan maravilloso; tener a Leah en sus brazos era tan maravilloso… Por unos segundos, Jaco olvidó por qué no podía permitirlo, por qué no podía alzarla en sus brazos y llevarla a su dormitorio para hacerle el amor apasionadamente.

Su deseo era tan intenso que resultaba doloroso. Y no solo en su entrepierna, donde su sexo endurecido presionaba sus calzoncillos. Todo su cuerpo sentía la fuerza de su deseo, como si fuera una campana que resonara tras ser golpeada violentamente.

Con el pulgar de la mano izquierda recorrió suavemente la

cicatriz de Leah y percibió cómo ella se tensaba. Jaco sabía que le mortificaba aquella huella de su trasplante de riñón. La primera vez que habían estado juntos, desnudos, había intentado ocultarla con la sábana, pero él la había retirado. Para Jaco, la cicatriz formaba parte de quien era, y la hacía aún más hermosa.

Jaco rompió el beso un instante como si intentara recuperar el dominio de sí mismo, pero no lo logró. Al contrario. Al mirarla a los ojos, lo que descubrió en ellos solo sirvió para avivar el fuego que lo consumía. Reflejaban desconcierto, una aletargada sorpresa, y algo más profundo e intenso que contenía la promesa de futuras delicias.

Agachó de nuevo la cabeza y le acarició los labios con los suyos, deleitándose en ellos al tiempo que bajaba las manos hasta llegar a sus nalgas. Contuvo el aliento. Leah siempre había tenido un cuerpo fantástico, delgado y de piernas largas, como el de una modelo. Pero toda ella se había redondeado, adquiriendo unas curvas sensuales. La entrepierna endurecida de Jaco sentía sus caderas acolchadas y sus senos, más grandes, apretados contra su torso. Anhelaba verla desnuda y comprobar aquella evolución de belleza esbelta en sensualidad incandescente.

Ella había entrelazado las manos tras su nuca y lo asía con firmeza. Amoldándose a ella, Jaco buscó el lazo del biquini.

Oyó un gemido, que no supo si procedía de ella o de su propia garganta, pero al notar que Leah intentaba soltarse de él, se dio cuenta de que el origen era otro: el monitor del bebé que estaba junto a la piscina.

Leah se separó de él apoyando las manos en su pecho y se aseguró de tener bien colocado el biquini. Y aunque luego lanzó una mirada furibunda a Jaco, no pudo engañarlo. Se había delatado a sí misma. Y aunque bajó los brazos, no estaba dispuesto a ser el único que reconocía la fuerza de la atracción que sentían el uno por el otro. Transcurrió un segundo cargado de electricidad antes de que Leah diera media vuelta y se fuera apresuradamente, como si huyera de un incendio. Jaco se quedó mirándola y el contoneo de sus caderas no contribuyó a apagar el fuego que le recorría las venas.

Mientras, el volumen de los gemidos procedentes del monitor se había incrementado considerablemente. Jaco lo tomó, entró en la villa y oyó la voz de Leah, dulce y reconfortante. Poco a poco el llanto cesó y solo sonaron un par de sollozos contenidos. Jaco se quedó inmóvil. Había algo conmovedor en escuchar a escondidas aquel tierno intercambio. Pero también fue perturbador, porque se sintió excluido, como si jamás fuera a poder llegar a alcanzar la

intimidad que Leah tenía con su hijo.

Apagó el monitor y lo dejó en la superficie más próxima. Cuando llegara el momento, encontraría la manera de acercarse a su hijo. Poco a poco estaba asimilando el hecho de que era padre. Pero en aquel momento debía ocuparse de otras cosas. El día D estaba a punto de llegar y requería toda su atención.

Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua helada. Mientras los cubitos de hielo refrescaban sus labios, tuvo la certeza de que tendría que meterse en un baño igual de frío si quería mantener su cuerpo bajo control. No podía permitirse el tipo de distracción que representaba el cuerpo de Leah o las siguientes dos semanas iban a complicarse aún más de lo que tenía previsto.

Capítulo 5

LEAH se sentó en el áspero escalón de piedra y contempló la vista. A lo lejos, enmarcadas por el cielo límpido y el mar azul intenso, podía intuir la silueta de dos pequeñas islas rodeadas por un anillo de espuma de mar.

Aunque Jaco se hubiera negado a decirle dónde estaban, ella lo había deducido. En su primera visita a Capezzana, él le había hablado de una serie de islas volcánicas que poseía en la costa norte de Sicilia y a las que la llevaría algún día. Jaco debía de haber olvidado que se lo había dicho, pero ella había registrado cada detalle de lo que él le había contado durante aquellos días.

Claro que aquella información no le servía de nada. Ni podía pedir socorro ni nadar hasta la isla más próxima, que, en cualquier caso, probablemente estaba deshabitada o también pertenecía a Jaco, o ambas cosas a la vez. No, por más que le enfureciera, tenía que aceptar que Gabriel y ella eran prisioneros de Jaco hasta que él quisiera.

Con un suspiro de frustración, se inclinó para arrancar una flor morada y se la puso tras la oreja. Llevaban atrapados allí una semana, y en lugar de acostumbrarse, la idea de estar prisionera incrementaba su rabia con cada día que pasaba.

Los secretos de Jaco adquirían en su mente una dimensión descomunal. Porque en la experiencia de Leah, el objetivo de los secretos era ocultar el tipo de mentiras que causaban un espantoso dolor. Como las heridas que su primera relación había abierto en ella. ¿Cómo era posible que hubiera vuelto a cometer el mismo error, enamorarse de un hombre manipulador y mentiroso?

Aquellos eran los pensamientos que la obsesionaban, acompañados siempre por la imagen amenazante y taciturna de Jaco Valentino.

No sabía cómo, pero siempre parecía estar allí donde miraba y al mismo tiempo nunca coincidían. Su presencia permeaba el aire, manteniendo a Leah permanentemente alerta, aunque apenas

tuvieran contacto directo. De hecho, desde el beso en la piscina, Jaco parecía haber hecho lo posible por evitarla.

Aquel beso…

Recordarlo todavía la dejaba temblorosa. Habían estado separados tanto tiempo y habían sucedido tantas cosas que Leah había olvidado lo maravillosos que eran sus besos. ¿Quién era capaz de resistirse a caer bajo su hechizo, a una explosión erótica tan gloriosa? Por más que se dijera que era fuerte, lo cierto era que bastaba con que Jaco le dirigiera una de sus hipnóticas miradas para que su cuerpo ardiera.

Así que era una suerte que se estuviera manteniendo alejado de ella. Cuanto menos se relacionaran, mejor. Más aún habiendo confirmado que tenía un lado oscuro del que ella prefería saber lo menos posible.

Tendría que hacer lo necesario para sobrevivir a su lado unos días más, y luego pondría tanta distancia entre ellos como fuera posible. Hasta entonces, tenía que impedir que su cuerpo reaccionara ante su presencia.

La cuestión era cómo lograrlo. Cómo evitar que se le acelerara el corazón cuando lo veía, o que le saltara en el pecho si le hablaba. ¿Cómo ser inmune a su torso de bronce, que a menudo llevaba desnudo? Todos sus movimientos, sus músculos al flexionarse, incluso el murmullo de sus pasos, le provocaban un anhelo y una confusión sobre los que no podía ejercer el más mínimo control.

Se levantó y volvió hacia la villa. Nunca se alejaba demasiado de Gabriel, ni aunque acabara de amamantarlo y supiera que dormiría al menos una hora. Pensar que había alguien que quisiera hacerle daño porque Jaco estaba implicado en algún turbio negocio la llenaba de angustia. Tanto como el hecho de que Jaco hiciera tratos con gente de esa calaña

Pero, extrañamente, y aunque no comprendiera cómo era posible, Jaco le hacía sentir segura. En lo más profundo de su ser tenía la convicción de que mientras estuviera junto a él no podía pasarle nada malo. Exudaba tal autoridad, tal poder, que estaba segura de que era capaz de anticiparse a cualquier peligro. Lo que, por otro lado, explicaba que Gabriel y ella estuvieran allí.

Cuando entró, la villa estaba silenciosa y Leah se detuvo para acostumbrar sus ojos al contraste entre la luz del interior y el resplandeciente sol del exterior. Se encaminó hacia la cocina para hacerse un café, pero cambió de idea y fue hacia el dormitorio. Al llegar, se le paró el corazón. La puerta estaba abierta de par en par y ella recordaba haberla dejado entornada.

La adrenalina le bombeó la sangre, pero, cuando asomó la cabeza para mirar dentro, se quedó paralizada. De espaldas a ella, inclinado sobre la cuna, estaba Jaco. Leah permaneció inmóvil, esperando a que se le calmara la respiración.

Asumió que Jaco la habría oído llegar, que incluso podría oír el frenético latir de su corazón. Pero pasaron los segundos y no se volvió. Jaco estaba tan concentrado en el interior de la cuna que no se había percatado de su llegada.

Leah se desplazó levemente hacia un lado para poder observar mejor la escena. Oyó que Gabriel se movía, reconoció el sonido de sus piernas pataleando contra la sábana, el de sus brazos sacudiendo el aire con determinación. Observó cómo Jaco se inclinaba aún más y la curiosidad que sintió fue mayor que el impulso de correr a tomar a Gabriel en brazos.

–C*iao, piccolo uomo* –susurró entonces Jaco: «Hola, hombrecito».

Leah observó hipnotizada cómo Jaco le acercaba un dedo que Gabriel sujetó con fuerza.

–Muy bien.

Leah pudo intuir por la voz que Jaco sonreía.

–Soy tu papá. Encantado de conocerte –alargó la mano para acariciar la cabeza de Gabriel.

Leah contuvo el aliento. Era la primera vez que Jaco mostraba interés por su hijo.

–*Va bene* –Jaco hizo girar los hombros como si se preparara para una batalla–. Voy a levantarte, ¿vale?

Hizo una pausa de unos segundos antes de tomar a Gabriel y sacarlo cuidadosamente de la cuna.

–Así, muy bien –lo sujetó con cautela, con los brazos estirados. Gabriel lo miró, parpadeando–. Eres un chico guapo, ¿eh?

A modo de respuesta, Gabriel pataleó con entusiasmo.

Jaco sonrió:

–Y muy activo.

Transfiriéndolo cuidadosamente al hueco del brazo, Jaco lo acunó contra su pecho.

–¿Estás cómodo?

Ninguno de los dos parecía estarlo. Los bíceps de Jaco eran demasiado duros como almohada para la cabeza de Gabriel, y Jaco lo sujetaba con tanta fuerza que se le hincharon las venas del brazo. Pero asombrosamente, Gabriel no hizo el menor ademán de intentar escapar. Aparte de una pierna, que sacudió por encima del brazo de Jaco, parecía dispuesto a permanecer en aquella posición, mirando a su padre con una expresión rayana en la adoración.

Leah contuvo el aliento. Le había tomado por sorpresa la reacción visceral y primaria que le causó ver a su hijo en brazos de su padre. De hecho, la dejó debilitada, y tan temblorosa que de no haberse apoyado en el marco de la puerta, se habría caído. Porque a pesar de la evidente incomodidad de ambos, daba la sensación de que los dos estaban profundamente conectados, de que aquel instante estaba predeterminado.

Lo cual era una estupidez.

Saliendo de su estupor, Leah se sacudió el sentimentalismo y, tomando aire, entró en el dormitorio.

–¿Qué estás haciendo?

Sabía que había usado un tono innecesariamente agresivo. También que le ardían las mejillas.

Jaco alzó la mirada del rostro de su hijo y la miró con una calma deliberada.

–¿Tú qué crees? Sostener a mi hijo en brazos.

Leah avanzó hacia él.

–Ya estoy yo aquí. Pásamelo.

Se colocó delante de él con los brazos tendidos, pero Jaco se giró hacia el lado contrario y dijo:

–Estábamos empezando a conocernos.

–No vale la pena que te molestes.

La oleada de emoción que la había inundado le había afilado la lengua. Leah volvió a colocarse ante él, esperando a que le pasara a Gabriel.

–No es ninguna molestia –en aquella ocasión, Jaco se mantuvo firme, como una estatua de bronce.

–¿No? ¿Y por qué has tardado tanto en tomarlo en brazos? De hecho, hasta ahora ni siquiera le habías mirado.

La falta de interés que Jaco había manifestado hacia su hijo la había asombrado inicialmente. Había supuesto que intentaría tomar el control sobre él como lo hacía con todo lo demás en su vida, que querría poseerlo como si fuera una de sus propiedades. Pero, en lugar de eso, apenas le había prestado la menor atención.

Leah se había dicho que le daba lo mismo, que debía sentirse aliviada. Pasando por alto el dolor que le causaba que Jaco pudiera desdeñar algo tan maravilloso como su hijo, que no fuera capaz de asombrarse ante lo que habían creado juntos, se había convencido de que aquella indiferencia era lo mejor que podía pasarle. Había sido un recordatorio más de que Jaco era totalmente inapropiado como padre, de que, además de depravado, era un hombre sin corazón.

–Tengo que admitir que no me está siendo fácil hacerme a la idea de que soy padre –dijo él finalmente–. Pero recuerda que no he tenido tanto tiempo como tú para ello.

La recriminación implícita quedó suspendida en el aire.

–Pero empiezo a acostumbrarme –continuó, mirando a Gabriel, que empezaba a removerse–. He de reconocer que es un *bel bambino.*

Leah le lanzó una mirada furibunda. Le daba lo mismo cómo lo describiera: no quería que tuviera nada que ver con su hijo.

–No tiene sentido que intentes estrechar lazos con él cuando apenas vais a coincidir.

–¿Perdona? –Jaco enarcó una ceja–. ¿Qué te hace pensar eso?

Leah se obligó a sostenerle la mirada.

–Supongo que, cuando tu siniestro acuerdo concluya, Gabriel y yo podremos retomar nuestra vida y que nos dejarás en paz –aunque intentó sonar sarcástica, su tono se tiñó de temor.

–Pues te has equivocado –la mirada de Jaco se endureció–. Tengo la intención de jugar un papel fundamental en la vida de mi hijo.

–Vale –dijo Leah con sorna–. ¿Y cómo piensas hacerlo cuando vivimos en países distintos?

Se produjo un silencio ominoso, entrecortado por los suaves gorjeos de Gabriel. Aun antes de terminar la frase, Leah sintió una trampilla abrirse bajo sus pies. Esperó a oír las siguientes palabras de Jaco con el corazón en un puño.

–He estado pensando en ello –Jaco retiró una pestaña de la mejilla de Gabriel–. Y he decidido que Capezzana es la mejor opción.

–¿La mejor opción para qué? –Leah no quería saber la respuesta.

–Como nuestra casa, por supuesto.

–¿Para quiénes? ¿Nosotros?

–Sí… tú, Gabriel y yo.

–¡No! –exclamó Leah perpleja–. No hay un «nosotros».

–Ya verás como sí –Jaco acunó a Gabriel. Claramente, se sentía más seguro.

–No seas absurdo. Ten por seguro que Gabriel y yo no vamos a mudarnos a Capezzana.

–Si no me equivoco, la primera vez que te lo propuse no dudaste en aceptar –replicó Jaco en un tono forzadamente dulce.

–No es lo mismo –Leah miró a su alrededor como si buscara un salvavidas–. En ese momento yo necesitaba un cambio. Y un trabajo.

–Y ahora tienes un trabajo. El más importante posible. El de ser la madre de mi hijo.

Leah sintió que le hervía la sangre y tuvo que contenerse para no abofetear el hermoso rostro de Jaco. ¿Cómo osaba pontificar sobre la importancia de la maternidad? ¿Y qué era eso de «mi» hijo? Como si pudiera dictar lo que ella fuera a hacer en el futuro.

–No necesito que me des consejos paternalistas, muchas gracias. Especialmente cuando ni siquiera sabes lo que es un bebé –echó la cabeza hacia atrás con dignidad–. Te olvidas de que me he entregado a ese trabajo durante los tres últimos meses.

–Lo sé.

–No, no lo sabes –replicó Leah cortante. Y su enfado fue *in crescendo* a medida que las palabras brotaban de sus labios–. No tienes ni la más remota idea de lo que supone ser responsable de un recién nacido estando sola, de cómo te preocupas por cualquier cosa, por si tiene demasiado calor o frío, si come poco o en exceso, si el sarpullido es solo una reacción a la leche o algo mucho más serio. Las horas que pasas intentando que se duerma y una vez está dormido…

Dio un tembloroso suspiro.

–¿Y entonces qué, Leah? –Jaco la miró fijamente–. Continúa.

Leah volvió a tomar aire antes de concluir:

–Y entonces, cuando finalmente duerme toda la noche, te asalta el pánico al pensar que le ha pasado algo espantoso. El corazón se te para a la vez que miras en la cuna, y solo vuelve a palpitar cuando confirmas que está vivo, cuando vuelves a estrecharlo contra tu pecho, suave y caliente, aliviada por que siga respirando.

Leah se calló bruscamente al darse cuenta de que había hablado demasiado y se llevó las manos a las mejillas.

Jaco escrutó su rostro en silencio. Los ojos de Leah tenían el color del otoño; siempre le habían fascinado. Por cómo brillaban llenos de vitalidad cuando se reía; por las chispas que saltaban de ellos cuando estaba enfadada, o se ensombrecían, derritiéndose, cuando se entregaba. Pero en aquel instante… Solo atisbó en ellos angustia y miedo, y le hicieron consciente del miedo que había pasado los últimos meses; de la responsabilidad que había tenido que asumir. Sola.

Jaco sintió una presión en el pecho al darse cuenta de que su enfado con Leah porque le hubiera ocultado la existencia de Gabriel le había impedido ver la situación desde su punto de vista. Hasta aquel momento.

¿Lo odiaba tanto como para estar dispuesta a pasar por todas

aquellas dificultades antes de pedirle ayuda? ¿Por qué? Solo había intentado que se lo explicara en una ocasión, pero una llamada los había interrumpido. Desde entonces, Leah solo reaccionaba con desdén a cualquiera de sus preguntas.

Pero todo eso ya daba lo mismo. Él no podía hacer nada respecto al pasado, pero sí en cuanto al futuro. Lo quisiera o no Leah, ya no pensaba dejarlos. Ella y su hijo serían su prioridad.

–Tienes razón –dijo con vehemencia–. No tenía ni idea.

Vio que Leah se disponía a dominar su vulnerabilidad y volver a la batalla, pero él decidió que ya habían discutido bastante. Se inclinó y dejó a Gabriel delicadamente en la cuna al tiempo que decía:

–Ha debido de ser muy difícil para ti.

–Sí… –Leah lo miró a la defensiva.

–Pero eso va a cambiar. Ya no estás sola. Desde ahora, yo cuidaré de ti y de Gabriel.

–Yo no he dicho que necesite que cuides de nosotros.

–No admito discusión, Leah.

–Pero…

–He dicho que no hay discusión posible –Jaco le tomó la barbilla para obligarla a mirarlo–. Gabriel y tú os venís a vivir conmigo.

A la vez que lo dijo, Jaco fue consciente de hasta qué punto iba a convertir esas palabras en realidad. Y aunque se dijo que lo hacía por su hijo y para aligerar la carga de Leah, dentro de sí descubrió otra razón más importante. Quería a Leah en su cama.

Al mirarla, sintió que le hormigueaban las manos con el impulso de enredarlas en su cabello, de quitarle la flor que llevaba en la oreja. Bajó la mirada a sus labios y un violento deseo lo asaltó al verlos fruncidos en un sensual mohín.

Nunca había comprendido cómo tenía aquel efecto en él, cómo le hacía perder todo dominio sobre sí mismo. Anhelaba tanto besarla que se sentía temblar de los pies a la cabeza, pero debía contenerse. Al menos en aquel momento. Tendría que conformarse con la promesa del porvenir. Porque tenía la convicción de que la ocasión se presentaría: la atracción que existía entre ellos era demasiado poderosa como para que no terminara por estallar.

Soltó la barbilla de Leah y la abrazó para librarse del poder hipnótico de su mirada y de la tortura que representaban sus besos; al menos así podía tratar de convencerse de que intentaba consolarla. Para su sorpresa, Leah no se resistió y permanecieron inmóviles unos segundos, con la cabeza de ella apoyada en su pecho. Hasta que Leah se removió y él la dejó ir.

–No, Jaco, no pienso ir a vivir contigo –dijo ella–. He luchado mucho por Gabriel y me niego a perder mi libertad y mi independencia.

–¿Libertad e independencia? –repitió Jaco sarcástico–. Por lo que dices, han sido tres meses angustiosos.

–En parte, sí, pero…

–Eso se ha acabado. Desde ahora yo cuidaré de vosotros.

–No –dijo Leah con firmeza–. No podemos mudarnos contigo. No puedo permitir que irrumpas en nuestras vidas y determines nuestro futuro.

–Claro que puedes –Jaco le tomó las manos y se las llevó al pecho–. Y lo harás.

Capítulo 6

LEAH se observó críticamente en el espejo. En el pasado, se preocupaba por su apariencia, se alisaba las rebeldes ondas de su cabello y se aplicaba maquillaje para resaltar sus ojos. Pero hacía mucho que ni tenía tiempo ni le importaba. El único hombre de su vida era Gabriel y, afortunadamente, parecía adorarla tuviera el aspecto que tuviera.

Pero en ese momento se inclinó para observarse de cerca y vio las leves pecas que le cubrían la nariz y que quizá eran el efecto secundario de dos semanas bajo el sol del Mediterráneo, pero no podía negar que su piel tenía un resplandor del que había carecido los meses anteriores. Su mirada parecía más clara y menos cansada gracias a que Gabriel había empezado a dormir toda la noche.

Leah se dijo que se debía al silencio que los rodeaba, sin sirenas, ni borrachos, ni la música machacona de los vecinos. Pero lo cierto era que Gabriel parecía sentirse como en casa; lo que era ridículo. En cualquier caso significaba que Leah podía dormir sin interrupciones y se sentía mucho mejor.

Buscó en su neceser y sacó una sombra dorada y rímel. Concluyó con un poco de colorete y brillo en los labios. Al observarse le sorprendió comprobar hasta qué punto volvía la antigua Leah. Aparte del cabello. Lo último en lo que había pensado había sido en llevarse las planchas consigo.

Se soltó la cola de caballo, sacudió la cabeza y su melena rizada le cayó sobre los hombros. Luego se la cepilló enérgicamente hasta hacerla brillar.

Ya lista, se estiró el borde del vestido mini. Dadas las circunstancias, tenía poca ropa entre la que elegir. El vestido verde esmeralda de punto era lo único que podía describir como elegante, y acababa de comprobar que le quedaba mucho más ajustado que antes de tener a Gabriel.

Se lo estiró de nuevo, preocupada por que resultara demasiado sexy, pero no podía evitar que se le pegara a cada curva del cuerpo.

Tomó el monitor, echó un vistazo a Gabriel en la cuna y se dirigió al salón. De todas formas, ¿qué más daba el aspecto que presentara?

Jaco ni siquiera se daría cuenta. Iban a cenar juntos para hablar del futuro y de cómo podrían convivir juntos. No tenía otro objetivo.

Leah no podía creerse que estuviera contemplando la posibilidad de un futuro con Jaco, pero no le quedaba otra opción. Era el padre de Gabriel y estaba tan decidido a actuar como tal que estaba segura de que cualquier resistencia era fútil. O peor aún. Tratar de impedirlo podía terminar causando un mal mayor.

Así que, cuando Jaco había sugerido que cenaran aquella noche para charlar y que él mismo cocinaría, Leah había reprimido el impulso de decirle que no y había accedido de mala gana, depositando su esperanza en convencerlo de que la idea de vivir los tres juntos era completamente absurda.

El gran salón estaba vacío y por las puertas de cristal abiertas entraba una agradable brisa. Leah se acercó para contemplar el mar y respirar profundamente el perfume a lavanda y jazmín impregnado de salitre. Desde el exterior llegaba el canto de las cigarras.

Leah pensó que era lo más parecido al paraíso que había visto en su vida, pero que compartirlo con alguien como Jaco Valentino lo convertía en un infierno.

Un ruido a su izquierda le hizo volver la cabeza. Jaco subía los escalones que llevaban al jardín. Con unos vaqueros negros y una camisa blanca, parecía relajado, y estaba tan guapo como siempre. Al verla, él se detuvo, se levantó las gafas de sol y deslizó la mirada por su cuerpo, dejando un rastro abrasador en el recorrido.

–Estás… –vaciló antes de concluir–: *Molto bella.*

–Gracias –Leah desvió la mirada. No quería que Jaco la halagara. Indicó con la cabeza el puñado de hierbas que llevaba en la mano–. ¿Qué es eso?

–Orégano –Jaco avanzó hacia ella. Aplastó una rama entre los dedos y le acercó la mano–. Huele.

Leah inhaló profundamente con los ojos cerrados para bloquear la visión de Jaco. Cuando los abrió vio que él la observaba fijamente. Por unos segundos se quedaron paralizados, en silencio.

–Bien –dijo entonces él bruscamente–. Será mejor que empiece a cocinar.

–¿Puedo ayudarte? –Leah necesitaba desesperadamente hacer algo práctico para ignorar la tensión sexual que se cernía sobre ellos como una tormenta.

–No, no. Lo tengo todo bajo control.

Por supuesto. ¿Había algo que escapara a su control?

Mientras Leah lo seguía con la mirada, sintió su cuerpo vibrar por el efecto de su breve intercambio, por el hambre que había atisbado en la mirada de Jaco, la misma que ella sentía y que había estado presente desde el instante en que se conocieron.

Entró en el salón con paso vacilante y se sentó a la mesa de cristal en la que Jaco había puesto dos platos. ¿Cómo era posible que siguiera sintiendo aquella atracción hacia él? ¿Que su corazón siguiera acelerándose, sus senos se endurecieran y todo su cuerpo clamara por él? ¿Cómo podía desearlo tan desesperadamente después de cómo la había tratado y de saber el tipo de hombre que era? Porque el deseo estaba ahí, intacto. Y no creía equivocarse al pensar que él sentía lo mismo.

Jaco volvió con una cubitera de hielo, sacó la botella, la descorchó y, tras llenar dos copas, le pasó una antes de sentarse frente a ella.

–Pruébalo. Me interesa saber tu opinión.

–¿Es de Capezzana? –Leah tomó la copa, aliviada por la distracción.

–Sí. Es el primer vino espumoso que producimos. Una mezcla de *chardonnay* y *pino nero* utilizando métodos tradicionales.

Leah lo probó. La cremosa espuma se deslizó por su garganta.

–Está delicioso –dio otro sorbo, saboreándolo en la boca antes de tragar–. Tiene toques a vainilla y limón… Seco, pero aromático.

Jaco sonrió de medio lado.

–Veo que te he enseñado bien.

Sintiéndose avergonzada, Leah miró en otra dirección.

–¿Lo has puesto ya a la venta?

–Todavía no –tras dar un largo sorbo, Jaco la miró fijamente y añadió–. Perdí a mi jefa de marketing hace un año y todavía no he conseguido reemplazarla.

Leah se irguió.

–Estoy segura de que hay mucha gente interesada en el puesto.

–Puede, pero nadie lo haría tan bien como tú. Leah.

–Yo no hice nada especial.

–Los dos sabemos que eso no es verdad. Yo diría que fuiste muy especial.

Leah bajó la mirada, irritándose consigo misma al notar que se sonrojaba.

–Fuiste una magnífica encargada y lo sabes –añadió Jaco con frialdad–. Por eso quiero que vuelvas a implicarte.

Leah lo miró asombrada.

–¿Me estás ofreciendo trabajo?

–No, trabajo, no.

–Me alegro –Leah resopló con desdén–. Así me evitas tener que rechazarlo.

Un nervio palpitó en la sien de Jaco. Desvió la mirada y tomó aire para mantener la calma.

–No te estoy ofreciendo un trabajo, sino un estilo de vida. Un futuro. Un lugar en el que Gabriel y tú podáis asentaros. Me gustaría que asumieras un papel activo en el funcionamiento del viñedo.

Miró a Leah y ella vio en sus ojos hasta qué punto aquello era importante para él. Pero en lugar de resultarle reconfortante sintió que los lazos que los unían se estrechaban por segundos, la rodeaban, restringiéndole la libertad de movimientos, presionándole el pecho y dejándola sin aire en los pulmones.

–¿Quieres que trabajemos para ti? –replicó airada para ocultar la turbación que sentía–. ¿Quieres que Gabriel pise la uva, o que gatee bajo las vides para recoger la fruta más baja?

–No sería mala idea.

Recurrir al sarcasmo se volvió en su contra cuando Jaco le dedicó una sonrisa sensual que fue directa a su corazón herido.

–Después de todo, es un negocio familiar –concluyó él.

«Un negocio familiar». Leah miró a Jaco con los ojos entornados. Ella sabía bien qué significaba la familia para un siciliano orgulloso como él. Sabía que era imposible escapar de sus garras.

Bebió vino y dejó que su frescor aliviara la ansiedad que empezaba a elevarle la temperatura.

Que Jaco quisiera convertir precisamente Capezzana en un hogar para Gabriel y para ella cuando tenía propiedades en todo el mundo, le resultaba sospechoso. Capezzana había pertenecido a su familia durante generaciones, hasta el trágico accidente en el que habían muerto sus padres. Los trabajadores le habían contado que Jaco la había vuelto a comprar hacía varios años, había restaurado el *palazzo* y el viñedo en homenaje a ellos. No había que tener mucha imaginación para intuir cuáles eran las intenciones de Jaco.

–¿Creciste en Capezzana? –preguntó como lo haría un rehén intentando hacer hablar a su secuestrador.

–Sí –replicó Jaco bruscamente–. Hasta los cinco años.

–¿Cuando murieron tus padres?

–Sí.

–¿Y significa mucho para ti?

–Sí, es la única de mis propiedades que forma parte de mi historia familiar. Lo lógico es que mi hijo crezca allí.

Jaco acababa de expresar el mayor temor de Leah.

–¿Y mi familia no cuenta? –preguntó a la desesperada.

–Tu hermana y tu sobrino se han establecido en Sicilia. Tu padre será bienvenido siempre que quiera venir –dijo Jaco–. Al igual que tú podrás visitar tu país cuando te plazca. Pero el hogar de Gabriel será Capezzana.

–¿Y se puede saber cuándo has decidido todo esto?

–No tiene sentido que te resistas, Leah. Será mejor que aceptes la situación.

Jaco se puso en pie con una calma irritante y ante la perplejidad de Leah fue hacia la cocina. Girando la cabeza, preguntó:

–¿Cómo te gusta el entrecot?

¿Eso era todo? ¿La idea de Jaco de una charla para tomar decisiones no era más que una excusa para imponer sus condiciones?

Sintiendo una furia impotente, Leah dejó la copa y lo siguió, plantándose detrás de él con los brazos en jarras. Jaco la ignoró mientras encendía la plancha y machacaba unas hojas de romero con ajo y aceite en el mortero.

Era la primera noticia que Leah tenía de que supiera cocinar, pero eso solo servía para confirmar que no sabía nada de Jaco Valentino.

Él tomó dos entrecots, los untó con la mezcla de hierbas y los colocó en la plancha.

–¿Al punto está bien? Yo lo prefiero rojo, pero no a todo el mundo le gusta.

–¿Quieres decir que puedo elegir? –gruñó Leah–. Ya que estás decidido a controlar mi ida, me sorprende que no quieras decidir también qué debo llevarme a la boca.

Aunque pretendió sonar sarcástica, sus inocentes palabras adquirieron un sentido erróneo que le hizo ruborizarse. Jaco se volvió lentamente y le dedicó una mirada deliberadamente provocativa que la dejó sin aliento.

–No osaría decirte qué debes llevarte a la boca –dijo con voz aterciopelada–, aunque recuerdo haber estado íntimamente ligado a ella.

Leah se sonrojó aún más mientras intentaba encontrar una respuesta aguda, o al menos una respuesta del tipo que fuera.

–Por cierto, que fue de lo más placentero…

Demasiado tarde.

Jaco la tomó por la nuca y la atrajo hacia sí. Leah sintió que se le aceleraba el corazón. Sabía que debía rechazarlo, pero en cuanto sintió la presión de su palma en el cuello mientras con el pulgar Jaco le acariciaba la mejilla, se quedó paralizada de deseo. Y, cuando él agachó la cabeza y sintió su aliento en la mejilla, sus labios se abrieron palpitantes, implorando ser besados.

El beso fue fiero y apasionado. Jaco enredó los dedos de ambas manos en su cabello y la pegó contra su cuerpo, utilizando su boca como un arma de destrucción masiva, capaz de aniquilar su fuerza de voluntad, su determinación y cualquier rastro de racionalidad.

Las oleadas de sensaciones se sucedieron mientras Jaco llevaba a cabo su ataque sensual, entrelazando su lengua con la de ella, usando la magia de sus labios y ocasionalmente de sus dientes para mordisquearle el labio inferior en una demostración de su dominio sobre ella.

Sus manos bajaron hacia sus hombros y descendieron hasta la curva de sus nalgas. Desplegó los dedos y la presionó contra su sexo en erección, lanzándola a una espiral de desesperado anhelo.

Tambaleándose hacia delante y llevándola consigo en un amasijo de brazos y piernas, Jaco la empujó contra la pared, la sujetó por los brazos y alzando la cabeza, susurró con una voz cargada de deseo:

–*Dio*, Leah. ¿Qué tienes? ¿Por qué me haces esto?

Leah habría podido hacerle la misma pregunta si hubiera recuperado la capacidad de hablar.

Jaco buscó con la mano el borde de su vestido, lo deslizó hacia arriba y le acarició la parte interior del muslo hasta que llegó a sus bragas. Entonces la acarició delicadamente por encima de la tela de encaje.

Leah se quedó inmóvil, ansiando que continuara y al mismo tiempo sabiendo que no debía permitírselo, que era una locura.

Los dedos de Jaco siguieron la línea de sus bragas hasta el núcleo palpitante de su deseo. Leah quería que siguiera, que metiera los dedos por debajo de la tela y ejerciera aquella magia de la que solo él era capaz.

Gimió quedamente, arqueando las caderas para que la mano de Jaco la presionara con más firmeza, disipando cualquier duda de hasta qué punto lo deseaba, aunque sabía que no era necesario. Él sabía bien que nunca había sido capaz de resistirse a su poder, a su magnetismo sexual.

Él respondió con un primario gemido de satisfacción y empezó a deslizar los dedos por debajo de las bragas. Leah cerró los ojos…

Pero los abrió bruscamente cuando un pitido agudo le taladró los oídos.

–*Merda!*

Maldiciendo, Jaco fue hasta la placa. El humo de los entrecots quemándose había hecho saltar la alarma de incendios. Tomó la plancha y dejando escapar un juramento en italiano, la dejó caer al suelo.

–*Sanguinoso inferno*!

Los juramentos se sucedieron y Leah tuvo que contener la risa al ver a Jaco saltar sobre la isla central para pulsar frenéticamente los botones que apagaban la alarma hasta que el ensordecedor pitido paró. Luego puso los brazos en jarras y su mirada vagó del desastre que había en el suelo a Leah, que se había bajado el vestido.

–¿Ves de lo que eres capaz?

Leah estalló en una carcajada.

–Ven aquí –dijo, acercándose a él–. Déjame ver esa mano.

–No es nada –cerniéndose sobre ella como un coloso, Jaco la observó desde su posición elevada como si no tuviera prisa por bajar.

–Vamos –insistió Leah. Y finalmente Jaco saltó para quedarse ante ella con la mano tendida.

Leah se la tomó y la expuso a la luz para observarla mejor. En la parte baja de los dedos se estaba formando una mancha roja.

–Tienes que ponerla bajo el agua fría –antes de que Jaco protestara lo llevó consigo hacia el fregadero y le puso la mano bajo el grifo.

Jaco la miró de soslayo.

–Serías una buena enfermera –Leah retiró su mano, pero al ver que Jaco hacía lo mismo con la suya, se la tomó de nuevo para colocarla bajo el agua–. Mandona, pero sexy.

–Quédate aquí mientras yo recojo.

Leah dio media vuelta, decidida a distraerse de las bromas de Jaco. Así era como recordaba al hombre que había creído conocer. Divertido, sexy. Era la primera vez que lo atisbaba desde que habían llegado a la isla.

–Déjalo, Leah –Jaco cerró el grifo y la sujetó por el hombro.

–Alguien va a tener que…

–He dicho que lo dejes –poniéndose súbitamente serio, posó la mano en la parte baja de la espalda de Leah y la atrajo hacia sí–. Hemos dejado un asunto a medias.

–Jaco… Yo…

Pero de pronto los labios de Jaco se posaron sobre los de ella,

cálidos y exigentes, quitándole la capacidad de pensar. Y, cuando rompió el beso para tomarla en brazos, Leah se asió a él y ocultó el rostro en su pecho, apretando la nariz contra la base de su cuello e inhalando su aroma. Y en ese instante supo que estaba perdida.

Al llegar al salón, Jaco la dejó en el suelo y volvió a besarla. Leah deslizó las manos por sus hombros y su pecho. Soltándola por un instante, Jaco cruzó los brazos para encontrar el dobladillo de su camiseta y quitársela.

Leah se tomó unos segundos para deleitarse en su físico: sus anchos hombros, la suave curva de sus pectorales, los prietos y oscuros pezones, la franja de vello oscuro que descendía hasta perderse por debajo de sus pantalones. Era la perfección personificada.

Alzó las manos para alisarle el alborotado cabello, pero Jaco se las sujetó por las muñecas y con una mirada de ardiente y primario deseo, dijo:

–Cama.

Una única palabra cargada de promesas.

Entrelazando los dedos con los de ella, la atrajo hacia sí y juntos trastabillaron un par de pasos, con los cuerpos pegados, pisándose, hasta que se dieron por vencidos y se detuvieron sobre la franja de cristal bajo la que espejeaba el agua.

Mirándola fijamente a los ojos, Jaco le levantó el vestido a Leah hasta la cintura y le acarició el trasero por encima de las bragas al tiempo que emitía un gemido gutural contra su garganta antes de volver a besarla.

Leah buscó los botones de sus pantalones con dedos temblorosos. Estremeciéndose al notar cómo la bragueta se tensaba contra la dura columna que había tras ella. Desabrochó torpemente los dos primeros, pero Jaco, impacientándose, los abrió de un tirón y se los quitó, junto con los boxers, quedándose gloriosamente desnudo.

Atrayendo a Leah de nuevo hacia sí, recorrió sus muslos antes de meter los dedos por debajo del elástico de las bragas y bajárselas. Luego se agachó para levantarle un pie y luego el otro y dejar la prenda en el suelo.

Leah bajó la mirada hacia su cabeza, sus rizos oscuros, la piel cetrina de sus hombros. Y súbitamente Jaco estaba en pie de nuevo y apretaba todo su cuerpo contra el de ella, abrazándola, estrechándola con fuerza, desplazándola hacia atrás hasta el sofá blanco, sobre el que se dejaron caer juntos. Leah se encontró sobre Jaco con las piernas entrelazadas a las de él, sus labios

entrechocando, sus alientos fundiéndose, jadeantes, hasta que fue imposible distinguir uno de otro, hasta que se hicieron uno.

Leah se soltó de Jaco para quitarse el vestido, que seguía enrollado a su cintura, pero Jaco la detuvo. Inclinándola de nuevo sobre él y arqueando las caderas, se colocó justo debajo de las de ella y tras un agónico segundo, empujó hacia arriba y la penetró con su duro, caliente y sedoso miembro

Leah jadeó de placer. El gran tamaño de Jaco, la intensidad de la íntima sensación hizo que le clavara las uñas en la espalda. Había pasado tanto tiempo que casi había olvidado aquella extraordinaria sensación de un profundo deseo acompañada de un anhelo insaciable.

Y, cuando Jaco empezó a moverse en su interior, alcanzando un ritmo erótico primario, la sensación fue tan deliciosa, tan excitantemente «correcta», como si su cuerpo hubiera permanecido hibernando, congelado, a la espera de que un hermoso príncipe lo despertara. En segundos pudo sentir los temblores de un orgasmo que empezó a vibrar en su interior y fue emergiendo como una ola gigantesca que la golpeó con tal fuerza que la hizo temblar de los pies a la cabeza en su intento por contenerla.

–Todavía no –masculló Jaco, sujetándola por las caderas y apretándola con fuerza para penetrarla aún más profundamente. Sus ojos brillaron tras sus párpados entornados y Leah supo que también él combatía por retrasar el momento, que incluso estando los dos dominados por la lascivia, se empeñaba en mantener el control, en que ella le obedeciera, y en que ninguno de los dos se dejara ir hasta que él lo decidiera.

Pero Leah decidió tomar la iniciativa. Presionando las manos contra el pecho de Jaco, se irguió, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás, profundizando la gloriosa sensación de sus embates. Jaco tenía ese poder: el de hacerla sentir como ningún otro hombre la hacía sentir, pero no le permitiría controlar su respuesta.

Y se dejó ir. Entregándose libremente al orgasmo, dejó que este la arrastrara, que la propulsara más al abismo, en una caída libre que la sacudió y convulsionó. Alzó la barbilla al techo y su cabello cayó en cascada por su espalda mecido por sus sacudidas y temblores. En medio de la neblina de su intensa euforia, Leah fue consciente de que también Jaco se dejaba ir. Y de que ambos musitaban, jadeantes, sus respectivos nombres.

Capítulo 7

JACO miró a Leah con los párpados entornados mientras esperaba a que se le desacelerara el corazón y pudiera respirar con normalidad. Leah seguía a horcajadas sobre él, con la cabeza echada hacia atrás y las manos posadas sobre su pecho; y Jaco siguió la delicada columna de su cuello y la forma en uve que formaba su mandíbula. Tan hermosa…

Había fantaseado con hacerle el amor desde el instante en que llegaron a la isla. No, desde la misma noche en que su hijo fue concebido.

Durante el año anterior había intentado convencerse de que Leah McDonald no significaba nada para él. Era la primera vez que alguien lo dejaba y asumió el rechazo con arrogancia, diciéndose que ella se lo perdía. Pero en el fondo sabía que no era solo un golpe a su orgullo, una mera bofetada. La quemazón de una bofetada se extinguía enseguida; la marca que le había dejado el abandono de Leah no había desaparecido, sino que había crecido hasta que la única manera de intentar librarse de ella había sido poseerla una vez más. Necesitaba demostrarse a sí mismo y a ella que tenía el poder de recrear la magia que habían compartido; que podía hacerla gritar su nombre de nuevo.

Que también él hubiese perdido el control, que el nombre de Leah hubiera escapado de sus labios durante el orgasmo, era un detalle en el que prefería no pensar.

Leah alzó la cabeza y el resplandor de euforia de su mirada fue rápidamente sustituido por algo parecido a la confusión.

Tal y como había supuesto, Jaco intuyó que había pasado el momento, lo que era una lástima. Habría querido poseerla de nuevo. Ver sus labios hinchados, sus mejillas sonrosadas y su cabello revuelto, bastó para que se sintiera endurecer dentro de ella.

Elevándose para descabalgar de él, Leah se puso en pie tambaleante, se bajó el vestido y miró a su alrededor con expresión

ausente, como si no supiera qué hacer. Jaco se sentó de cara a ella con las piernas separadas y se cruzó de brazos. Leah alzó la barbilla, obligándose a mirarlo.

Jaco se irritó. ¿Por qué le costaba tanto mirarlo a los ojos? ¿Por qué parecía despreciarlo? No habían hecho nada malo. Que él supiera, el sexo voluntario entre dos adultos era legal, incluso en el particular mundo de Leah McDonald.

Él no tenía la menor intención de disculparse por lo que acababa de suceder. No se arrepentía. Pero al observar el dolor y la angustia que cruzaban el rostro de Leah, supo que ella sí.

Si era así, era su problema.

Con un gruñido de frustración, Jaco recogió sus pantalones del suelo y se los puso sin molestarse con los boxers. Luego fue hasta el ventanal y contempló la vista mientras se los abotonaba. Sentir la mirada de Leah en la piel solo contribuyó a aumentar su frustración.

Sí, de espaldas sí podía mirarlo. Seguro que estaba intentando inventar todo tipo de excusas para justificar sus actos. No le cabía duda de que en su versión de los hechos él era el malo de la película; todo era culpa suya.

Leah tenía la capacidad de retorcer la verdad para que se adaptara a sus deseos y poder convertirse en la víctima. Jaco no comprendía por qué lo hacía. A no ser que fuera porque se sentía culpable por haberle ocultado la existencia de Gabriel.

Pero en aquel momento él no tenía paciencia para intentar averiguarlo. Si iban a vivir juntos, tal y como él estaba decidido a que sucediera, tendría que encontrar la manera de conseguir derrumbar la muralla protectora que Leah había erigido a su alrededor. Una manera que no incluía el sexo. Porque eso parecía ser lo único que hacían bien. Extremadamente bien.

A pesar de todo, si dependiera de él, Jaco tendría a Leah cada noche en su cama, porque estaba seguro de que nunca se cansaría del sensual cuerpo que le entregaba tan libremente, de sus dulces murmullos, de sus gemidos al llegar al éxtasis. La deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer. Y eso era una debilidad que no podía permitirse.

Metiendo las manos en los bolsillos, se volvió con premeditada indiferencia. Leah seguía inmóvil.

–Voy a tener que preparar algo para comer –dijo. Y pasó de largo junto a ella hacia la cocina. Sin mirarla, añadió–: ¿Te apuntas?

–No.

Su negativa fue tan enfática como Jaco esperaba que lo fuera.

–Voy… Voy a darme una ducha.

–Como quieras.

Jaco no pensaba intentar persuadirla. Podía darse todas las duchas que quisiera e intentar borrar de su cuerpo el rastro de lo que acababan de hacer, pero el hecho era que se deseaban, que ardían el uno por el otro. Y por más que lo quisieran, no podían hacer nada al respecto.

Leah se quedó mirando la ancha espalda de Jaco y finalmente, dando un tembloroso suspiro, relajó los hombros.

Acababa de hacer precisamente lo último que debía haber hecho. ¿No se había estado diciendo desde el instante en que llegó a la isla que tenía que evitarlo?

Porque una sola mirada de Jaco bastaba para hacerla arder de deseo; y con una caricia, la derretía. Por todo eso, no debía haber aceptado cenar con él. No debía haberse expuesto a quedar en una posición tan vulnerable, en la que no tenía forma de defenderse de él.

Furiosa consigo misma, recuperó sus bragas y se las puso. Y entonces lo vio: el teléfono móvil de Jaco. Debía de haberse caído del bolsillo de sus pantalones y estaba debajo de una mesa, en medio de la habitación.

Leah fue hacia él con sigilo. Podía oír a Jaco en la cocina, haciendo ruido con las cazuelas y los armarios con un brío que sugería que estaba más contento que ella con lo que acababa de pasar. Inclinándose, lo tomó y se irguió, lanzando una mirada furtiva hacia la cocina por encima del hombro.

Tenía en sus manos la oportunidad de salir de la isla, de escapar con Gabriel.

Presionó la pantalla con el corazón desbocado, pero estaba bloqueado. Sin embargo, había un botón de emergencia en la parte baja. Lo tocó y, llevándose el teléfono al oído fue al extremo más alejado de la habitación.

Contestaron al instante.

–Necesito a la policía, *polizia* –dijo Leah con urgencia–, *pronto*.

La mujer que había contestado dijo toda una parrafada en italiano y a Leah se le encogió el corazón.

–¿Inglés? *Inglese*? ¿Habla inglés? –preguntó desesperada.

La mujer contestó afirmativamente.

–¡Gracias! –musitó Leah–. Vengan, por favor. Nos han raptado a

mí y a mi hijo. Tienen que rescatarnos –dijo con un hilo de voz–. No sé dónde estamos, pero es una isla privada que posee Jaco Valentino, anteriormente Garalino, en la costa de Sicilia. Nos ha retenido casi dos semanas… ¿Mi nombre? Leah McDonald… No, no puedo levantar la voz porque puede oírme… No, no llamen a este número, es su teléfono… No, no tengo teléfono, me lo ha quitado él. Vengan a salvarnos… No, no corremos un inminente peligro… No, no es físicamente violento, pero le digo la verdad. Por favor… ¡Escúcheme!… Oh, Dios, viene hacia aquí, tengo que colgar.

Leah terminó la llamada apresuradamente y dejó el teléfono donde lo había encontrado.

–¿Sigues aquí? –preguntó Jaco con arrogancia, mirando a su alrededor.

Aunque fingiera estar relajado, Leah supo lo que estaba buscando. Jaco recogió del suelo su camiseta y sus ojos se iluminaron al ver el teléfono. Lo tomó y se lo guardó en el bolsillo.

¡Lo había conseguido! Ya solo le quedaba esperar a ser rescatada.

–Sí, sigo aquí –contestó envalentonada. Y añadió con desdén–. Por el momento.

Jaco escrutó su rostro con suspicacia y Leah se arrepintió de haber hecho aquel comentario. Rectificó:

–Quiero decir que me voy a dar una ducha.

–Muy bien –replicó él con una indiferencia dirigida a demostrarle lo poco que le importaba–. Estás en tu casa.

Leah fue a marcharse, pero se volvió al sentir la sangre hervirle en las venas.

–No estoy en mi casa. Soy tu prisionera.

–Yo te considero mi invitada, pero llámalo como quieras –Jaco se cruzó de brazos–. Pero para estar retenida en tu contra, tienes que admitir que has sido muy complaciente –le brillaron los ojos con sorna–. No te he oído quejarte por sentirte cautiva. Más bien todo lo contrario.

Leah se enfureció.

–Eres un arrogante hijo de… –se lanzó hacia él con la mano levantada, ansiosa por borrar de su rostro aquella expresión de desdeñosa superioridad.

Pero Jaco la asió por la muñeca, la atrajo hacia sí y le presionó la mano contra su pecho.

–¡Qué carácter! –dijo con una irritante sonrisa bailándole en los labios–. Vas a tener que aprender a controlar estos arrebatos.

Leah gruñó con rabia, tirando de la mano para liberarse.

–O puede que sea una característica de las escocesas.

La furia impedía hablar a Leah.

–¿Será la sangre celta…? ¿Por eso hay tantas pelirrojas?

–¿No tendrá más que ver con que tú eres un mentiroso, un estafador y un bastardo infiel?

Tras un ominoso silencio, Jaco le soltó la muñeca como si le quemara y preguntó:

–¿Qué acabas de llamarme?

–¡Mentiroso, estafador y bastardo infiel! –repitió Leah con tanto aplomo como pudo, dada la mirada asesina que le dirigía Jaco–. Eso es lo que eres.

Los ojos de Jaco brillaron como el acero al tiempo que se llevaba una mano al cuello como si quisiera retener las palabras que se le estaban formando en la garganta.

Leah cambió el peso de un pie a otro. Tenía que controlar el temblor de sus rodillas. Jaco tenía una presencia tan imponente que era imposible no encogerse ante la animosidad que irradiaba.

Pero ella no pensaba amilanarse. No había hecho nada malo. Solo había dicho la verdad.

–Aclárame una cosa –Jaco alargó la mano, la tomó por la nuca con una firme suavidad y la obligó a mirarlo a los ojos–. ¿Me estás acusando de engañarte?

–Sí –dijo Leah, tragando saliva.

–¿Y puedes explicarme qué derecho tienes a echarme en cara lo que haya hecho en estos meses? –preguntó con una aterradora calma, haciéndole sentir el aliento en la mejilla.

–¡Así que no lo niegas! –insistió Leah, a pesar del profundo dolor que la golpeó.

–No pienso negar ni confirmar nada –Jaco la soltó como si ya no quisiera tocarla. En un tono cargado de desdén, añadió–: ¿Tengo que recordarte que fuiste tú quien se marchó? Lo que haya hecho desde entonces o con quién me haya acostado no es de tu incumbencia.

–No me refiero a estos últimos meses, sino a cuando estábamos juntos –dijo Leah, intentando ignorar el puñal que se le clavó en el corazón al imaginárselo con otra mujer.

–¿Cuando estábamos juntos?

Jaco retorció el puñal en la herida al repetir la frase como si hubiera ocurrido hacía siglos, o peor aún, como si hubiera sido demasiado insignificante como para recordarlo.

–¡Sí! –Leah tuvo que hacer acopio de valor para afirmarlo en lugar de lanzarse contra él y golpearle el pecho con los puños.

–¿Crees que te engañé?

Jaco pareció genuinamente desconcertado. ¡Qué gran actor era!

Leah lo miró furiosa. Si intentaba convencerla de que se equivocaba a base de mentiras lo odiaría aún más.

–No lo creo, lo sé. Nos engañaste a las dos.

Jaco frunció el ceño como si estuviera verdaderamente perplejo.

–No tengo ni idea de a qué te refieres, Leah. ¿De dónde ha sacado esa idea esa loca cabeza tuya?

–Loca, ¿eh? –le espetó Leah–. Eso es lo que a ti te gustaría, hacerme creer que estoy loca porque sé lo que haces, porque he descubierto tu vergonzoso secreto.

Jaco se quedó súbitamente paralizado, como una cobra a punto de atacar.

–¿Qué quieres decir con eso exactamente?

Finalmente, había logrado su total atención. Clavándole la mirada, Leah dijo:

–Que sé lo de Francesca, Jaco.

Por fin lo había dicho, había dejado salir el veneno que llevaba meses consumiéndola.

Tras un segundo de tenso silencio, Jaco dijo:

–¿Francesca?

El nombre salió de sus labios musitado con una dulzura que le encogió el corazón a Leah. Jaco había palidecido y se había erguido en tensión. Parecía atónito, horrorizado por la revelación.

Pero, si Leah creía que iba a obtener alguna satisfacción de su tormento, que se iba a sentir vengada, se había equivocado. La reacción de Jaco solo sirvió para demostrar lo que aquella mujer significaba para él. Se podía leer en su rostro.

–¿Cómo demonios sabes de la existencia de Francesca? –preguntó, lanzando las palabras como metralla.

Así que no lo negaba; no buscaba excusas.

–Eso no importa –Leah desvió la mirada y se retorció las manos. Oírle nombrar a su amante le causó un indescriptible dolor, como si abriera una herida profunda que ni siquiera hubiera empezado a cicatrizar–. El caso es que lo sé.

–Te aseguro que sí importa –dijo Jaco, tomándola por los hombros para obligarla a mirarlo–. Dímelo, Leah. Dímelo ahora mismo.

–Muy bien –la ansiedad de Jaco, sus ojos desorbitados, empezaron a asustar a Leah. Apenas podía reconocer a aquel intimidante desconocido que estaba fuera de sí–. Te vi… a los dos… mientras manteníais una videollamada de lo más cariñosa.

–¿Cómo? ¿Cuándo? –Leah prácticamente podía ver la mente de Jaco intentando identificar el momento–. ¿Antes de que dejaras el trabajo y te fueras?

Leah se limitó a enarcar las cejas. No pensaba molestarse en asentir.

–*Dio*, Leah –la angustia que reflejaba el rostro de Jaco se transformó en determinación–. ¿Y qué has hecho con esa información?

¿Qué clase de pregunta era esa?

–Creía que estaba claro. Me marché. En cuanto supe el tipo de hombre que eras decidí que no quería saber nada de ti. Y sigo pensando lo mismo.

–¿Le has hablado a alguien de Francesca?

–No.

–¿Ni siquiera a Harper?

–Ya te he dicho que no.

¿Qué era aquello, un interrogatorio? ¿Cómo era posible que la tratara como si hubiera cometido un crimen?

–No te preocupes. Tu sórdido secreto está a salvo conmigo.

Jaco volvió la cabeza hacia un lado, maldiciendo en su lengua. Luego se volvió a mirarla.

–A ver si lo entiendo –dijo, taladrándola con la mirada–. ¿Te marchaste porque pensabas que tenía una aventura con Francesca?

–Bingo.

–¿Aun sabiendo que estabas embarazada?

–Precisamente porque estaba embarazada –dijo Leah en actitud retadora–. Preferí criar a mi bebé sola que junto a un padre sin ética ni sentido de la decencia.

–*Dannazione*, Leah –masculló él entre dientes–. Lanzas acusaciones contra mí, desapareces de mi vida y me ocultas que tengo un hijo, ¿y no se te pasó por la cabeza preguntarme por Francesca?

–No, la verdad es que no –dijo Leah, negándose a sentirse acorralada–. En la misma medida que tú nunca te molestaste en mencionarla.

–Pues has de saber una cosa: mi relación con ella no es la que crees.

–¿No?

Pero había usado el presente. Y saber que seguía viéndola redobló el dolor de Leah. Claramente, ella sí significaba algo para Jaco. Leah tomó aire y dijo:

–Dime, ¿cuál es exactamente tu relación con la encantadora

Francesca? –preguntó destilando sarcasmo.

Hubo un segundo de silencio, de vacilación. Leah observó a Jaco morderse el labio inferior y apretar los dientes con los músculos en tensión mientras se decidía a contestar. Finalmente, dijo:

–Francesca es mi hermana.

A Leah se le hundieron los hombros ante aquella vergonzosa mentira. ¿Esa era la mejor excusa que era capaz de inventarse?

–Sí, ya –dejó escapar una risa seca–. Me temo que sé que solo tienes un hermano, junto con el que te adoptó una familia en la que había otros dos varones. Ya ves que he hecho los deberes.

–Tu investigación ha pasado por alto un detalle importante porque nadie lo conoce –Jaco volvió a vacilar antes de seguir–: Mi hermano de nacimiento, Francesco, ahora es mi hermana... Francesca.

–¿Qué...? –Leah se quedó boquiabierta–. ¿Quieres decir que...?

–Sí, Leah, exactamente eso. Se ha sometido a una operación de cambio de sexo.

Leah lo miró con los ojos desorbitados mientras asimilaba la información. Pensándolo bien, había ciertas similitudes entre la cara que había visto en la pantalla y Jaco: la inclinación de la cabeza, la intensidad de la mirada...

–¿Pero por qué tanto secreto? –le espetó–. ¿Por qué no lo sabe nadie?

–Porque hay gente que usaría esa información contra ella; gente que le haría daño.

–¿Quién? ¿Qué gente?

–Eso no debe preocuparte.

Leah dejó escapar un gruñido de frustración.

–Pero no puede permanecer aislada del mundo el resto de su vida después de todo por lo que ha tenido que pasar.

–Pronto podrá ser libre.

Leah pudo oír la determinación en su tono; también la emoción y el orgullo que sentía. Y súbitamente supo sin ningún género de duda que todo lo que Jaco le había dicho era verdad.

Esa certeza hizo que la cabeza le diera vueltas. En cierta forma, el puño que llevaba apretándole el corazón se aflojó, pero, por otro lado, fue consciente de que había acusado a Jaco de una traición que no había cometido y le había ocultado la existencia de su hijo.

–¿Estás bien?

La voz de Jaco le llegó débilmente. El tono autoritario había sido reemplazado por la preocupación.

–¿Leah?

Jaco le retiró el cabello de la cara para verla mejor.
–Sí –Leah se esforzó por sonreír–. Perfectamente.
–Será mejor que te sientes.
Sin esperar a que respondiera, Jaco la llevó hacia el sofá, pero la intensidad y la compasión que Leah percibió en su mirada no contribuyó a calmar su ansiedad.
–Estás muy pálida. ¿Seguro que estás bien?
–Sí, de verdad –Leah se irguió, esforzándose por sonar normal–. Pero voy a por un vaso de agua…
–Quédate quieta –Jaco plantó la mano con firmeza en su muslo–. Ya te lo traigo yo.
Leah respiró profundamente mientras lo seguía con la mirada. ¡Francesca era su hermana! Eso lo cambiaba todo y al mismo tiempo no cambiaba nada. Explicaba que hubiera estado tan furioso con ella, pero no que la hubiera raptado junto con Gabriel y que los mantuviera prisioneros.
Pero no consiguió poner en orden sus pensamientos antes de que Jaco volviera, le tendiera el vaso de agua y se sentara a su lado.
El agua estuvo a punto de desbordarse por el temblor de su mano. Dio un sorbo.
–Así que piensas que soy «un mentiroso, un estafador y un bastardo infiel», ¿no?
–No… Bueno, antes sí –Leah volvió a beber.
–Me alegra saber que me tienes en tan alta estima.
Jaco le quitó el vaso y lo dejó en la mesa antes de hacerle volver el rostro hacia él para que viera que bromeaba.
–¿Qué otra cosa podía pensar?
Leah echó la cabeza hacia atrás, pero Jaco la sujetó con firmeza por la barbilla. Estaba claro que no iba a tener clemencia.
–No lo hagas –dijo él.
–¿Que no haga el qué? –la mirada de Jaco le impedía razonar. Ya no sabía ni qué pensar.
–No pienses –Jaco le recorrió la barbilla suavemente con un dedo–. Pensar solo te causa problemas. Ha llegado la hora de que me demuestres lo arrepentida que estás.
–¿Quién dice que esté arrepentida?
La arrogancia de Jaco era tan asombrosa como la súbita ausencia de oxígeno en la habitación y la corriente sexual que estaba arrastrándola y que le impedía respirar.
–Yo, Leah –dijo Jaco con voz grave y un brillo abrasador en los ojos–. Sé que estás muy arrepentida, pero, si no puedes pedirme perdón, tendré que encontrar otra manera de que lo hagas.

Inclinó la cabeza hasta quedarse a unos centímetros del rostro de Leah. El calor de su aliento le abrasó las mejillas.

–¿Y lo que yo diga no importa? –preguntó ella.

–Ni lo más mínimo –aproximando sus labios a los de ella, Jaco le susurró como si fuera una erótica promesa–. Vas a tener que empezar a compensarme. Y te voy a demostrar cómo.

Con un brusco movimiento, la atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho. Sus labios reclamaron los de ella con una posesiva y fiera codicia, como si quisiera borrar todas las equivocaciones del pasado y convertir aquel surrealista momento en lo único que importara.

Y al cerrar los ojos y dejarse ir, al rendirse ante la fuerza y la dicha de su beso, Leah se descubrió respondiendo con la misma intensidad. Porque era lo único que podía hacer.

Capítulo 8

EN MEDIO de la neblina de un profundo y reparador sueño, Leah oyó el familiar murmullo procedente del monitor del bebé. Fue a moverse, pero se encontró atrapada en unos poderosos brazos y al abrir los ojos recordó súbitamente dónde estaba. En la cama de Jaco, en brazos de Jaco, con la cara tan pegada contra su cuello que lo único que podía ver era un trozo de su piel.

Al parpadear, sus pestañas lo acariciaron. Alzó la cabeza y la separó hasta poder mirarlo. Y se encontró con sus oscuros ojos abiertos mirándola.

–*Buongiorno* –la saludó, sonriendo.

–Buenos días –Leah se incorporó sobre el codo–. ¿Cuánto tiempo llevas despierto?

–Un rato, pero no quería molestarte. He pensado que después de anoche, necesitarías dormir –dijo con una mirada pícara.

–Supongo que tú también.

Leah sonrió con la misma expresión al acudir a su mente cada detalle de la gloriosa noche anterior. La pasión, la ternura, la explosión erótica de alcanzar el éxtasis al unísono… había sido maravilloso. Todavía tenía el sabor de Jaco en sus labios; aún sentía su núcleo palpitante.

–Pero está claro que nuestro hijo no siente la misma compasión por su madre –Gabriel había empezado a llorar–. Ya me ocupo yo.

Dándole un beso cargado de ternura, Jaco se desenredó de sus brazos y de sus piernas y levantó la sábana.

–Mejor voy yo. No vaya a ser que le desconcierte verte –dijo ella, posando una mano en su espalda.

–Cuanto más me vea, menos se desconcertará –Jaco se puso unos boxers y se sentó al borde de la cama–. Sabes que quiero formar parte activa de su vida, ¿verdad?

–Sí, claro que sí.

–*Bene* –Jaco se puso en pie y añadió insinuante–: Y también espero ser aún más activo con su *mamma*.

Inclinándose, le plantó un beso en los labios y salió de la habitación.

Leah esperó un par de segundos. El llanto de Gabriel iba subiendo de volumen, pero aunque su instinto fue acudir a su lado, sabía que Jaco tenía razón: tenía que familiarizarse con su padre.

A través del monitor oyó a Jaco entrar. Gabriel se calló por un instante y Jaco lo saludó dulcemente en italiano; luego se oyó el roce al levantarlo de la cuna y el gorjeo de placer de Gabriel. Leah escuchó alerta. Jaco tenía mérito. Sin que Leah supiera cómo ni cuándo, ya se había ganado el corazón de su hijo.

Se levantó, fue al cuarto de baño y se puso un albornoz de hombre que estaba colgado en la puerta. Se lavó las manos y la cara y se miró al espejo. Estaba despeinada y tenía una expresión de satisfacción… como una mujer que acabara de pasar una noche salvaje con el hombre más sexy del mundo. Que era lo que había pasado. También parecía, y eso la sorprendía aún más, feliz. Sus ojos tenían un brillo del que habían carecido mucho tiempo.

Al volver al dormitorio, se quedó paralizada en la puerta y sonrió de oreja a oreja ante el espectáculo que le ofrecían sus ojos. Gabriel estaba echado en la cama. Pataleando con fuerza mientras Jaco intentaba ponerle un pañal.

–Venga, coleguita, no me pongas dificultades.

Intentó poner el pañal debajo del niño, pero Gabriel se giró hacia un lado, de manera que la tira adhesiva acabó pegada a su rechoncha nalga.

–¡Vaya! –Jaco se rascó el mentón–. No sabía que fuera tan difícil.

–¿Algún problema? –preguntó Leah, riéndose.

–No sé qué te hace pensar eso –dijo Jaco con expresión inocente.

–¿Quizá esto? –Leah tomó a Gabriel en brazos y los dos se quedaron mirando cómo el pañal se quedaba colgando.

–Bueno, siempre puede mejorarse –dijo Jaco.

–Seguro que sí –dejó a Gabriel en la cama y sujetándolo de los tobillos, Leah recolocó el pañal con destreza–. ¿Por qué no preparas un café mientras le doy de mamar?

–*Buona idea.*

Jaco le dio un beso antes de irse.

Cuando volvió, Leah estaba dando de mamar a Gabriel en la cama, y Jaco se detuvo un instante para observar, conmovido, la escena. Gabriel asía un mechón de cabello de Leah mientras ella lo mecía suavemente contra su pecho y le cantaba con dulzura. Era la primera vez que en lugar de sentirse excluido, Jaco los veía como su

familia, y el corazón se le hinchió de orgullo.

–Aquí tienes –dijo, dejando una taza en la mesilla de Leah a la vez que dominaba la punzada de emoción y, tras rodear la cama, se metía en el otro lado.

Leah se desplazó para hacerle sitio.

–¿Qué tal va? –preguntó Jaco, acariciando la cabeza de Gabriel.

–Casi ha acabado –en ese momento, Gabriel, adormecido, soltó el pezón y Leah se lo puso al hombro para hacerle expulsar el aire.

–¿Quieres que lo sostenga yo para que puedas tomarte el café?

–Sí, por favor –Leah se lo pasó y se reajustó la bata antes de tomar la taza.

Jaco acomodó a Gabriel en el hueco del brazo y le asombró que le resultara lo más natural del mundo cuando hasta ese momento la idea de tener hijos había formado parte de un futuro indeterminado.

Toda su vida de adulto había consistido en hacer negocios y ganar dinero para gastarlo en propiedades y restaurantes de lujo, y en salir con una sucesión de hermosas mujeres. Había asumido que esa era la vida que quería y a la que volvería cuando acabara con los Garalino. Pero en aquel momento, sosteniendo a Gabriel en sus brazos y mirando de soslayo a la hermosa mujer que tenía a su lado, sintió una extraña sensación de plenitud.

Y algo más, algo con lo que estaba tan poco familiarizado que le costaba reconocerlo: felicidad. Eso tenía que ser.

Jaco se dio cuenta de que nunca la había echado de menos. Desde la muerte de sus padres había asumido que la verdadera felicidad era algo de lo que disfrutaban otras personas, o que no existía. La brutal educación que había recibido en manos de los Garalino no había dejado espacio a la alegría, y por eso él se había concentrado en tener éxito en la vida. Y lo había conseguido. Pero felicidad… eso era para los muy jóvenes o para los ingenuos.

Y como si quisiera confirmar su teoría, Jaco sintió un leve escalofrío, una inquietud que emergió desde el fondo de su mente. Necesitaba saber algo…

Tomó la mano de Gabriel y mientras estudiaba sus diminutas uñas, dijo:

–No te lo tomes a mal, pero tengo que preguntarte algo.

–¿El qué? –Leah lo miró y sus ojos perdieron el brillo al ver la expresión seria de Jaco.

–¿Ha habido otros hombres?

Leah dejó la taza en la mesilla.

–¿Quieres decir que si he tenido tiempo para un par de amantes

entre que me enteraba de que estaba embarazada, huía, daba a luz y acababa siendo arrastrada a una isla?

–Sí, Leah. Eso es exactamente lo que te pregunto.

–Pues estate tranquilo. La respuesta es que no.

Grazie Dio.

La mera idea de que Leah hubiera estado en brazos de otro hombre lo sacudía hasta la médula.

–¿Y tú? –contraatacó Leah–. Supongo que ha pasado por tu cama una colección de bellezas.

–No –Jaco sacudió la cabeza.

–¿Solo una o dos?

Leah le miró tan expectante que a Jaco se le derritió el corazón.

–Ni siquiera eso.

–¿Qué? ¿Ni una? ¿De verdad? –la incredulidad y el alivio bailaron en los ojos de Leah.

–Ni una, Leah.

–¡Vaya…! –exclamó Leah. Y le dedicó una espléndida sonrisa.

Jaco dejó a Gabriel cuidadosamente delante de él y abrazó a Leah con fuerza. Algo en la vulnerabilidad que había manifestado había tocado en él una fibra sensible que ni siquiera sabía que tuviera. Y al tenerla en sus brazos, tuvo que admitir que sus sentimientos por ella tenían la capacidad de transformar su vida.

Jaco aflojó el abrazo y al besarla, se reavivó el deseo que ya habían activado la fragancia de su piel y de su cabello. El beso se hizo más apasionado… hasta que un grito de protesta de la tercera parte implicada les recordó que estaba allí.

–Continuará… –prometió Jaco a Leah con una sonrisa pícara al tiempo que se levantaba y tomaba a Gabriel en brazos–: Vamos, *mi figlio*, vamos a preparar el desayuno a tu *mamma* mientras se ducha.

Veinte minutos más tarde, Jaco contemplaba con satisfacción el resultado de su labor: una mesa con fruta, yogur, brioche, mantequilla y mermelada, y un ramo de flores silvestres.

Gabriel estaba acomodado en un puf, con una cuchara de palo que chupaba o blandía con entusiasmo para intentar golpear un cazo que tenía delante.

Jaco suspiró observando a su hijo y miró hacia la puerta por la que Leah saldría al porche en cualquier momento y se dijo que no le costaría acostumbrarse a aquello. O mejor, que realmente eso era lo que quería. Una mujer e hijos a los que podría dar aquello de lo que él había carecido: seguridad, felicidad, amor. Y por primera vez en su vida, parecía factible.

Cuando su misión concluyera, podría empezar de cero. Y ya

rozaba el final con la punta de los dedos.

A pesar de su insistencia previa de que Leah y Gabriel vivirían con él lo quisieran o no, Jaco deseaba que Leah tomara la decisión voluntariamente, no forzada. En cuanto al matrimonio y los hijos… Los quería con ella, no con ninguna otra mujer. Leah McDonald, lo veía en aquel momento con absoluta claridad, era crucial para todos los aspectos de su vida futura.

Como si la hubiera invocado, Leah apareció con las mejillas sonrosadas y el cabello húmedo.

–Ooh –miró a su alrededor, se agachó para tomar la cuchara que Gabriel había dejado caer a un lado y se la devolvió–. ¡Qué buena pinta tiene todo! ¡Y no huele a entrecot quemado!

–¡Muy graciosa, jovencita! –separando una silla, Jaco le indicó que se sentara y le acercó el brioche–. Has de saber que este bollo ha sido horneado con el mayor cuidado.

–Umm… –Leah lo probó y sonrió–. Se nota.

–¿Qué sueles desayunar en Escocia? –preguntó Jaco al tiempo que le servía un vaso de zumo de naranja–. ¿Morcilla escocesa?

–Eso es solo un estereotipo –contestó Leah sonriendo–. Lo habitual es tomar avena o un tipo de bollo llamado *clootie*.

–Me encantará probarlo –dijo Jaco, mirándola fijamente.

–¿De verdad? –preguntó Leah sorprendida.

–Me encantaría conocer tu país y a tu padre. Cuando todo esto acabe, deberíamos ir de visita.

–¿Y cuándo va a acabar «todo esto», Jaco? –poniéndose súbitamente seria, Leah clavó sus ojos castaños en los de él–. ¿Cuándo vas a explicarme qué está pasando? ¿O a devolverme el teléfono, o a dejar que Gabriel y yo abandonemos la isla?

–Pronto, te lo prometo –Jaco le tomó la mano–. No estaría haciendo esto si no fuera de una vital importancia.

Leah miró sus manos unidas sobre la mesa antes de retirar la suya.

–No entiendo por qué no puedes explicármelo ahora.

Jaco vaciló. Leah se merecía que le contara la verdad.

Hasta la noche anterior no había tenido sentido darle explicaciones después de que ella le hubiera ocultado la existencia de Gabriel. Pero había llegado a comprender sus motivos, y aunque fueran equivocados, eran propio de ella tomar decisiones precipitadas sin esperar explicaciones. Leah era tan impulsiva como apasionada, pero él nunca podría enfadarse con ella por eso. Al contrario.

–La discreción es esencial –frunció el ceño mientras intentaba

decidir cómo continuar–. En mi experiencia, para evitar ser traicionado lo mejor es confiar en el menor número de gente posible.

Él había aprendido la lección cuando, siendo un inocente niño de once años, había confiado, e incluso querido, a la familia Garalino.

Con la emoción de que lo adoptara una gran familia de hermanos y tíos liderada por el carismático Luigi Garalino, había hecho todo lo posible por agradarlos, con la esperanza de que le dieran el afecto del que él y su hermano menor habían carecido desde la muerte de sus padres.

Pero pronto había descubierto que no conseguiría amor de aquella familia. Y con el paso de los años había ido descubriendo hasta qué punto todos ellos eran corruptos. Años en los que le habían pegado con cualquier excusa, en los que le habían negado la comida si se enfrentaba a ellos para proteger a su hermano, en los que lo encerraban durante días en la carbonera para volver a pegarle cuando por fin lo sacaban de ella.

Pero eso no era nada comparado con el infierno por el que había pasado Francesco. Las palizas que él recibía no le dolían tanto como ver a su hermano pequeño en un rincón, tembloroso, sin poder hablar o moverse, destrozado por la crueldad de los Garalino.

El sentimiento de culpabilidad por no haberlo podido proteger le había torturado toda su vida. Pero al menos Francesca estaba a salvo, y pronto sería libre. Y al llevarse consigo a Leah y a Gabriel también los había protegido, había cumplido con su deber, por más que ella no lo viera así.

–¿Quieres decir que no confías en mí? –preguntó ella.

Jaco la observó unos segundos antes de contestar.

–Quiero decir que en este momento no puedo cometer el más mínimo error. Por eso, cuanta menos gente lo sepa, mejor.

Leah apretó los labios en un gesto que indicó que la respuesta no le satisfacía.

–¿Y vale la pena tanto secreto y tanta maquinación solo por un negocio?

–No se trata de un negocio, Leah. Es algo mucho más importante –Jaco vaciló antes de seguir–: Tienes que entender que estáis aquí por vuestra seguridad. Es esencial que nadie sepa dónde estáis.

Leah palideció.

–¿Leah? –Jaco intuyó que pasaba algo.

–Pensaba decírtelo, pero… –Leah se revolvió en su asiento.

–¿Decirme qué?

–Que alguien lo sabe.

–¿Cómo? –Jaco dejó la taza bruscamente en el plato.

–Anoche, cuando estabas en la cocina, llamé a la policía –Leah frunció el rostro en una mueca de arrepentimiento.

–¿Que hiciste qué?

Jaco se puso en pie de un salto. Leah lo miró aterrorizada al ver la tensión que constreñía su cuerpo y la furia con la que centelleaban sus ojos.

Aunque no había estado segura de que su llamada tuviera resultado, había pensado contarle a Jaco que la había hecho. Pero por la mañana, al no haber ninguna señal de que fueran a «rescatarlos», había retrasado el momento.

Ni por un instante había esperado que reaccionara como lo estaba haciendo.

–Por favor, dime que estás bromeando –Jaco posó una mano en su hombro–. Dime que no es verdad.

–Me temo que sí lo es –Leah se mordió el labio inferior–. Lo siento, Jaco, pero encontré tu teléfono en el suelo y llamé. Pero no parecieron tomarme en serio –quiso aferrarse a aquel rayo de esperanza para intentar apaciguar a Jaco–. Y puesto que no ha venido nadie…

–¿Qué les dijiste? –preguntó él en lo que sonó como un rugido contenido.

–Que… que Gabriel y yo estábamos siendo retenidos y queríamos que nos rescataran –balbuceó Leah.

–*Dio*, Leah –dijo Jaco entre dientes–. ¿Diste mi nombre?

–Sí, pero…

–¿Qué más les dijiste?

–Nada más –Leah intentó recordar–. Puede que dijera que pertenecías a la familia Garalino. Pero apenas tuve tiempo de añadir nada más porque tú volviste y…

–¿Mencionaste a los Garalino?

–Sí –Leah asintió con gesto de culpabilidad–. Estoy segura de que sí.

–Muy bien. Nos vamos de aquí –Jaco tomó a Gabriel bruscamente, sobresaltándolo–. Ahora mismo. Recoge tus cosas.

–¿Qué? ¿Por qué?

Leah se puso en pie y lo siguió al interior.

–Ni siquiera saben dónde estamos. No les pude decir el nombre de la isla.

–Pueden localizar mi teléfono, Leah –Jaco apenas podía contener la ira–. Sabrán dónde estamos.

–Ya ves que no ha venido nadie –insistió Leah–. Puede que hasta se hayan olvidado, que creyeran que era una broma.

–Recoge tus cosas.

Tras abrir la puerta del armario, Jaco sacó la maleta de Leah y la tiró sobre la cama mientras sujetaba a Gabriel en el otro brazo.

–Y date prisa –dijo con ojos centelleantes.

Leah empezó a meter sus cosas en la maleta mecánicamente hasta que de pronto se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? Ya se había visto obligada a abandonar su casa en una ocasión, y Jaco volvía a exigirle, sin darle la menor explicación y asumiendo que lo obedecería, que se preparara para volver a huir. Pero ya estaba harta.

Cruzándose de brazos, dijo:

–No, Jaco. Siento haber cometido un error y haberte creado problemas, pero yo no tengo la culpa. Si me hubieras dicho desde un principio qué pasaba, no habría llamado a la policía. O me dices ahora mismo qué sucede, o me niego a irme.

–Claro que te vas. Nos vamos todos –tras dejar a Gabriel en la cama, Jaco cerró la maleta–. Tu imprudencia os ha puesto en peligro a ti y a Gabriel. Debemos marcharnos inmediatamente.

A pesar de que le temblaron las rodillas, Leah se mantuvo firme.

–¿Nos he puesto en peligro o simplemente he arruinado tu tapadera?

Horrorizada, Leah tuvo la certeza de haber dado en el clavo. La gente de la que Jaco quería protegerlos no eran los malos. Él era el malo. Jaco Valentino, el sofisticado multimillonario, encantador y educado. El hombre que le había robado el corazón y del que se había enamorado profundamente, no era más que un repugnante delincuente.

Su mente funcionó aceleradamente. ¿Era esa la razón de que los mantuviera ocultos, porque la policía podía utilizarlos para rastrearlo? ¿Sabría ella algo de lo que no era consciente y que podía ser usado en su contra por la policía? ¿Sería Capezzana la tapadera de un siniestro negocio de blanqueo de dinero en el que ella había participado inadvertidamente?

Además estaba Francesca, a la que Jaco también ocultaba. ¿Qué había dicho…? Que había gente que quería hacerle daño. ¿Quién era esa gente? Probablemente la misma que los amenazaba a Gabriel y a ella. ¿Gente con la que Jaco hacía negocios? ¿Criminales? ¿Gánsteres?

¿La mafia? No era de extrañar que se hubiera distanciado de su familia adoptiva. Probablemente se avergonzaban del ruin camino

que había elegido.

Su desbocada imaginación estaba reuniendo las piezas de un puzle que completaba una espantosa imagen.

–No tienes ni idea de lo que dices.

Atravesando sus pensamientos como una afilada daga, Jaco tomó la maleta y esperó con impaciencia a que Leah reuniera los últimos objetos en su bolso de mano y tomara a Gabriel en brazos.

Luego los condujo apresuradamente hasta un helicóptero que esperaba en el jardín. Tras instalar a Leah y a Gabriel en su regazo y ponerles el cinturón de seguridad, se dirigió hacia la parte delantera, pero en lugar de subirse, se acercó al borde del acantilado y lanzó con todas sus fuerzas el teléfono al mar.

Leah sintió que una parte de ella se ahogaba junto con aquel teléfono. La parte que había querido creer que estaba equivocada.

En cuanto pudiera, se escaparía. No pensaba permanecer junto a aquel siniestro hombre ni un segundo más de lo estrictamente necesario.

Capítulo 9

JACO cerró la puerta de su despacho y observó el reluciente laminado de madera, las ventanas inmaculadas, los brillantes focos de luz, y súbitamente se preguntó por qué habría encargado una decoración tan ostentosa, o por qué lo había bautizado *Alessia*, en honor a su madre, cuando no tenía nada que ver con su discreta y amable personalidad.

En el momento, el yate de lujo le había sido un complemento a su imagen de playboy, junto con los coches rápidos y las propiedades suntuosas repartidas por el mundo. Pero él ya no era el mismo hombre.

El recuerdo de todos aquellos años de sexo vacío con mujeres que no significaban nada para él, le repugnaba. Se había dicho que lo pasaba bien, que el sexo con una sucesión de mujeres hermosas era lo que anhelaba cualquier hombre de sangre caliente. De pronto todo le parecía una pérdida de tiempo y tenía la seguridad de que si nunca se había querido comprometer era porque no había encontrado a la persona adecuada.

Hasta el día en que Leah McDonald había irrumpido en su vida como un rayo de sol, dotando a todo lo que la rodeaba de un resplandor de vitalidad con su sonrisa y su contagioso entusiasmo. Aunque entonces no lo hubiera sabido, aquel día había transformado su vida.

Avanzando por el corredor enmoquetado, Jaco se concentró en lo que debía hacer. Llevar al yate a Leah y a Gabriel no había entrado en sus planes, pero Leah no le había dejado otra opción. Al llamar a la policía había puesto en peligro la operación y su propia vida. Además de la de Gabriel.

Porque Jaco no confiaba en la policía. Solo confiaba en un puñado de personas que habían demostrado una lealtad sin fisuras a lo largo de los años. El resto, era sospechoso. Solo así se había evitado sorpresas desagradables.

No tenía ni idea de con quién había hablado Leah; pero sí que al

mencionar a los Garalino había activado todas las alarmas. Los Garalino tenían conexiones tanto entre los *carabinieri* como entre la *polizia di stato*. Los sobornos y la extorsión eran habituales monedas de cambio.

Por eso su única opción había sido llevar a Leah y a Gabriel al yate.

Habían atracado cerca de la costa de Palermo para estar cerca de la acción cuando todo se pusiera en marcha aquella noche. Aunque el yate era seguro, Jaco había tomado la precaución de asignar a su mejor guardaespaldas, Cesare, la custodia de Leah.

Ni siquiera habiendo reducido a la tripulación al mínimo se sentía completamente seguro. Nadie, absolutamente nadie, podía conocer los planes de aquella noche, y eso incluía a Leah. No podía correr ese riesgo. Leah tenía tanto fuego interior como para causar un incendio, y más valor que ninguna otra mujer que él hubiera conocido. Las mismas cualidades por las que le resultaba fascinante, la convertían en un peligro.

Encerrarla en una suite con Gabriel no había sido precisamente de su agrado. La mirada de desprecio que ella le había lanzado al ver a Cesare apostado a la puerta habría provocado un escalofrío al propio diablo. Pero era una precaución necesaria. Y duraría poco tiempo.

El carguero procedente de Sudamérica llegaría aquella noche, a la hora convenida. Toda la familia Garalino estaría ansiosa por echar mano al mayor cargamento de cocaína jamás transportado. Las agencias antidroga internacionales estaban alerta y preparadas para entrar en acción en el momento apropiado. Todo estaba listo.

Pero bastaría un solo movimiento en falso para hacer descarrilar la operación.

Por eso Jaco estaba pendiente de cada paso. Como si observara un siniestro juego de ajedrez, seguía los momentos en la pantalla de su ordenador, en el que recibía actualizaciones cifradas de los agentes de inteligencia a medida que el momento crucial se acercaba.

Tener a toda la familia Garalino bajo vigilancia en sus distintas localizaciones representaba una gigantesca operación. Pero el trofeo real era Luigi Garalino. El líder de la familia estaba detrás de toda una serie de atrocidades perpetradas a lo largo de varias décadas.

El hombre que había matado a sus padres.

Jaco solo había confirmado aquella espantosa información hacía poco tiempo. Siempre había tenido sospechas sobre cómo habían muerto, cómo había sido posible que su coche hubiera caído por un

precipicio en una carretera que conocían a la perfección, sin que hubiera otro vehículo implicado, ni condiciones meteorológicas adversas. Por eso, descubrir la verdad se había convertido en su misión. Finalmente había dado con alguien que había trabajado en aquel tiempo con los Garalino y, ofreciéndole el suficiente dinero como para que hablara, había averiguado la sórdida historia.

Había sucedido tal y como él había sospechado. El día que Luigi Garalino había puesto el ojo en el rentable viñedo Capezzana, el destino de sus padres había quedado sellado. Al plantarle cara a él y a sus matones y no querer participar en sus planes criminales, habían firmado su sentencia de muerte… Alguien había manipulado los frenos de su vehículo.

La confirmación del asesinato había estado a punto de enloquecer a Jaco, que desde ese mismo día había dedicado toda su energía a preparar su venganza.

Luigi Garalino se creía invencible. Pensaba que su diabólico poder e influencia eran tales que nadie se atrevería a presentarlo ante la justicia. Pero él iba a demostrarle que se equivocaba.

Estaría en el muelle cuando se abriera el contenedor, cuando el esbirro de Luigi de más confianza, un policía infiltrado meticulosamente preparado, abriera los dos sacos elegidos para verificar el contenido. Estaría allí cuando el dinero cambiara de manos, y en el preciso momento en el que Garalino fuera arrestado, saldría de entre las sombras, le miraría a los ojos y le diría que así vengaba la muerte de sus padres.

Leah recorría arriba y abajo la zona de estar de su suite mientras Gabriel dormía profundamente en medio de la cama, ajeno al drama que se desarrollaba a su alrededor.

Que Jaco la hubiera llevado allí y hubiera puesto un guardaespaldas a la puerta, el mismo que le había ayudado a raptarla de su piso, había sido la última gota en desbordar el vaso de su ira. La excusa de que Cesare estaba allí para protegerla era tan inverosímil como todo lo demás. La labor de Cesare era asegurarse de que no se escapaba, tal y como Leah había comprobado al intentar convencerlo de que su jefe era un miserable y que debía ayudarla a huir.

Él se había limitado a decir que su misión era protegerlos a ella y a su hijo, y había guardado silencio.

Leah miró al exterior por la cristalera de un lado y otro del barco, pero solo veía agua espejeando bajo el sol del atardecer. En

la distancia atisbó un par de botes. Quizá, si uno se acercaba lo bastante, podría hacerle señales, sacar una sábana por la ventana. Pero al inspeccionarlas, vio que estaban herméticamente cerradas.

Podía intentar gritar. De hecho, ansiaba hacerlo. Gritar y aullar y golpear la puerta y las paredes con los puños hasta que alguien acudiera a rescatarla. Pero sabía que era inútil. Quienquiera que pudiera oírla estaría a las órdenes de Jaco.

Así que estaba atrapada, a la completa merced de Jaco Valentino.

Dejándose caer en un sofá, sofocó el llanto con un cojín. Lloraba de rabia y frustración, pero sobre todo de tristeza, por el hombre al que había creído conocer y al que seguía amando con todo su corazón.

Como tenía el rostro presionado contra el cojín, no oyó a Jaco acercarse y dio un grito de sobresalto al sentir que alguien le tocaba el hombro.

–*Per Dio*! –sentándose a su lado, Jaco le retiró el cojín de las manos–. Tranquilízate, Leah.

–¡No te atrevas a decirme que me tranquilice! –exclamó ella, alejándose de él con mirada de odio–. ¡No te atrevas a decirme cómo debo comportarme! Puedes mantenerme prisionera e imponer tu autoridad por medio de la fuerza, pero nunca, jamás, podrás dictarme qué debo pensar.

–Has estado llorando –dijo él, ignorando su estallido y alargando la mano a su rostro.

Leah se separó de su mano y se secó la cara con el dorso de la mano. De no haber sabido cómo era, habría creído que la expresión de preocupación de Jaco era sincera.

–Te juro que no hay motivo para que te pongas así –él dejó escapar un suspiro de exasperación–. *Vieni qui*… Ven aquí.

–¡No!

Pero ya era tarde. Jaco había recorrido la distancia que los separaba y la envolvía en uno de sus cálidos y protectores abrazos.

–Suéltame –masculló ella contra su pecho.

–No –Jaco la estrechó con fuerza–. No, hasta que escuches lo que tengo que decirte.

–No me interesa, Jaco –Leah se revolvió entre sus brazos–. No quiero oír más mentiras.

–Nunca te he mentido, Leah –soltándola, Jaco tomó su rostro entre las manos para que lo mirara–. Puedes acusarme de lo que quieras, pero no de mentirte.

–Mentir por omisión sigue siendo mentir –dijo ella temblorosa.

–¿Aun cuando la omisión sea por el bien de todos?

–¿Por el bien de todos? –Leah se rio con desgana–. ¿Quién te crees que eres, Jaco Valentino? ¿Un ser superior que no tiene por qué obedecer las normas básicas de la decencia? ¿Que nos considera seres inferiores que deben rendirse a su autoridad? Pues estás muy equivocado.

–Está bien, lo hago por tu propio bien –dijo Jaco, frunciendo el ceño–. ¿No entiendes que hay ocasiones en las que tener información es peor que no tenerla?

–No. Solo veo un hombre tan egocéntrico, tan obsesionado por la codicia y el poder, que ya no sabe distinguir entre el bien y el mal. Un hombre sin ética, podrido hasta la médula.

–¿Eso piensas? –preguntó él en un tono aterradoramente grave.

–Sí. Y me das lástima.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué te da lástima alguien así?

–Porque vas a terminar solo a pesar de todo tu dinero. Porque nadie decente querrá relacionarse contigo.

–¿Has terminado?

–Sí. Bueno, no –Leah tomó aire–. Entérate de que no puedes tratar a la gente como nos has tratado a Gabriel y a mí y esperar que quieran seguir a tu lado. Tienes que hacer un ejercicio de introspección. Solo así puede que veas cómo eres realmente, y por qué estás tan solo –Leah clavó la mirada en él y concluyó–: Por qué hasta tu familia te ha abandonado.

–*Chiedo scusa*? –Jaco se inclinó hacia delante con gesto sombrío–. ¿Qué has dicho?

–¿Acaso no es verdad? –Leah sintió la rabia apoderarse de ella–. ¿Por qué crees que has perdido el contacto con tu familia?

–Mi relación con la familia Garalino no es de tu incumbencia –dijo él destilando ira–. Y te aconsejo que reserves para ti tus erróneas opiniones a ese respecto.

–¿Qué pasa, Jaco? ¿He metido el dedo en la llaga?

–Te lo advierto, Leah…

–¿Me estás amenazando? –Leah se puso en pie de un salto–. Yo no soy uno de tus matones dispuesto a obedecerte en todo. ¿De verdad crees que puedes callarme a base de amenazas?

–Tal vez con amenazas, no –Jaco se puso en pie ante ella y su proximidad la dejó al instante sin aire–. Pero se me ocurren otros métodos.

Inclinó la cabeza y la besó con fiereza, con una urgencia destinada a dejarle saber quién estaba al mando, quién llevaba las riendas.

Y, cuando la rodeó con sus brazos, Leah reaccionó. No estaba dispuesta a actuar como una mujer pasiva, fingir que no se sentía atraída físicamente hacia él. No, respondería a su nivel, exigiendo y no solo dando. Le demostraría a Jaco que el fuego que ardía entre ellos no lo prendía solo él. Que él estaba tan indefenso como ella ante la primaria pasión animal que sentían el uno por el otro.

Abrazándose a su cuello, lo atrajo hacia sí, presionándose contra su cuerpo hasta que percibió que reaccionaba. Aquella respuesta tan masculina la hizo estremecer, licuándole los huesos, derritiéndola por dentro. Pero su mayor satisfacción procedía de haberlo desarmado, de arrancarle una respuesta que Jaco no podía controlar.

¿Quién llevaba las riendas en ese momento?

Leah abrió los ojos. Quería ver el efecto que tenía sobre él, no solo sentirlo… vivirlo por última vez.

Jaco abrió las piernas y acomodó a Leah entre ellas, presionándola con fuerza contra su erección. Gimió y el murmullo gutural resonó en Leah como un eco de deseo. Le había hecho caer en su propia trampa. O tal vez era ella quien había caído. En cualquier caso, le demostraría el poder que tenía sobre él. Para que, cuando ya no la tuviera cerca, puesto que pensaba escaparse en cuanto pudiera, lo torturara el recuerdo de lo que había perdido.

Jaco la estaba empujando hacia atrás, jadeante, palpándole el cuerpo a ciegas.

No cabía duda de a dónde se dirigían si ella no era capaz de detenerlo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano para concentrarse, Leah le empujó el pecho para separarse de él.

Al instante sintió que Jaco vacilaba y le dejaba espacio para respirar. Ella lo aprovechó. Retrocediendo, y Jaco dejó caer los brazos pesadamente.

Se miraron en silencio, con la respiración agitada y los ojos brillantes de deseo. Leah tomó aire y se pasó la mano por el cabello sin apartar la vista para demostrarle que se negaba a ser una víctima.

Jaco finalmente desvió la mirada, fue hasta la ventana y luego se giró de nuevo hacia ella.

–Se ve que estamos destinados a volvernos locos el uno al otro.

Leah permaneció en silencio, cruzada de brazos.

Jaco fue hacia ella, pero se detuvo a una distancia prudencial antes de añadir:

–No podemos seguir así, Leah.

–¿Por fin te das cuenta? –era la primera vez que Jaco le daba la

razón y Leah quiso aferrarse a ello como a un salvavidas. No podía ceder. No podía dejarse vencer por la vulnerabilidad.

Como no podía permitir que los hipnóticos ojos de Jaco, su cabello oscuro y sus hermosas facciones atravesaran la fina capa protectora en la que se había envuelto.

–Devuélveme la libertad y habremos acabado –se esforzó en mantener la voz firme a pesar de que el corazón le latía desbocado.

Jaco la miró con expresión impasible.

–¿Tu libertad? ¿Eso es lo que quieres?

–Sí, Jaco, eso es lo único que quiero.

–Pues la tendrás –Jaco se metió las manos en los bolsillos–. Muy pronto.

–¿Gabriel también? –Leah tuvo el súbito temor de que quisiera separarla de su hijo.

–Por supuesto –Jaco la miró despectivamente–. Aunque querré mantener contacto con él regularmente.

–¿Qué significa eso? –Leah no confiaba en lo que Jaco pudiera decir.

–No lo sé. Tendremos que estudiarlo. Pero seré razonable.

–¿De verdad? Sería la primera vez.

Jaco gruñó, perdiendo la máscara de granito por un segundo antes de volver a colocársela.

Dio un paso hacia ella, deteniéndose a unos centímetros de su cuerpo.

–Tendremos que encontrar entre los dos una solución. Dime la verdad, Leah –Jaco escrutó su rostro–. ¿Qué quieres exactamente?

–Eso es fácil –Leah resopló sarcástica; necesitaba ser fuerte–. Quiero alejarme lo más posible de ti.

–¿Estás segura?

Jaco la miró tan fijamente que Leah sintió la tierra moverse bajo sus pies.

–Es la última vez que te lo pregunto –añadió Jaco.

–Completamente segura –Leah retrocedió, tragando para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta–. ¿Qué tengo que hacer para que comprendas que no quiero tener nada que ver contigo, Jaco? Ni ahora, ni nunca.

Se produjo un opresivo silencio.

–Muy bien –dijo Jaco finalmente en tono indiferente, pero con una mirada atormentada que dejó a Leah sin aliento–. Si eso es lo que quieres, lo tendrás. Mañana mismo podrás irte donde quieras. Solo tendremos que estar en contacto para tratar de Gabriel.

–Me alegro –Leah intentó imprimir convicción a su voz–. Ya era

hora.

–Leah, no te estoy liberando de la cautividad de esas dos semanas, sino de mí; de lo que sea que haya habido entre nosotros. O no haya habido. Ya no tengo ni idea. Solo sé que ha acabado. Este es el final. No nos debemos nada. Cada uno seguirá su camino.

–Muy bien –resultaba una respuesta completamente inadecuada, pero fue lo único que Leah pudo articular.

Jaco fue hasta ella y por un instante Leah pensó que iba a volver a besarla, que borraría aquella espantosa conversación con la presión de sus labios, que la estrecharía contra sí y jamás la dejaría marchar.

Pero en lugar de eso, con la mirada apagada, alzó la mano y le acarició la mejilla con una ternura que hizo que a Leah se le desgarrara el corazón en mil pedazos

Luego dejó caer el brazo y se fue.

Capítulo 10

LA MOTORA cruzó el agua oscura, en calma, rompiendo con un murmullo el silencio de la noche. Jaco apagó el motor al acercarse lo bastante al yate, de manera que la lancha se deslizara por sí sola hasta que pudo saltar a bordo y amarrarla.

El yate estaba completamente a oscuras. Subió la escalerilla de la cubierta trasera y mirando a su alrededor, aspiró el aire fresco y cargado de salitre. La luna llena proyectaba un haz de luz sobre el mar.

¡Lo había logrado! Echando la cabeza hacia atrás, Jaco se permitió disfrutar por un instante de su victoria. La trampa había funcionado y los Garalino por fin tenían su merecido.

Acercándose a la barandilla, se asió al frío metal y miró en la distancia. Apenas podía creérselo. Todos los meses de meticulosa planificación, de organización e investigación; las decisiones cruciales que había tenido que tomar; todo el dinero que había pagado y los peligros a los que se había expuesto. Todo había valido la pena.

El último acto había funcionado como un reloj. Luigi Garalino y sus dos hijos habían sido arrestados al entregar una maleta llena de dinero. Los agentes de la Brigada Antidrogas los habían rodeado a ellos y a sus matones y los habían desarmado, a pesar de que Luigi había ordenado abrir fuego.

Y, cuando Luigi Garalino era conducido hacia un coche patrulla, Jaco había salido de su escondite y se había plantado ante él. Saliéndose excepcionalmente del guion, le había lanzado un gancho a la mandíbula sin mediar palabra.

Jaco levantó la mano de la barandilla y flexionó los dedos, sintiendo satisfecho la inflamación que le había causado el contacto. Habría querido hacerle mucho más daño a su padre adoptivo, pero debía conformarse con haber hecho un buen trabajo.

El siguiente paso era demostrar que Luigi Garalino había asesinado a sus padres, y estaba seguro de que pronto reuniría las

pruebas necesarias. Las lenguas tendían a soltarse cuando pendía sobre ellas la amenaza de la cárcel, especialmente cuando el jefe iba a estar encerrado una buena temporada.

Así que finalmente, él estaba en condiciones de recuperar su vida. La que fuera que le quedaba.

Jaco fijó la mirada en el reflejo de la luna en el mar diciéndose que debería sentirse exultante; que debía dar saltos de alegría, sentirse como si hubiera conquistado el mundo. Pero donde hubiera esperado encontrar felicidad solo había un gran vacío.

Respiró profundamente y miró el reloj. En Nueva York todavía era media tarde. Podía hacer una video-llamada a Francesca y darle las buenas noticias.

–Casi no puedo creérmelo, Jaco.

–Pues es verdad –dijo Jaco, sonriendo a su hermana–. Tengo la herida que lo demuestra –añadió, mostrándole los nudillos.

–¡Jaco, desde cuándo recurres a la violencia! –dijo Francesca, riéndose–. Pensaba que usar los puños era rebajarte demasiado.

–Es imposible rebajarse más que ese pedazo de escoria.

–¿Y de verdad está en prisión? –preguntó Francesca ansiosa–. Quiero decir, ¿no podrá salir bajo fianza?

–Imposible. No puedes gritar «Tirad a matar» a la policía y esperar que te den un trato preferente. Tu suplicio ha terminado, Francesca. Ya puedes salir de tu escondite. Ese monstruo ya no puede hacerte daño.

–Oh, Jaco, gracias. Lo que has hecho es increíble. Eres el hombre más maravilloso del planeta. Seguro que te lo han dicho muchas veces.

–No recientemente.

–¿Jaco?

–Tranquila, Fran, no pasa nada.

–Eso no es verdad. Vamos, Jaco, cuéntamelo.

Jaco miró la cara de felicidad de su hermana en la pantalla y luego se miró a sí mismo en el recuadro inferior. Su expresión era muy diferente.

Tomó aire.

–Tengo que darte otra noticia.

–Dime.

–¿Te gustaría ser tía?

Francesca abrió los ojos como platos.

–¡Jaco! ¿Quieres decir que vas a tener un hijo?

–De hecho, ya lo tengo. Un varón de tres meses.

Francesca dejó escapar una exclamación ahogada.

–¿Cómo? ¿Por qué? Quiero decir, ¿cómo no me has contado que estabas saliendo con alguien?

–Porque no es así –Jaco se reclinó en el respaldo de la silla, fingiendo una indiferencia que no habría engañado a nadie, y menos a Francesca–. Al menos ahora mismo, no. El niño es el resultado de una relación de hace más de un año.

–Entiendo… –Francesca lo miró inquisitiva–. ¿Y dónde están ahora madre e hijo?

–Aquí.

–¿Dónde es «aquí»?

–A bordo del *Alessia*. Estamos atracados frente a Palermo.

–Aclárame algo, Jaco Valentino. Tú y esa mujer… –dejó la frase en suspenso para que la concluyera Jaco.

–Leah.

–Leah y tú, y vuestro hijo…. –esperó de nuevo.

–Gabriel.

–¿Los tres estáis juntos en el yate, pero resulta que no tienes una relación con Leah?

–No, no tenemos una relación. Y no estamos «juntos». Todo lo contrario.

–¿Qué quieres decir?

–Que ella no quiere tener nada que ver conmigo.

–¿Y entonces por qué está ahí?

–Porque… –Jaco suspiró–. Es una larga historia, pero básicamente porque debía mantenerlos a ambos a salvo.

–Entiendo –Francesca frunció el ceño–. ¿Y ahora?

–Ahora que los Garalino han sido apresados, pueden irse cuando quieran.

–¿Y es eso lo que quieres?

–No se trata de lo que yo quiera, Francesca –dijo Jaco con una creciente irritación–. Le he prometido a Leah que sería libre, y debo cumplir mi palabra.

–¿Quieres decir que vas a dejarla ir? ¿Que no vas a luchar por ella? Eso no es propio de ti, Jaco.

–Estoy cansado de pelear con ella. Eso es todo lo que he hecho hasta ahora.

–Algo más has debido de hacer –dijo Francesca con una mirada cómplice.

–Bueno, eso también.

–Esa Leah suena como una mujer capaz de plantarte cara.

–Es la mujer más irritante que he conocido en mi vida.
–¡Dios mío!
–¿Qué?
–Nunca soñé con que llegaría este día.
–¿A qué te refieres?
–Estás enamorado, Jaco Valentino –Francesca juntó las manos entusiasmada.
–¡Tonterías!
–Claro que sí. Se te ve en la cara. Vete ahora mismo a decírselo.
–Aquí es medianoche, Francesca.
–¿Y qué? Vamos, vete –haciendo aspavientos con las manos, Francesca se inclinó para dar la llamada por terminada–: Buena suerte. Mañana me cuentas cómo ha ido.
Le sopló un beso y la pantalla se oscureció.
Jaco se quedó mirando su propio reflejo. ¿Enamorado, él? ¿Tendría razón Francesca? ¿Sería por eso por lo que la idea de que Leah se fuera al día siguiente lo dejaba desolado? ¿Explicaría eso el vacío que sentía en el estómago y que, en lugar de sentirse exultante por haber conseguido el objetivo más importante de su vida, solo sintiera un profundo abatimiento?
Porque librarse finalmente del peso de plomo que había representado en su vida la familia Garalino, significaba también decir adiós a Leah.
Poniéndose en pie, recorrió su despacho arriba y abajo. La oscuridad al otro lado de las ventanas parecía cerrarse en torno a él. Leah estaba allí mismo, probablemente dormida. Solo invocar su imagen lo dejaba tembloroso. Tenía que hacer algo. Sí, era medianoche, pero tal y como se sentía, acabaría volviéndose loco. Aquella podía ser su última oportunidad. Debía arriesgarse a decirle lo que sentía.
Recorrió los interminables corredores intentando desacelerar su corazón. Debía dominarse. Irrumpir en su habitación, asustarla y despertar a Gabriel no era la forma adecuada de proceder, por más que lo que él quisiera hacer fuera precisamente eso, tomarla en sus brazos, acallar sus protestas con un beso y demostrarle de la mejor manera que sabía lo que significaba para él.
Pero era un momento para la mesura, no para la acción. Tenía que expresar lo que hacía tiempo guardaba en su corazón con palabras que solo podría decir a Leah.
Al llegar a su suite le sorprendió comprobar que Cesare no estaba en la puerta. Alarmado, la abrió y miró en todas direcciones. La puerta del dormitorio estaba cerrada. La abrió de un golpe y

encendió la luz con el corazón en un puño. La cama estaba vacía. La habitación desierta. Leah y Gabriel se habían ido.

Leah estaba en la cubierta superior, con Gabriel protegido contra su pecho. La brisa que soplaba desde el mar le alborotaba el cabello, pero el niño seguía durmiendo plácidamente, a salvo.

Leah, por su parte, no se sentía en absoluto a salvo. La furia inicial por haber sido encerrada en el yate se había transformado en miedo.

Sintiéndose atrapada en su suite, le había dicho a su guardaespaldas que iba a tomar aire a cubierta. Cesare había asentido, pero la había escoltado a apenas unos pasos, como una gigantesca e impenetrable muralla a su espalda. Era imposible librarse de él.

En ese momento le dedicó una mirada asesina al verlo plantado a unos metros, de brazos cruzados y siguiendo con su fría mirada cada paso que ella daba.

Leah se volvió de nuevo hacia el mar. El resplandor de la luna dotaba a todo de un brillo fantasmagórico que la hacía sentirse aún más aislada, más desesperada. No había manera de escapar de aquella prisión flotante.

Había renunciado a la idea de que podría convencer a Cesare de que los dejara huir incluso antes de intentarlo. Había bastado una mirada a su impasible máscara para saber que no lograría nada. Era un hombre de Jaco.

Lo que significaba que no le quedaba más alternativa que confiar en que Jaco cumpliera su palabra. Dejarla libre… Como si eso fuera posible.

Porque Leah sabía que nunca se libraría del tormento que representaba Jaco Valentino. La había dejado marcada para siempre; era una mancha en su corazón que jamás lograría limpiar.

Rodeó la piscina circular, cuya agua estaba iluminada desde el interior por focos de luz. Cesare la seguía con la mirada, pendiente de que hiciera el menor movimiento inesperado.

Con la mente acelerada, Leah repasó la escena que había presenciado hacía una hora cuando una motora se había aproximado silenciosamente a la parte de atrás del yate, y de ella había saltado Jaco.

¿Dónde demonios habría ido? Verlo volver bajo el manto de la oscuridad confirmó las sospechas de Leah. Estaba segura de que había ido a encontrarse con sus «socios». No cabía duda de que

estaba implicado en un negocio ilegal.

Súbitamente, Leah se sintió exhausta, le temblaron las piernas. Se aproximó a las tumbonas que rodeaban la piscina y se acomodó en una, con Gabriel en su regazo, para esperar al amanecer.

No quería perdérselo. Porque en cuanto llegara exigiría a Jaco que cumpliera su palabra.

«*Grazie Dio*».

Jaco los vio al llegar a la cubierta superior y el alivio le bombeó la sangre en las venas.

Echada en una hamaca bajo la supervisión de Cesare, tanto Leah como Gabriel parecían dormir. Y aunque no comprendiera por qué estaban allí fuera y no en la suite, lo importante era que estaban a salvo.

Hizo una señal a Cesare para que se apartara y acercándose a la tumbona, los observó detenidamente, permitiendo por primera vez que sus emociones afloraran libremente.

Pero aun así, la fuerza de lo que sintió lo tomó por sorpresa. Una vez abierta la compuerta fue imposible contener la corriente de amor que lo recorrió.

El afecto por su hijo había sido intenso e instantáneo, como un puñetazo en el pecho. Desde el momento en que lo había tomado por primera vez en brazos, había sentido un poderoso vínculo con él y había sido consciente de que su amor hacia él no tenía límites.

Pero su amor por Leah… Era de una naturaleza distinta, mucho más complejo, y había necesitado más tiempo para manifestarse, para emerger a la superficie. Pero tenía la misma intensidad y estaba enraizado en lo más profundo de su alma. Lo que no sabía era si Leah podría sentir alguna vez lo mismo por él.

Poniéndose en cuclillas, posó una mano sobre el brazo de Leah.

Ella abrió los ojos.

–¡Aléjate de mí! –exclamó, poniéndose en pie de un salto y estrechando a Gabriel contra su pecho–. No quiero que te acerques a mí.

–*Per l'amor di Dio*.

Jaco hizo ademán de aproximarse, pero ella retrocedió.

–Leah, cálmate, estás sobreactuando –Jaco se esforzó por sonar razonable.

–¿Tú crees? –preguntó ella desafiante–. Permíteme que lo dude.

–No hay ningún motivo para que te comportes así.

–¿No tengo motivos para desconfiar de ti?

–Ninguno.

–Entonces quizá quieras explicarme dónde has estado esta noche y qué has estado haciendo –dijo Leah con ojos centelleantes.

Jaco se quedó paralizado.

–Sí, te he visto volver sigilosamente en mitad de la noche –continuó ella en tono triunfal.

Con un resoplido de frustración, Jaco se aproximó a ella y la tomó por los hombros

–¡Quítame las manos de encima!

–No, Leah –Jaco la rodeó con los brazos intentando no aplastar a Gabriel–. Vamos a ir dentro para que pueda contarte exactamente lo que estaba haciendo.

–¿Y que puedas volver a encerrarme? –Leah alzó una mano para intentar soltarse de él.

–No. Solo te pido que me escuches. Luego, si quieres, podrás irte. Te doy mi palabra.

Jaco percibió que Leah vacilaba.

–¿Por qué habría de creerte? –preguntó entonces.

–Porque es la verdad, Leah –Jaco aflojó el abrazo–. Y porque, cuando me escuches, todo se aclarará.

–Puedes decírmelo aquí mismo, ahora –replicó ella desafiante.

Jaco titubeó.

–Está bien –dejó caer los brazos, pero asió las manos de Leah hasta que ella las sacudió para que la soltara–. Pero hace frío. Gabriel debería volver al interior.

Hizo una señal a Cesare, que se acercó en silencio.

–Cesare, llévate al niño a la suite de la señorita McDonald y espéranos allí.

Tras un parpadeo de sorpresa, Cesare le tendió los brazos.

–No –dijo Leah con firmeza–. No pienso entregarle a Gabriel.

–Cesare tiene seis hijos. Es perfectamente capaz de cuidar a Gabriel mientras yo hablo contigo.

Leah miró a Cesare con suspicacia, pero finalmente le pasó a Gabriel.

–Solo cinco minutos. Y si le pasa algo a…

–No temas, Leah –dijo Jaco con firmeza–. Todo esto ha sido precisamente para proteger a mi hijo.

Con Gabriel acomodado en el hueco de su brazo, Cesare dio media vuelta y se fue.

Leah se retiró el cabello del rostro y se plantó ante Jaco con la mirada encendida.

–Estoy esperando. ¿Cuál es esa explicación que lo va a cambiar

todo?

Jaco le sostuvo la mirada, conteniéndose para no abrazarla.

–*Va bene.* Si os he mantenido a Gabriel y a ti cautivos es porque estaba implicado en una misión extremadamente peligrosa.

–¿Una misión? –repitió Leah con sorna–. ¿Ahora se llama así?

Jaco apretó los dientes antes de continuar:

–Pero a partir de esta noche se acabó. La misión se ha cumplido con éxito.

El silencio de Leah vibró entre ellos.

–Veo que tienes heridas para demostrarlo –dijo despectivamente.

Jaco siguió su mirada hacia sus hinchados nudillos, visibles a la luz de la luna.

–Lo importante es que el plan ha funcionado y que la familia ha sido detenida con las manos en la masa…

–¿La familia? ¿Qué familia?

–La familia Garalino.

–¿Tu familia?

–No son mi familia –dijo Jaco con amargura–. Luigi Garalino es un sádico y un monstruo –hizo una pausa para calmarse–. Pero hoy, finalmente, he logrado expulsarlo de mi vida para siempre.

–¿Qué…? ¿Quieres decir que…?

–*Dio*, Leah!

La mirada de espanto de Leah lo golpeó en el pecho. ¿Qué clase de persona creía que era? ¿De qué lo creía capaz?

Se pasó una mano por el cabello bruscamente.

–Quiero decir que Garalino, sus hijos y todos sus cómplices han sido arrestados por la policía. Y que pasarán mucho tiempo en la cárcel.

–Ah… –Leah se quedó boquiabierta–. No tenía ni idea.

–Nadie lo sabía. Mantener el secreto era de una importancia primordial.

–Entiendo.

Leah miró hacia un lado, su perfil iluminado por la luna; su nariz, su labio superior, su barbilla, la curva de su cuello, destacando como si fueran la punta de una pluma de plata. Era tan hermosa… De pronto, toda la irritación, toda la exasperación que Leah le provocaba se diluyó, dejándolo con la pura y simple verdad. La amaba. Tan sencillo como eso. Pero era una verdad que no había compartido con ella.

–¿Eso significa que Gabriel y yo podemos irnos?

En medio de la neblina en la que se había sumido su cerebro, Jaco se dio cuenta de que Leah había dicho algo relativo a

marcharse. Tenía que decirle lo que sentía de inmediato. Tenía que abrirle su corazón.

–¡No! –la angustia atenazó a Jaco, y sin pensarlo, intentó tomar la mano de Leah.

–¡Lo sabía! –Leah la retiró bruscamente y lo miró de frente–. Sabía que no podía confiar en ti.

–¡Leah, escúchame!

–¿Para qué? ¿Para que vuelvas a engañarme? Ni hablar –Leah le dio la espalda.

–Por lo menos deja que me explique –Jaco intentó tomarla del brazo para que se volviera hacia él, pero Leah se echó a un lado–. No estoy diciendo que no puedas marcharte… –tomó aire–. Digo que no quiero que te vayas.

Leah se giró hacia él sorprendida.

–¿Por qué?

–Porque…

–Da lo mismo –como una tormenta a punto de estallar, Leah ganó fuerza–. Sea como sea, Gabriel y yo vamos a abandonar este yate en cuanto sea posible. Eso es todo.

–¡No! –Jaco volvió a alargar las manos hacia ella. Leah intentó apartarlas de sí hasta que él le atrapó las suyas y las sujetó contra su pecho–. No, hasta que me escuches.

–Nada de lo que puedas decir me hará cambiar de idea –Leah lo empujó, tambaleándose hacia el borde de la piscina.

–*Dio*, Leah, ten cuidado.

Con el corazón acelerado, Jaco la abrazó instintivamente para que recobrara el equilibrio. Exhaló lentamente para calmarse.

–Aunque no quieras oírme, pienso decirlo. Lo cierto es que…

Jaco posó las manos en los hombros de Leah y percibió sus músculos y sus huesos contraerse bajo ellas, recordándole lo frágil que era, lo valiosa que era. Toda aquella pasión y fuego en una estructura tan delicada, en un marco tan fino. Tenía que ser entonces o nunca.

–Lo cierto es que te amo, Leah McDonald.

Sus palabras fueron recibidas con un atónito silencio. Leah se quedó paralizada por una fracción de segundo y luego volvió a la vida con una explosión de energía. Alargó los brazos y retorció las manos para que se las soltara.

–¿Qué acabas de decir?

–Te amo –repitió él con dulzura.

–¡No! –Leah lo miró fijamente–. No puede ser verdad.

–Sí lo es, Leah.

Se produjo un tenso silencio.

Jaco dio un paso hacia Leah, pero ella retrocedió con una sacudida de la cabeza. Él lanzó las manos hacia delante para sujetarla, pero llegó demasiado tarde. Una exclamación fue seguida de una sonora salpicadura.

Leah se había caído a la piscina.

Capítulo 11

JACO se tiró al agua tras ella y la arrastró hacia la parte menos profunda hasta que pudo dejar a Leah de pie en el suelo de la piscina.

–¿Estás decidida a ahogarte ante mis ojos? –preguntó, retirando el agua del rostro de Leah.

–¡No! Al menos, no intencionadamente –Leah parpadeó furiosamente–. Pero, de todas formas, gracias por rescatarme –añadió, mirándolo con timidez.

–*Prego*. De nada –Jaco la abrazó y la atrajo hacia sí–. Si salvarte la vida fuera mi tarea el resto de mi vida la asumiría con gusto. Nunca permitiría que sufrieras ningún daño. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí –Leah se estremeció contra el pecho de Jaco y su voz sonó amortiguada–.Creo que lo sé.

Jaco cerró los ojos, deleitándose en el instante. Estaban de pie en la piscina, con la ropa empapada y, sin embargo, nada de eso importaba. Solo aquel sentimiento de dichosa felicidad. Permanecieron así varios segundos, entrelazados, meciéndose levemente con el agua.

Finalmente, Leah echó la cabeza atrás, buscando respuestas en la mirada de Jaco.

–Lo que has dicho antes…

Parecía tan insegura, tan vulnerable, que a Jaco se le formó un nudo en la garganta.

–Es verdad, *mia cara* –se apresuró a sacarla de dudas, tomando el rostro de Leah entre sus manos y mirándola fijamente–. *Ti amo*. Te amo, Leah.

–¿De verdad? –preguntó ella con los ojos muy abiertos.

–Sí. Más de lo que jamás pensé que fuera posible, más que a nada en el mundo.

–Pero… ¿Cómo? ¿Por qué…? ¿Desde cuándo? –balbuceó Leah, confusa.

–Muy fácil –Jaco la estrechó contra sí–. Reconozco que he

intentado evitarlo, que en ocasiones me has sacado de mis casillas; pero, cuando sientes algo aquí, en lo más hondo de tu corazón, no puedes hacer nada para que desaparezca.

–¿De verdad? –Leah lo miró con incredulidad.

–De verdad –a Jaco le sorprendió lo sencillo que era decirlo. Como si al afirmarlo las barreras que los separaban hubieran colapsado.

Leah lo miró entonces con tal expresión de felicidad que el corazón de Jaco se llenó de esperanza. Pero al estrecharla contra sí, anhelando que ella le dijera que también sentía algo por él, percibió que se estremecía violentamente.

¿Estaba loco? ¡Se iba a morir de frío!

–Vamos. Debemos entrar.

Rodeándole los hombros con un brazo, Jaco fue hacia la escalerilla, ayudó a salir a Leah y juntos recorrieron los corredores que llevaban a su suite dejando un rastro de agua.

Jaco encendió la luz y se miraron, perplejos, calados, mudos….

Cesare salió del dormitorio y los miró con inquietud hasta que Jaco le aseguró que estaban bien. Después de que anunciara solemnemente que el niño estaba dormido, Jaco le dio las gracias y le dijo que podía retirarse.

Entonces Jaco cerró la puerta y se volvió hacia Leah.

Ella lo miraba atónita, buscando en la profundidad de sus ojos la confirmación de que todo aquello era real. El hombre al que amaba con todo su corazón, ¡la amaba!

¿Era posible que Jaco la quisiera ni una milésima parte de lo que ella lo amaba a él?

La duda empezó a hacer mella en su felicidad.

Jaco le recorrió con los dedos la barbilla y, en medio de su neblina mental, Leah le oyó decir que tenían que quitarse la ropa mojada. Él se desabrochó la camisa y la tiró al suelo. Luego siguió con los pantalones.

–Te toca a ti.

Estaba ante ella, en un par de boxers empapados que se le pegaban como una segunda piel y no dejaban lugar a la imaginación. Con los brazos cruzados y la piel húmeda, estaba espectacular.

–A no ser que quieras que lo haga yo por ti.

Leah se tambaleó hacia él, anhelando que la desnudara, que la tomara en sus brazos y no la dejara ir jamás. Pero a pesar de su tono seductor y de su imagen magníficamente viril, y a pesar de la media sonrisa que amenazó con desarmarla completamente, Leah

también vio en sus ojos inquietud y solemnidad.

Estaba esperando a que ella hablara. Esperando a que le dijera lo que sentía por él.

Alargó la mano y le acarició la mejilla, ¿No era obvio que lo amaba con cada fibra de su ser?

Leah siempre había sentido que su amor por él era como una incómoda segunda piel, una capa transparente que él podía atravesar y ver todo lo que significaba para ella. Como si se delatara cada vez que se sonrojaba, que bajaba la mirada, que hacía un comentario arisco. Pero resultaba que Jaco necesitaba una prueba de su amor

Poniéndose de puntillas, atrajo su rostro hacia ella y lo besó tiernamente en los labios. Jaco dejó escapar un gemido ahogado y la rodeó automáticamente con sus brazos, apretando las manos contra su espalda desnuda y presionándola contra su pecho.

Leah se abrazó a su cuello y le acarició el cabello. Entreabrió los labios y respiró contra los de él, deslizando la lengua por ellos hasta que Jaco los abrió y Leah encontró con la lengua la punta de la de él. Jaco gimió de nuevo, más sonoramente, apretándola contra sí, y su práctica desnudez hizo que una corriente de deseo la recorriera hasta el núcleo de su feminidad.

El beso prendió un fuego en el que se encendieron a la velocidad de sus acelerados corazones. Hasta que súbitamente, Jaco separó sus labios de los de Leah y dejó inmóviles las manos con las que le presionaba las nalgas.

–Necesito saberlo, Leah –la miró a los ojos como si quisiera leer en su alma–. Necesito saber si crees que podrás llegar a amarme.

–Oh, Jaco –susurró Leah en un sollozo–. Claro que te amo. Siempre te he amado y siempre te amaré.

–*Grazie Dio* –Jaco la besó–. Me haces el hombre más feliz del mundo –hizo una pausa y su rostro se ensombreció–, aunque no comprendo cómo puedo merecerme tu amor después de cómo te he tratado.

Leah alzó un dedo a los labios de Jaco.

–Los dos hemos cometido errores. Yo no debería haber pensado esas cosas tan horribles de ti.

–Tenías derecho a ello –Jaco le besó el dedo y luego le tomó la mano–. Sé que tengo que expiar mis culpas. Pero primero tienes que entrar en calor.

Tras guiarla al dormitorio, donde se oía el susurro de la pausada respiración de Gabriel, Jaco fue al cuarto de baño y abrió el grifo para llenar la gran bañera circular.

Leah permaneció inmóvil, sin lograr salir de su estupor mientras él le quitaba la ropa mojada, alzando los brazos obedientemente para que le pasara por la cabeza el jersey de punto antes de desabrocharle el sujetador empapado. Luego levantó los pies alternativamente para que le retirara los vaqueros y las bragas, y bajó la mirada cuando Jaco se quedó agachado y le recorrió los muslos con los labios hasta que alcanzó su punto más íntimo, haciendo que se estremeciera de placer anticipado.

Sintió su aliento caliente contra la piel fría antes de que Jaco usara la lengua hasta hacerle sacudirse de deseo. Entonces le dijo algo provocativo y sexy en su lengua materna, pero el rumor del agua ahogó sus palabras.

En cualquier caso, Leah no las hubiera entendido. Observando su cabeza inclinada, difuminada por el vapor del agua que lo empañaba todo, cerró los ojos y se entregó al placer de aquel delicioso momento.

–Al agua.

Irguiéndose, Jaco la tomó en brazos y la sumergió en la burbujeante bañera. Luego se acomodó a su lado.

–¿Te gusta?

–Umm… –Leah suspiró de placer. El calor, combinado con el torbellino de emociones y la falta de sueño le hicieron cerrar los ojos de nuevo.

Jaco le tomó la mano bajo el agua.

–Te quiero contar tantas cosas, Leah. Quiero darte tantas explicaciones…

–No es necesario –Leah lo miró somnolienta–. Has hecho lo que creías que debías hacer.

–Pero debía haberte dicho la verdad, saber que podía confiar en ti. ¿Podrás perdonarme?

–Me lo pensaré –disimulando una sonrisa, Leah le acarició el rostro y deslizó la mano por su musculoso pecho–. Tampoco yo he sido particularmente dócil.

–Eso es verdad –replicó Jaco–. Has sido una pesadilla –detuvo la mano de Leah antes de que siguiera su recorrido descendente–. Cuesta creer que alguien tan maravilloso pueda causar tantos problemas.

–Mi segundo nombre es «Problema» –Leah lo miró súbitamente seria–. Es mejor que lo sepas.

–No es verdad, Leah. Los dos hemos tenido numerosos problemas en el pasado, pero lo único que importa es el futuro, y, si me dejas, estoy decidido a hacer que el tuyo sea lo más feliz

posible.

Leah vaciló al sentirse nuevamente asaltada por la duda. ¿Podría Jaco hacerla verdaderamente feliz? Decía que la amaba, pero ¿y si era solo un sentimiento pasajero? ¿Y si creyéndolo estaba cometiendo un error del que jamás se recuperaría?

–Leah –los ojos de Jaco se ensombrecieron–. ¿Qué te pasa?

–Necesito estar segura, Jaco –Leah tragó saliva–. Quiero decir, cien por cien segura.

–Lo entiendo –Jaco se alejó levemente de ella–. Estoy presionándote, lo siento. Tómate todo el tiempo que necesites. Esperaré a tu respuesta tanto como sea necesario.

–Oh, Jaco –inclinándose, Leah ahogó sus palabras con un beso–. No me refiero a lo que yo siento. De hecho, el problema es que te amo hasta tal punto que…

–¿Entonces…? No te entiendo.

–Temo que cambies de opinión…

–¡Jamás!

–Porque si te arrepintieras y decidieras romper la relación…

–Eso no va a suceder, Leah…

–No podría soportarlo.

–Nunca te encontrarás en esa situación. Te lo juro.

–Quiero creerte, Jaco. Pero he cometido tantos errores en mi vida que no confío en mi propio criterio.

–Entonces confía en el mío. Siempre tengo razón.

–Oh, Jaco –Leah dejó escapar una carcajada ahogada en lágrimas–. Te amo.

–*Bene.* Eso es todo lo que importa –Jaco la besó delicadamente–. Porque yo también te amo a ti –entrelazó sus dedos con los de ella–. Solo lamento haber tardado tanto en darme cuenta. Me he concentrado en mi odio tanto tiempo que ha estado a punto de consumirme. Por eso me ha costado reconocer el amor hasta que me ha abofeteado.

Leah se rio.

–¿Lo has sentido como una bofetada?

–Sí –Jaco frunció el ceño con sorna–. Si no me equivoco has intentado abofetearme un par de veces.

–Lo siento –Leah hizo un gesto de arrepentimiento.

–El único que tiene que pedir disculpas soy yo. El odio me poseía de tal manera que no veía con claridad.

–¿Por culpa de la familia Garalino?

Jaco asintió con amargura.

–No te imaginas hasta qué punto son malvados, Leah.

–Cuéntamelo.

Jaco titubeó al tiempo que un nervio le palpitaba en la sien.

–Arruinaron mi infancia, pero peor aún fue que casi acabaran con Franc. Él no era tan fuerte como yo y, además, tenía sus propios problemas de identidad de género. La crueldad de los Garalino no tuvo límites.

–Oh, Jaco, ¡cuánto lo siento!

–¿Y sabes qué es lo que más me tortura?

Leah sintió que se le encogía el corazón al ver la expresión de angustia de Jaco.

–El hecho de que inicialmente confié en ellos y que, de niños, intenté que Francesco se adaptara, aunque fuera para evitar que recibiera más palizas. No le protegí como debería haber hecho.

–Pero solo eras un niño, Jaco.

–Eso no es excusa. Debería haberme llevado a Franc conmigo cuando hui a Nueva York.

–Estoy segura de que hiciste todo lo que estuvo en tus manos dadas las circunstancias.

Jaco negó con la cabeza, abatido.

–¿Por eso desde entonces has cuidado de Francesca con tanta fiereza? –preguntó Leah con dulzura.

–Supongo que sí. Pero hay algo más –Jaco volvió a titubear. Respiró profundamente–. Luigi Garalino mató a mis padres.

–¡No! –Leah se llevó las manos a la boca.

–Me temo que sí –Jaco le tomó la mano y se la besó–. Ahora ya lo sabes todo y por qué me cuesta confiar en la gente.

En aquel momento, Leah lo comprendió en toda su dimensión. Y también tuvo la certeza de que Jaco sí la amaba. Lo podía ver en sus ojos, oírlo en su voz y en el hecho de que le hubiera abierto plenamente su corazón.

–No llores, Leah –Jaco le secó las lágrimas que ella ni siquiera era consciente de estar derramando–. Todo eso es el pasado. Solo importa el futuro: tú, Gabriel y yo. Mi familia… ¿quién lo hubiera imaginado?

Las nubes se disiparon y el hermoso rostro de Jaco se iluminó.

–Entre la rabia y el horror, y mi obsesión por que los Garalino tuvieran su merecido, no he podido pensar en formar una familia. Y, sin embargo, la tengo aquí, ante mis ojos.

Leah percibió la emoción que irradiaba.

–Y ni siquiera te he dado las gracias todavía.

–No tienes que darme las gracias, Jaco.

–Desde luego que sí. Un millón de gracias por el regalo que

representa nuestro hijo. No te imaginas lo que significa para mí.

Leah se mordió el labio inferior. Amaba tanto a aquel hombre…

–Que conste que no lo he hecho yo sola… –dijo insinuante, con un brillo de picardía en la mirada.

–Eso es verdad –Jaco imitó su gesto–. Quizá sea una buena ocasión para recordar cómo lo conseguimos.

–Puede que sí

Jaco la atrajo hacia sí y entrelazando sus piernas con las de ella se frotó sensualmente contra su vientre.

–Te amo, Leah McDonald –susurró–. *Ti amo moltissimo.*

Mientras el vapor los envolvía, se separó lo suficiente de Leah como para poder besarla con la pasión y el anhelo de un hombre decidido a demostrar sus palabras con actos.

El sol empezaba a asomar en el horizonte y Jaco ajustó una manta sobre los hombros de Leah al tiempo que miraba a su hijo, que descansaba en su regazo.

–¿Estás segura de que ninguno de los dos tenéis frío?

–Estamos perfectamente –dijo Leah, alisando el cabello de Gabriel–. Recuerda que me crie en Escocia, y Gabriel está encantado con que haya alguien despierto y dispuesto a entretenerlo a una hora tan intempestiva.

–Está muy espabilado –Jaco hizo cosquillas a su hijo bajo su regordete mentón.

Leah había sugerido subir a cubierta a ver el amanecer. Ninguno de los dos había pegado ojo porque había querido aprovechar cada segundo de aquella excepcional noche.

Se habían acomodado en el sofá, charlando en susurros mientras Leah preguntaba a Jaco sobre su pasado con los Garalino, sobre la muerte de sus padres y su cruel infancia, hasta que Jaco la había besado para acabar con sus lágrimas y había insistido en dejar de pensar en el pasado y concentrarse en el futuro, en sus planes y expectativas. Luego habían hecho el amor pausadamente, con ternura, deleitándose en la increíble intensidad que despertaban el uno en el otro, asombrados por la poderosa fuerza del amor verdadero.

Cuando Gabriel se había despertado para su toma, se habían echado a su lado en la cama y el niño había estado tan encantado de tener a dos personas dispuestas a entretenerlo que no había dado la menor muestra de querer volver a dormirse. Así que habían subido a cubierta y se habían sentado en una tumbona orientada

hacia el amanecer.

En aquel instante, con Leah acurrucada contra su pecho, Jaco supo que aquello era la felicidad. Y creyó que el corazón iba a estallarle.

–¡Qué preciosidad! –dijo Leah contemplando el cielo teñido de rojos y naranjas–. ¿No querrías embotellarlo para que podamos descorcharlo y verlo siempre que queramos?

–No hace falta, *mia cara*. Puedo ofrecerte todos los amaneceres que desees –Jaco tomó a Gabriel de su regazo–. Y atardeceres y noches estrelladas y cielos límpidos. En Sicilia son abundantes.

–Es verdad. Sabes que me encanta estar aquí.

–Entonces, ¿estás de acuerdo con que nos instalemos en Sicilia? –Jaco miró a Leah esperanzado.

–Totalmente de acuerdo –Leah le besó la mejilla.

–¿En Capezzana?

–Perfecto.

–*Grazie* –Jaco le besó los labios antes de mover las rodillas para hacer saltar a Gabriel sobre ellas, lo que arrancó un gorjeo de felicidad al niño.

Jaco jamás se había imaginado el profundo amor que se podía sentir por un hijo; como no habría creído posible amar a alguien con la fiereza y la intensidad con la que amaba a Leah.

–Estoy deseando conocer a Francesca –comentó ella, sacándolo de sus pensamientos–. ¿Cuándo vas a presentármela?

–Muy pronto –Jaco le retiró un mechón de cabello de la cara–. Os vais a llevar fenomenal. Tanto que voy a tener que pedirte ayuda, *mio figlio* –miró a Gabriel–, cuando se alíen en mi contra.

–Y no te olvides de Harper –dijo Leah, sonriendo–. Gabriel todavía no conoce a mi hermana gemela ni a su primo, Alfie –hizo una pausa y se puso seria–. Ocultarle a Harper la existencia de Gabriel ha sido lo más difícil de todo. Por eso al final no pude mantenerlo en secreto.

–Afortunadamente. Si ella no llega a decírselo a Vieri y este a mí…

–Me aterra pensar que no hubiéramos…

–No pensemos en ello, *cara* –Jaco le tomó la mano–. Miremos hacia delante. De hecho, hay una cosa…

–¡Tengo una idea!

Leah se volvió hacia él con expresión de entusiasmo y Jaco pensó que nunca la había visto tan hermosa.

–Deberíamos dar una fiesta en Capezzana e invitar a todos nuestros seres queridos.

Jaco titubeó. Él tenía algo más importante que decir y que no podía esperar.

–Sí, pero yo tengo una idea aún mejor.

–¿Cuál?

Jaco se esforzó en encontrar las palabras adecuadas.

–En lugar de una fiesta podríamos celebrar una boda

Leah lo miró con los ojos como platos a la vez que Jaco dejaba a Gabriel sobre los cojines, se arrodillaba ante ella sobre una pierna y le tomaba una mano.

–Leah, te amo con todo mi corazón. Te amo tanto que no hay palabras para expresarlo. Leah McDonald, *vuoi sposarmi*? ¿Quieres casarte conmigo?

–Oh, Jaco –poniéndose de pie de un salto, Leah le hizo levantarse y, abrazándose a su cuello, continuó–: Sí, sí y mil veces sí.

Con el sol naciente de fondo, sellaron su pacto con un prolongado beso.

A su espalda, un pequeño alzó sus regordetes puños en el aire y los sacudió enérgicamente, esperando impaciente a que alguien le hiciera caso. Cuando eso no funcionó, probó con un sonoro chillido, seguido de una cautivadora sonrisa cuando finalmente se volvieron a mirarlo.

Eso era mucho mejor. Su padre lo tomó en brazos y él, acurrucado contra su pecho, se metió el pulgar en la boca. El mundo era un lugar maravilloso.